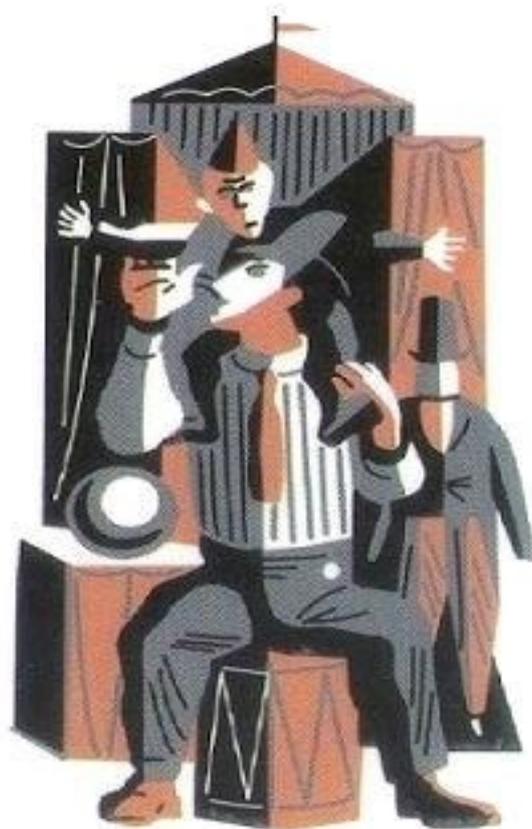


EL SÉPTIMO CÍRCULO

EN
ACECHO

POR
LYNN BROCK



Lectulandia

Este libro de Lynn Brock es un brillante ejemplo de un nuevo tipo de novelas policiales. A un problema complejo y a una solución magistral añade los ambiguos encantos de un ambiente perverso y de caracteres tortuosos. Contrasta con las terribles *Dramatis Personae* y con lo angustioso y laberíntico del misterio la serena y perspicaz personalidad del coronel Gore, uno de los detectives más humanos de las letras policiales. La crítica británica, al saludar la aparición de este libro, evocó los nombres de Edgar Allan Poe y de William Faulkner.

Lectulandia

Lynn Brock

En acecho

El séptimo círculo - 29

ePub r1.0

Titivillus 04.12.17

Título original: *The stoat*
Lynn Brock, 1946
Traducción: Enriqueta del Carril
Ilustraciones: José Bonomi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo Primero

ESTÁBAMOS a fines de septiembre; la noche se había tornado húmeda y desapacible. El vetusto reloj de la torre de Santa María daba las dos de la mañana cuando el menudito doctor Brownrigg, que conducía su coche por las tortuosas y desiertas calles de Cullerton, regresaba al hogar. Su jornada de trabajo había sido abrumadora, como de costumbre. Entró en su casa con deseos de descansar, pero cuando encontró sobre la mesa del vestíbulo el mensaje:

«Por favor, telefona esta noche al coronel Margesson», lo hizo en seguida, a pesar de que en los tres años que habitaban los Margesson en la región, sólo una vez habían solicitado sus servicios profesionales. Su esposa había escrito al pie de su mensaje la palabra «Urgente», subrayándola dos veces.

—¿El coronel Margesson? Habla Brownrigg. Lamento llamado tan tarde, pero me detuvo una hemorragia persistente. ¿Puedo serle útil en algo?

—Así lo espero —contestó una voz agradable y sonora—. ¿Podría venir esta noche aquí... a Cullerside? Siento incomodarlo a semejante hora, pero...

—De ningún modo —contestó rápidamente el doctor—. Voy para allá en seguida.

Para ir desde la ciudad hasta la remota finca de los Margesson era preciso recorrer dos millas cuesta arriba por la carretera principal, cruzando la ciénaga hacia el Este, y luego otra milla y media por un angosto camino privado, muy sombrío y salvaje, que se desliza por el frondoso bosque entre la ciénaga y el río Culler.

Pero cuando el doctor Brownrigg puso nuevamente en marcha su destartado automóvil, decidió acortar en una milla larga su viaje a Cullerside, tomando la ruta de Ockenford, hacia el Norte, a través del estrecho valle en cuyo extremo sur Cullerton se extiende junto al río. Así podría dejar su coche en el terreno de la Escuela primaria, cruzar el río por el puente privado de los Margesson, reservado para peatones, y llegar a la casa tras andar un trecho por la propiedad, pues él sabía que un sendero empinado, oscuro y sinuoso, serpenteaba desde dicho puente hasta Cullerside, que asomaba en un declive de la orilla del río y desaparecía después entre los árboles.

El doctor Brownrigg y muchos habitantes de Cullerton no podían comprender por qué los Margesson, al edificar su gran casa dos años antes, no habían hecho una entrada directa por la carretera de Ockenford (la forma más fácil y rápida de llegar a la ciudad), en lugar de hacer aquel camino privado con tantos rodeos (anteriormente había sido un simple carril) que debió de costarles una bonita suma. Por lo demás, el médico no alcanzaba a comprender cómo una persona podía gastar tanto dinero para construir una casa en lugar tan aislado, tan deprimente y escondido entre aquella tupida arboleda junto al río, donde pululaban las moscas y los mosquitos en verano, y que no se veía libre de neblinas húmedas en todo el resto del año. Sin embargo, al igual que la mayor parte de la gente de los alrededores, había acabado por aceptar la reclusión de la señora de Margesson como algo normal en la vida de Cullerton. (Se

sabía que la fortuna era de la señora de Margesson y que ella había hecho edificar la casa). Si a esa gente le gustaba aislarse de los demás, del aire y del sol, era asunto de ellos. De modo que el buen médico limitóse a comprobar el buen funcionamiento de su linterna de bolsillo.

Fue el coronel Margesson en persona quien recibió al visitante. Era un hombre como de cincuenta años, alto, robusto, más bien obeso y de aspecto afable. En su rostro curtido por el sol reflejábase aquella noche, sin que él tratara de disimularlo, una honda preocupación. Mostrando el camino, dirigióse a su gabinete particular, instaló al doctor en un gran sillón, hizo que aceptara una copa y, acomodándose a su vez, entró sin ambages en el asunto, con su acostumbrada franqueza y simpática y juvenil sencillez.

—Doctor Brownrigg, estoy preocupadísimo por mi esposa —comenzó a decir—. Me da que pensar desde ha, largo tiempo. Hace mucho que usted no la ve...

—Sí; desde que tuvo aquella infección en la mano. Eso fue..., eso fue exactamente hace dos años, y estoy seguro de no haberla visto desde entonces...

—Es probable que no —asintió Margesson con gravedad—. Aquello sucedió en octubre del 36. Pues bien...; fue más o menos entonces cuando comencé a notar que se estaba produciendo un gran cambio en ella. Un gran cambio en sus costumbres, sus gustos, su apreciación de las cosas en general; en síntesis, en su manera de ser y en su carácter.

—¿Qué edad tiene su esposa? —preguntó el médico.

—Cuarenta y dos años.

—¡Hum! Ya sabe usted que esa edad suele ser difícil para las mujeres. Tiene dos hijos, ¿no es así? ¿Qué edad tienen ahora?

—El varón, Leonardo, tiene diecinueve. La hermana, un año menos.

—Se llama Joan, y acaba de salir del colegio, ¿no es verdad? He oído decir que es una chica muy bonita. Bueno, este cambio que usted dice haber notado en su esposa desde hace más o menos dos años, ¿ha sido... progresivo?

—Con intermitencias. Al principio, más o menos durante el primer año, hubo épocas en las que parecía recobrar su personalidad, pero sufría recaídas repentinas y cada vez más acentuadas.

—Y naturalmente usted se alarmaba más. ¿Por qué no me llamó hace doce meses?

—Quise hacerlo. Le sugerí a mi esposa repetidamente que lo viera y tuviera una conversación con usted, pero siempre se negó con firmeza. Y para serle franco, doctor, una de sus más raras alteraciones ha sido su cambio de actitud hacia mí. Tal como están ahora las cosas, cualquier insinuación que yo le haga es suficiente para que ella la rechace de plano, de modo que ahora ya no insisto. Por ejemplo: ella no tiene la menor idea de que le estoy haciendo esta consulta previa...

—Comprendo. ¿Podría usted decirme con brevedad y precisión cuáles son los otros síntomas que lo intranquilizan?

—Para responder a esa pregunta tengo que decirle primero que hasta..., podría decir tres años atrás, mi esposa era una mujer muy alegre, activa, sociable y enérgica. En esa época vivíamos en Surrey y ambos teníamos gran cantidad de amigos en Londres y en sus alrededores. Ella se interesaba muchísimo por las cosas de la vida, por las demás personas, por las modas, teatros, música, pintura —pues tiene bastante habilidad para la acuarela—, por los libros, el golf y el tenis, los asuntos del mundo en general, su casa y su jardín, la comida y hasta por mí mismo. Por los hijos también, por supuesto. Pero paulatinamente ha ido perdiendo todo interés, y ahora sólo se preocupa de los hijos, aunque de una manera muy distinta.

—¿Cómo se entiende con ellos?

—Con el varón muy bien. Está casi fanáticamente consagrada a él. Y creo que, a su modo, él también le corresponde; Leonardo es un muchacho algo raro. Ella es también cariñosa con Joan, pero en una forma agitada y molesta, aunque sin embargo no se llevan mal. Verdaderamente, veo tan poco a mi esposa y a mis hijos...

—Su interés por usted, según me dice, ha disminuido notablemente durante estos últimos años. ¿No es así?

—Así es, por desgracia. Nos casamos..., déjeme pensar..., hace diecinueve años, y creo poder decir con toda sinceridad que fuimos los mejores compañeros durante dieciséis por lo menos. Claro que hemos tenido alguna diferencia de opinión de vez en cuando, porque mi esposa tiene un temperamento algo impulsivo y es de carácter vivo; pero...

—Sí, comprendo... ¿Pero ahora?

—Ahora..., bueno, mucho me temo que mi sola presencia la ponga fuera de sí. Ella evita cuidadosamente estar conmigo, máxime a solas. Por supuesto, yo procuro apartarme de su camino en todo lo posible; pero lo curioso es que la desespera que yo salga, aunque sea por un par de horas, para hacer una vuelta de golf o jugar una partida de *bridge*. Pasa casi todo el día en sus aposentos.

—¿Y qué hace?

—Nada. Está sentada sin hacer nada o recostada; pero cada media hora aproximadamente manda abajo a su criada para averiguar dónde estoy, y qué hago, adónde fui y cuándo volveré. Éste es un nuevo síntoma desde que las cosas alcanzaron un estado agudo, hace pocos meses.

—¿Un estado agudo? ¿Podría explicarme mejor?

—Un estado agudo de empeoramiento rápido y del que esta vez no se ha repuesto. Comenzó a principios de julio, precisamente después que mi hija volvió del colegio. Esto no tiene importancia; pero determina la fecha para mí. De pronto se intensificó todo cuanto me preocupaba en ella. Por ejemplo, esa manía de que no la dejaran sola conmigo. Luego..., bueno, el año pasado no salió a parte alguna; por lo menos fuera de la propiedad. Ahora no sale ni de la casa; sufre de inapetencia desde hace tiempo y resulta imposible hacerle comer. Puede decirse que no duerme; sólo dormita durante el día. No hace nada; ni siquiera se molesta en abrir las revistas que

le mandan del Club del Libro y pasa el día entero envuelta en una bata o con un abrigo de piel echado sobre sus ropas de dormir.

—¿Aparecieron todos esos nuevos síntomas en forma simultánea?

—Sí. Estuvo nerviosa una temporada, pero ahora ha empezado a tener ataques de nervios; comienza a romper cosas o a tirarlas sin causa aparente. En los meses anteriores hemos tenido interminables dificultades con la servidumbre; actualmente los criados no admiten que se abuse de ellos y se les reprenda sin cesar. No comprendo cómo su doncella, Georgina, la soporta. Mi mujer la acosa y la atormenta de la mañana a la noche. Aunque creo, como le he dicho, que todavía tiene cariño por Joan, cuando la hija entra en el cuarto la riñe, colérica, por cualquier insignificancia.

Margesson, con su curtida frente arrugada por la ansiedad, hizo una pausa para mirar inquisitivamente a su interlocutor.

—Supongo que ya le habrán contado todas estas cosas, porque ustedes, los médicos, escuchan todos los chismes. Disculpe, no lo molestaré más. Ya le he dicho cómo los primeros síntomas han ido evolucionando hasta llegar a este estado; pero aún hay otro síntoma absolutamente nuevo que me preocupa mucho más. Mi mujer ha sido siempre una persona muy valiente, temeraria; ahora me parece que vive presa de un terror crónico...

—¿Terror de qué?

—No tengo idea. Que yo sepa no tiene motivo para preocuparse, a no ser su salud, si continúa como hasta ahora. Pero así es. Estoy seguro de que vive acosada incesantemente por un espantoso terror de día, y por espantosas pesadillas de noche. Debo decirle que últimamente ha tomado algo para dormir, pero ya hablaremos de ello. Este miedo que tiene parece que persiste aun cuando duerme; se despierta sobresaltada, muy a menudo gritando medio enloquecida de espanto. He tratado —no necesito decírselo— de inducirla a que me explique la causa de esos terrores, porque estoy firmemente convencido de que todo lo que ella tiene existe únicamente en su imaginación. Pero es inútil; no puedo conseguir que me revele nada...

—Usted me ha dicho que la señora tiene una doncella. ¿Duerme ésta cerca de ella?

—En el cuarto contiguo, desde hace varios meses. Mi esposa insiste en dejar las luces encendidas en el dormitorio durante toda la noche, y por su indicación la doncella se levanta varias veces para ver cómo se encuentra. Pero, por supuesto, esos habituales gritos y sobresaltos nunca suceden cuando la criada está en el cuarto.

—¿Con qué frecuencia los tiene en forma intensa?

—Eso varía. Dos o tres veces por semana... Algunas veces dos en la misma noche... Después se queda en un estado de colapso, hasta se desmaya, y... ¡por Dios!, doctor, no puedo resistir la expresión que veo en sus ojos...

—¿Dice usted que ha estado tomando algo? Presumo que no será por prescripción médica.

—No. Mi hija Joan mencionó casualmente un día que su madre estaba tomando

algo; comprimidos para dormir, según dijo. Tontamente no hice caso. Yo aborrezco las drogas, como supongo le ocurre a la mayoría de la gente que goza de buena salud. Empero, no se me ocurrió jamás hasta ahora que mi esposa podría estar tomando algo realmente peligroso. He cambiado de parecer esta misma noche y ésta es la razón del S. O. S. que le mandé... ¿Qué opina usted? Yo no entiendo ni pizca de drogas, pero por casualidad he descubierto hoy que mi esposa usa una jeringa hipodérmica. Encontré la jeringa en su cuarto y un gran surtido de estas pastillas; vi una de ellas medio disuelta en una copa. ¿De qué serán?

El doctor Brownrigg examinó las dos tabletas blancas que le entregó y después de olerlas una o dos veces las dejó a un lado.

—No le puedo decir a simple vista. Por el aspecto son de fabricación casera. Si me lo permite las llevaré a casa, y probablemente mañana le haré saber el resultado. Supongo que le habrá preguntado a su esposa qué contienen y de dónde las sacó. ¿No es así?

Pero el coronel Margesson había juzgado prudente no sacar más que un par de tabletas y retirarse del dormitorio de su esposa antes de que ésta volviera. Explicó que al parecer, mientras preparaba una inyección, la llamaron por el teléfono instalado en el piso bajo. En esos tiempos una llamada semejante era excepcional. Ignorando que hubiese bajado, entró él en su dormitorio para darle unas revistas ilustradas que había comprado en Cullerton para ella, y con gran sorpresa descubrió la jeringa hipodérmica y la caja de tabletas abierta. Calculaba que la caja habría contenido cincuenta tabletas; ahora estaba por la mitad.

—Sabía que era perfectamente inútil hacerle preguntas —prosiguió diciendo tristemente—, y pensé que lo mejor era guardarme dos pastillas y mostrárselas a usted. Vea, doctor, pensándolo bien..., es decir..., desde mi descubrimiento de esta noche..., he empezado a... Bueno, parecerá extraño decirlo, pero, sinceramente, he empezado a suponer que las perturbaciones de mi esposa se deben pura y simplemente a una especie de narcótico. No necesito decir que comprendo cuán peligroso es cualquier clase de narcótico y lo difícil que es conseguir dejarlo una vez que se empieza. Pero... comparado con la idea de que mi esposa está perdiendo la razón... Éste ha sido el temor que ha convertido mi vida en un perfecto infierno desde hace muchos meses. ¿Qué piensa usted, doctor? Claro que nada puede decir todavía..., pero si esas pastillas resultan alguna especie de narcótico, quíéralo o no tendrá que dejarlas. Usted decidirá en qué forma.

—Muy bien, coronel —convino el doctor Brownrigg—. Al menos es todo lo que podemos hacer por esta noche. Le haré saber el resultado lo más pronto posible, pierda cuidado.

Al ponerse de pie, se volvió hacia las ventanas, algo sorprendido. La tranquilidad de la noche había sido repentinamente interrumpida por el sonido de un coro muy estrepitoso, que a ratos se acercaba a la casa, de voces femeninas que chillaban a cual más y mejor, sobre un fondo de voces masculinas, estentóreas y desafinadas.

Como había dicho el coronel Margesson, el doctor escuchaba los chismes que le contaba su numerosa clientela. Quedóse prestando oídos a los turbulentos trasnochadores y luego se volvió nuevamente hacia su interlocutor.

—Disculpe mi curiosidad, coronel, pero estos ruidos tan alegres ¿proviene de sus vecinos? He oído decir que tienen sus buenas peleas de noche en aquel *bungalow*, el cual según creo es de su propiedad.

—Sí; mi esposa lo hizo construir como un ensayo. Allí vivimos durante un año más o menos, antes de decidirnos a instalarnos definitivamente en esta parte del mundo y construir la casa. Sí; hay allí un grupo de gente bastante alborotadora por desgracia.

—No hubiera pensado que esos ruidos pudieran molestarles aquí, a esta distancia. ¡Qué barullo terrible! Parece que estuvieran todos completamente borrachos. Deben de estar dentro de su propiedad.

El coronel Margesson sonrióse algo molesto.

—Presumo que le parece bastante extraño oír semejante baraúnda a esta hora en un lugar tan tranquilo..., pero yo ya me he acostumbrado. Son, simplemente, mis dos hijos que vuelven a casa a través del bosque, acompañados por sus amigos del *bungalow*. No están ebrios; habrán tomado un cocktail o dos, pero hoy la gente joven se pone tonta con muy poca cosa; quieren aparentar que están muy alegres y contentos y que nada les importa. Tal vez prefiera usted retirarse antes de que lleguen. A propósito, permítame acompañarlo por este maldito sendero nuestro que lleva al puente.

Pero antes de que llegaran al pórtico artísticamente labrado de Cullerside, apareció en el recodo del camino un grupo de seis personas jóvenes que venían riendo, casi sin aliento, y anunciaron su aparición con gritos salvajes y destemplados, que terminaron con este coro:

—Buenos días, buenos días, muy buenos días tengan ustedes.

—Por favor, no griten así —dijo Margesson suavemente—, aquí no estamos en Whipsnade.

Una vacilante voz femenina secundó esta protesta con ironía.

—Cállense to... todos. Están haciendo..., están haciendo un bochinche vergonzoso; ustedes..., ustedes... saben que es un bochinche vergonzoso. Ésta es una casa rrr... respetable y éste es mi rrr... respetable padre..., ahí plantificado en sus rrr... respetables harapos como un viejo caballero inglés de los buenos... Así que cállense... cállense to... todos...

Hubo otro estallido de risas y aplausos; luego el grupo se disolvió con ruidosas despedidas y arreglos para volver a encontrarse al día siguiente. Mientras sus amigos desaparecían entre la borrosa oscuridad de los árboles que rodeaban completamente la casa, Joan Margesson apartó las ramas de un corpulento fresno y avanzó airoosamente por el camino, seguida por su hermano, que marchaba con paso inseguro. La luz brillante del pórtico (Cullerside y la Escuela primaria se habían combinado

para recibir el suministro de corriente eléctrica de la ciudad) iluminaba su insolente belleza rubia y su esbelta figura todavía infantil, vestida con un delgado blusón y pantalones de playa bastante provocativos.

—Hola, *Pater* —dijo como por casualidad—. ¿No te fuiste a des... descansar? Viejo malo.

Su mirada fría se detuvo por un instante en el desaliñado doctor y con una indiferencia desoladora entró silbando en la casa. Al tratar de imitarla, su hermano, pequeño, pálido y de sonrisa altanera, tropezó en los dos últimos escalones y se cayó. Cuando se hubo levantado, con toda solemnidad se dirigió al médico afablemente, diciéndole:

—No creo que nos hayamos conocido antes, pero eso no tiene ninguna importancia al fin y al cabo... ¿No es cierto? Usted parece una persona inteligente, sea quien fuere. Me gusta su cara; es patética, pero me atrae. Dígame, por favor, pues me gustaría mucho saberlo: ¿cuál cree usted que sea el verdadero sig... significado de la exis... tencia humana?

—Ésa, joven —repuso el doctor Brownrigg secamente—, es una pregunta muy seria, que tal vez discutiremos otro día.

—Pero ¿por qué o... tro día? —Protestó el joven Margesson—. Es un hecho comprobado por mi ex... periencia que las tres de la mañana es la hora en que yo...

Su padre lo tomó del brazo y lo empujó suavemente hacia la puerta del vestíbulo.

—No seas tonto, Leonardo —le dijo suavemente—. Entra y vete a la cama.

Pero con gran sorpresa y desconcierto del visitante, la afabilidad melosa de Leonardo desapareció como por encanto, y librándose de la mano de su padre le dio una bofetada.

—Toma —dijo furioso y jadeante—, no me pongas encima esas manos crueles, o será peor para ti. ¿Oyes?

El coronel Margesson miró a su hijo con desdeñoso y amenazante silencio. Luego dijo con calma:

—Mejor dicho, no vayas aún a tu habitación; quiero hablar contigo, Leonardo, y con Joan. Díselo, y esperadme ambos en mi gabinete.

—¡Vete al diablo! —Replicó el hijo—. ¡Bum, bum, bum! Esa maldita voz que tienes, ¡bum, bum, bum! Desde la mañana hasta la noche, ¡bum, bum, bum!

Evidentemente, como lo sospechara su padre, la ostentosa borrachera había sido puro amaneramiento, pues entró furioso, sin tambalearse, en el vestíbulo; se quitó el viejo impermeable y dirigiendo una mirada furibunda a la puerta desapareció.

Volviéndose de nuevo al médico, Margesson encogió sus pesados hombros.

—Siento mucho haberlo incomodado en esta forma, doctor —dijo, tratando de hablar despreocupadamente—. Me temo que no sea un gran éxito como padre... Permítame que lo acompañe hasta el puente, ¿quiere?

Pero el doctor Brownrigg no aceptó y se retiró con un breve y animoso: «Buenas noches», tratando de expresarle la amistosa simpatía que sentía por los sinsabores de

los padres de la actualidad.

Margesson se detuvo en el pórtico por unos momentos, mirando el reflejo de la linterna de su visitante, que ya aparecía, ya desaparecía al alejarse por el empinado sendero. El doctor Brownrigg, que era un hombrecillo metódico, encendía y apagaba su linterna con ritmo regular. Pero un eclipse de la lucecita fue notablemente más corto que los anteriores, y Margesson tuvo la impresión de que no había sido motivado por el resorte de la linterna, sino por algún bulto movable que se habría interpuesto rápidamente entre él y el doctor, que se retiraba; el tronco de un árbol, probablemente. Por desgracia su vista no era la de antes. Esta reflexión le recordó que tenía que ir a jugar al golf con Dicky Broughton, en Budleigh Salterton, y que debía salir temprano. Se volvió y entró en la casa lentamente, mientras que su fisonomía afable iba adquiriendo involuntariamente un gesto adusto, al recordar una vez más las tribulaciones que encerraban aquellas ricas y artísticas paredes.

Capítulo Segundo

MARGESSION tuvo la gran sorpresa de ver que sus órdenes habían sido acatadas por primera vez, y que Joan y su hermano lo esperaban en su gabinete, arrellanados en cómodos sillones. La confesión que el coronel le hiciera al doctor Brownrigg era la pura verdad; él nunca tuvo ascendiente sobre ninguno de sus dos vástagos, nunca los había comprendido, ni entendía cómo podían ser suyos semejantes hijos. Él era un hombre chapado a la antigua, un anacrónico, empantanado en sus rancias ideas. Sin embargo estaba seguro de poseer ciertas creencias; algunos ideales, tradiciones, sentido del deber, fuerza de voluntad y dominio sobre sí mismo. Y, tal como lo habían educado, tal como había vivido durante casi cincuenta años, así deseaba y esperaba continuar hasta el fin de sus días. No le era posible cambiar. Aunque se esforzara por ser equitativo, razonable y justo, como siempre trataba de serlo, desaprobaba profundamente a esas dos criaturas a quienes llamaba hijos, pero que siempre habían sido y seguirían siendo completamente extraños para él. Los desaprobaba, a pesar suyo, no sólo pasiva sino activamente. Incluso llegaba a no quererlos, en particular a Leonardo. Incapaz de la menor sutileza, se daba cuenta de que sus propios sentimientos hacia ellos habían sido siempre tan claros como la luz del día, pese a la actitud paternal de afabilidad y tolerancia que adoptaba. La imaginación vivaz de la pareja y el gran talento que poseían para herir con su charla agresiva y peculiar, como sacando de mentira verdad con aplomo estudiado y aire burlón, hacían que por regla general el padre se cuidara de provocar un conflicto.

Pero la conducta de Leonardo en el pórtico, delante de una persona extraña, era algo nuevo y alarmante; un proceder que exigía inmediata y firme corrección. Al entrar en su gabinete fijó con severidad su mirada triste y sincera en el pálido rostro de su hijo, en su aspecto débil y en su ropa descuidada. Él era un hombre activo, fuerte, entusiasta de los deportes al aire libre, que gozaba de excelente salud y de una energía inagotable. Por eso le exasperaba que su hijo fuese tan diminuto, paliducho y canijo; enemigo de toda clase de juegos, cuyo mayor placer en la vida era frangollar música moderna en el piano o perorar sobre arte, literatura, psicología, etcétera. Su aspecto era del que duerme sin quitarse la ropa y jamás se lava la cara. Andaba sin garbo. No había trabajado un solo día de su vida y jamás lo haría.

En cuanto a Joan, su padre no sabía si en realidad era una locuela que hablaba sin ton ni son, gritando y chillando, o si sólo fingía serlo. De cualquier modo, el resultado era el mismo. Pensaba que ningún ser humano podría aguantarla más de cinco minutos seguidos. Y ahora..., allí estaba repantigada, con una pierna sobre el brazo del sillón, un cigarrillo en la boca, una sonrisa burlona y el lápiz de *rouge* en la mano. ¡Y aquellos pantalones! Igual que una empleadita de tienda.

Margesson le habló primero a ella.

—Mira, Joan; esto no puede seguir así. Ya te he hablado muchas veces y no volveré a hablar más. Sabes que me desagradan sobremanera ese tal Radville y sus

amigos. No me gusta que pases el día entero, y la mayor parte de la noche, en su compañía. En una palabra, te prohíbo que tengas trato alguno con ellos. Sin embargo, como pareces incapaz de trabar amistad con gente decente, sólo te diré esto: De aquí en adelante, si pasas la tarde en el *bungalow*, estarás de vuelta a las doce a más tardar; y volverás a casa sin aparentar ni conducirte como una borracha, aunque lo estés. Y bajo ningún pretexto harás entrar en el parque a Radville ni a ninguno de sus amigos. ¿Comprendes? Eso es todo cuanto quería decirte. Sólo falta agregar que la alternativa no nos será muy agradable a ninguno de los dos. Y por amor de Dios, ponte ropa decente y vístete como una señorita, pues se supone que lo eres. Buenas noches.

—¿Por quién? —dijo Joan y bostezó.

Leonardo elevó al techo sus ojos irritados por el humo del cigarrillo, con un gesto de fingido aburrimiento.

—¡Bum, bum, bum! —Hizo el joven—. ¡Santo Dios!, ahora lo oigo hasta en sueños. Me hace pensar en las odiosas selvas africanas, en asquerosos ríos aceitosos y apestantes llenos de cocodrilos escondidos, en fiebre, en quinina y en tambores de guerra. Horripilante... —añadió estremeciéndose.

—Vamos, no exageres, Leo —le dijo su hermana inspeccionando distraídamente su boca roja—. Ya sabes que uno de los grandes placeres de la vida de *Pater* es oír su propia voz. Él cree que es suave, melodiosa, vibrante y varonil. Le gusta oírse. ¡Pobre querido! ¿Por qué no ha de hacerla resonar si le agrada? No necesitas escucharla. Su voz no significa nada para nosotros, y en cambio a él le hace bien, ¡pobre tesoro! Después de todo ni se rasca ni masca goma...

Joan se puso de pie, retorciéndose.

—Buenas noches, *Pater*. ¡Oh!, ¿quién era ese viejecillo con la cara barbuda? Ya sé, yo he visto alguna vez todo ese pelo. No me fulmines con la mirada, *Pater*. Tus ojos se ponen tan saltones cuando miras; parecen los de un basilisco. ¡Ah!, ya sé quién es ese barbudo. ¿Cómo se llama el doctorcito? Y... ¿qué hacía a estas horas en casa? ¿Vino a ver a Mater?

—No —repuso Margesson con sequedad—. Vino a verme a mí.

—¿A ti? —Repitió Leonardo con una súbita sospecha—. ¿A propósito de qué? —Y como no recibiera contestación alzó la voz—: Te pregunto para qué ha venido a verte.

—Por favor, *Pater*, no trates de parecer misterioso —imploró Joan—. Déjanos siquiera una pizca de amor propio; después de todo, biológicamente eres nuestro padre.

Margesson intentó responder con agudeza.

—Me cuesta creer que seáis cualquiera de vosotros, capaces de...

—Sea, en singular —gruñó Leonardo con los ojos cerrados—. Di más bien sea capaz. Cualquiera nunca es plural, mi querido *Pater*.

Dominando la risita chillona de la hermana provocada por este reproche, un grito lejano, seguido por otros dos más frenéticos y prolongados, provenientes de la parte

alta de la casa, hizo saltar a Leonardo y precipitarse hacia la puerta. Al abrirla, los tres gritos fueron seguidos por tres detonaciones: oyóse el ruido de vidrios rotos, pasos rápidos y otro grito...

—¡Coronel Margesson, coronel Margesson, suba, suba pronto!

Empujando a un lado a su hijo, corrió el coronel escaleras arriba, y atravesó el corto corredor en cuyo extremo estaban las habitaciones donde su esposa pasaba la mayor parte de su desgraciada existencia. De un lado quedaba su dormitorio, el de la doncella y su cuarto de vestir; del otro, un amplio aposento convertido en sala íntima. El cuarto de vestir formaba el ángulo nordeste de la casa, con una ventana hacia cada lado. Allí estaba la señora de Margesson, en pijama y zapatillas, inconsciente sobre la alfombra, con un pie sobre un revólver del ejército, que el marido reconoció en seguida como propio. Había caído de espaldas, y su rostro pálido, helado de terror, miraba hacia la luz de la bombilla eléctrica colgada sobre su tocador. (En sus aposentos había hecho retirar todas las pantallas de las luces). Arrodillada junto a su patrona, Georgina, la doncella, intentaba hacer que volviera en sí con un frasco de sales.

Una vez repuesto de sus primeros temores al ver que su esposa tenía sólo un desvanecimiento, Margesson recogió el revólver, se cercioró de que faltaban tres balas y retiró dos cartuchos sin utilizar. Era claro para él que los tiros habían partido del lugar donde cayó su esposa y en dirección a la ventana que mira al Norte, exactamente detrás del tocador, puesto que una bala rompió el panel superior de dicha ventana, otra hizo añicos el espejo del tocador y rebotó probablemente hacia atrás y para arriba, y la tercera astilló un postigo que estaba entornado y se alojó en el marco. Los vidrios rotos estaban desparramados sobre la alfombra alrededor del tocador, y crujieron bajo los pies de Margesson al correr hacia la ventana. Luego, haciendo visera con las manos, escudriñó en la oscuridad. Pudo comprobar que el pasador estaba intacto, pues otra manía de su esposa era tener la parte inferior de las ventanas de sus aposentos particulares permanentemente cerrada. La parte superior estaba entreabierta, pero otra rápida investigación le demostró que no se podía abrir lo suficiente como para permitirle mirar hacia afuera. Nervioso e impaciente procuraba dominar el reflejo de la luz sobre los cristales.

Mientras tanto, Leonardo y su hermana habían acudido. Esta última, llevando todavía el cigarrillo en la boca, reemplazó a Georgina junto a su madre y suavemente le palmoteaba las mejillas. Leonardo, de pie a su lado, seguía los movimientos de su padre con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos. Ambos hermanos estaban acostumbrados a los desmayos de su madre y a los gritos que siempre los precedían. El detalle del revólver era un asunto nuevo, mucho más serio e interesante, y Leonardo deseaba saber qué iba a hacer su padre.

—¿Quién abrió esos postigos? —preguntó Margesson a Georgina.

La doncella, una muchacha de modales sencillos, apretó los labios y moviendo la cabeza dijo:

—No lo sé, señor; yo misma bajé las persianas y aseguré los postigos de todas las habitaciones esta noche, temprano, alrededor de las siete.

—Y la ventana, ¿la dejó abierta?

—Sí, señor; dejé un poquito abierta la parte de arriba.

Margesson se volvió para examinar nuevamente el pestillo de los postigos.

—No hay rastros de que los hayan forzado por fuera —comentó—; debe de haberlos abierto la señora. Diga, Georgina, ¿la oyó usted gritar?

—Sí, señor, por supuesto.

—Dejemos el «por supuesto». ¿Cuántas veces gritó?

—Creo que dos, señor.

—Basta de decir «creo». Piense bien. ¿Dónde estaba usted cuando sonaron los tiros? ¿Acostada?

—¡Oh!, por amor de Dios, no intimides a la chica en esa forma —interrumpió Leonardo con la voz temblorosa de indignación—. Llama al inspector Hornleigh...

Con todo, su padre repitió la pregunta y Georgina declaró que los tres tiros habían sido disparados mientras ella se ponía la bata y las zapatillas. Al pasar por el dormitorio de su patrona la sintió caer; creía haber notado en seguida que los postigos de una ventana estaban sueltos y la persiana subida; pero ella no podía asegurar haber visto u oído algo fuera de la ventana. Ya otras veces había observado que los postigos de esa ventana se habían soltado y que alguien subía la persiana en el curso de la noche.

—¿Lo hacía la señora?

—Así lo supuse, señor; no había nadie más que pudiera hacerla.

—¿Nunca se lo hizo notar a la señora?

—No, señor. Yo nunca me permito hacerle observaciones a la señora, haga lo que haga. Me imaginé que algunas noches desearía más aire sin tener demasiada corriente en su dormitorio.

—Por supuesto —convino Joan sentándose plácidamente sobre los talones—. Ya está volviendo en sí. ¿Por qué no la llevas a la cama, *Pater*, en vez de hacer preguntas inútiles?

Su rubia cabeza, al oír el sonido de una voz que llamaba desde abajo, se volvió vivamente hacia el vidrio roto. Margesson subióse a una silla para entablar una breve conversación con una figura que podía distinguirse por el resplandor intermitente de una linterna.

—¿Sucedió algo malo, coronel? —Preguntó el doctor Brownrigg—. Oí tres tiros y pensé que sería mejor volver aquí.

—No, no ha sido nada. Es decir..., espere un momento. ¿Quiere dar la vuelta por la puerta del frente? —Margesson desde arriba de la silla se volvió—: Leonardo, baja y haz entrar al doctor Brownrigg; tráelo aquí.

Los hermanos cambiaron una sonrisa irónica ante el tono resuelto de su padre.

—¡Cuán admirable eres, *Pater*! —Dijo Joan mirándose las medias al ponerse de

pie—. ¡Qué dominante! ¡Qué resuelto en los momentos de crisis! Georgina, sea buena y haga entrar al doctor..., como quiera que se llame. No sea tan recatada, pues supongo que el pobre viejo ya habrá visto alguna vez a una mujer en pijama.

Pero el coronel Margesson había decidido hacer sentir su autoridad.

—Georgina, quédese donde está —ordenó—. Leonardo, ¿has oído lo que te he dicho?

—Con toda claridad —contestó su hijo fríamente.

—Entonces, haz lo que te he dicho, en seguida.

El joven suspiró melancólicamente y se fue a sentar, adrede, en la única silla que había en el cuarto.

—¡Bum, bum, bum! —murmuró descorazonado—. Mangos, caimanes y pigmeos... —Pero descruzó las piernas con rapidez cuando su padre hizo un movimiento amenazante hacia él—. Basta, *Pater*, ya te he dicho que no voy a tolerar más. ¿Oyes?

Joan apoyó a su hermano diciendo con tono despectivo:

—Déjalo tranquilo, *Pater*, eres realmente fatigoso, querido. ¡Por Dios, levátemos a Mater del suelo!...

Una criada, asustada, había abierto la puerta al doctor Brownrigg; éste entró en el cuarto en ese momento y tras un breve y silencioso examen de la persona postrada se hizo cargo de la situación. Joan salió del cuarto bostezando, una vez que dejó a su madre en cama; se veía que ésta se había levantado muy de prisa y estaba bien resuelta a no decir una sola palabra.

Leonardo, empero, negóse a seguir el ejemplo de su hermana, y encendiendo un cigarrillo tras otro acompañó a los dos señores mayores al cuarto de vestir, y dejó a Georgina al cuidado de su madre.

—No —objetó con ciega vehemencia—. Yo quiero saber lo que piensa el doctor Brownrigg de todo esto; no quiero secretes sobre mi madre...

El doctor lo miró por encima de sus lentes y luego cerró la puerta de comunicación.

—¿Secreteos, señor Margesson? —Repitió con dureza—. No comprendo.

—¿No comprende? —repuso el joven excitado—. Entonces le hablaré más claro. Sepa usted que no voy a permitir que *Pater* le haga creer que porque Mater esté nerviosa y fastidiada por ciertas cosas y porque casi no consiga conciliar el sueño, y esto debido seguramente a que le molesta salir a tomar aire y hacer ejercicio..., no voy a permitir que mi padre le haga tragar que mi madre tiene alguna otra cosa.

—¿Nada más, señor Margesson?

—Sí; algo relativo a su cabeza, hablando en palabras llanas. Estoy seguro de que mi padre se ha persuadido a sí mismo de que a mi madre la aqueja una enfermedad mental. No sé cómo, pero adivino por qué piensa eso; y yo le digo delante de él que eso es mentira; que la mente de mi madre está tan sana y clara como la suya o la mía y mucho más clara que la de mi padre. Esto se lo puedo asegurar porque yo la

conozco mejor que nadie en el mundo...

Los ojos azules de Margesson estaban fijos en la cara de su hijo durante esta disertación dicha sin resuello. Evidentemente el muchacho había elegido palabras sencillas, pero expresaba su verdadero significado con la mirada, con la entonación y con los gestos. Insinuaba por primera vez la razón de su constante hostilidad hacia su progenitor, y éste tenía que admitir que dicha insinuación se fundaba en el hecho molesto de sus relaciones con su esposa.

—Mi querido Leonardo, nadie te va a discutir tu afecto por tu madre, ni el de ella por ti, como tampoco la confianza que existe entre ambos. Pero permite que te diga, hijo mío, que eres tú quien dice tonterías. En todo caso, lo que tú o yo pensemos sobre el estado de salud de tu madre...

—¡Oh!, no te escabullas —interrumpió desdeñosamente Leonardo—. Has tocado el punto. Estamos hablando del estado mental de mama; bien lo sabes.

—Perfectamente; y lo que tú o yo pensemos no tiene ninguna importancia desde el punto de vista profesional. Es un asunto para...

—¡Bum, bum, bum! Un caso para especialistas mentales... ¿No es eso lo que ibas a decir? Eso es lo que estás buscando. ¡Oh!, conozco ese ardid. Ya sé cómo llevan a la gente a esos hospicios y después se la deja allí. Es tan sencillo como decir: «Buenas noches, querida, lo único que deseo es que tengas una charla tranquila con este buen doctor». Cuando termina la charla y el buen doctor ha dicho lo convenido de antemano, embolsa el dinero fácilmente ganado, llama a un compañero de la misma calaña y dice...

—Verdaderamente, señor Margesson —intervino el doctor Brownrigg con severidad—, esta usted hablando en una forma muy absurda e imprudente. Le aconsejaría que se fuera a la cama...

... y que deje a usted con mi padre para arreglado todo en paz y concordia. ¡Ah, no! ¡Qué diablos! No voy a permitir que encierren a mi madre en un asilo de alienados, que se libren de ella mediante un certificado de insania, para que viva abandonada y desesperada el resto de su vida, en compañía de idiotas, de epilépticos y de sabe Dios qué. Les digo que no quiero, y les prevengo que ya he hablado con los procuradores de mi madre. ¡Oh, sí! Puedes echar chispas hasta ponerte lívido, *Pater*. He hablado bien clarito, ¿no es así? Y ya que estamos en el asunto hablaré más claro todavía. Mira, *Pater*; Joan, yo y mama también, conocemos tu juego perfectamente. Tú crees que vas a encerrar a mama en una casa de alienados —como se las llama cuando se les paga por su vil trabajo—, que podrás disponer de todo su dinero y que todo cuanto hay en los jardines va a ser para ti. Pues te has equivocado rotundamente, porque no se hará nada en cuanto a trastornos mentales; absolutamente nada, te lo aseguro. Ya lo sabes...

Sus acompañantes lo vieron otra vez echarse convulsivamente en su silla y encender con dedos temblorosos un cigarrillo. Un pequeño gesto del doctor Brownrigg indujo a Margesson a volverse y dejarlo dueño de la situación.

—Joven, si yo creyera por un momento —dijo el doctor con acritud— estas acusaciones contra su padre... Bueno... no dudaría en mandarlo a usted como aspirante a una de esas instituciones que parece haber estudiado tan a fondo. Sin embargo, lo que está en discusión es el estado físico y mental de su madre, pues ni usted, ni yo, ni nadie puede separar una cosa de la otra. Le diré con toda franqueza que es un estado muy serio...

—¡Pamplinas! ¡Puras patrañas y tonterías!

—Tal vez. De todos modos, yo no deseo discutir mis opiniones con usted sobre este punto ni sobre ningún otro. Haré simplemente dos cosas: le recomiendo que consulte sobre la ley de difamación y calumnias a esos consejeros legales que usted tiene y luego le haré una simple pregunta. Dice usted que conoce a su madre mejor que nadie en el mundo. Siendo así, ¿puede usted decir o sugerir qué razón tendría para levantarse de la cama a las tres de la mañana, venir a este cuarto de vestir, recorrer el cerrojo de los postigos, levantar la persiana, volver al centro del cuarto y disparar tres tiros con el revólver de su padre que habrá llegado a su poder después de una paciente y deliberada espera? Es una pregunta larga, lo admito; pero podrá darme una respuesta lo más corta posible, ¿quiere?

—Con mucho gusto —replicó Leonardo con desprecio—. La habrá despertado algún ruido, se levantó, vino aquí, observó que el ruido procedía de la ventana, abrió los postigos, levantó la persiana y vio a alguien afuera, alguien que tal vez haya visto antes, tal vez varias veces, y quizás por eso se habrá tomado el trabajo de birlarle el revólver a papá. Cualquiera sé lo podía haber quitado con facilidad. Viere lo que viere, y yo tengo mis propias ideas acerca de ello, gritó y retrocedió de la ventana observando. Por último hizo fuego, y entonces, como es natural, considerando el susto y su estado general de salud, cayó al suelo. No creo que Mater haya tirado con ninguna clase de arma en su vida. Ahí tienen ustedes mi opinión.

El doctor Brownrigg se quitó los lentes, los miró al trasluz y se los puso de nuevo.

—No ha sido una contestación muy corta; pero es perfectamente posible. La ventana tiene un antepecho bastante ancho y la rama de un árbol podado queda a una distancia de seis o siete pies. Usted opina que alguien alcanzó el antepecho de la ventana por la rama del árbol.

—Sí; es muy posible.

Manoseando su descuidada barbita, el doctor volvió a atisbar en la oscuridad.

—Bueno, no me gustaría hacer la prueba —dijo—, pero supongo que una persona joven y valiente podría hacerlo con éxito, no digo dos, sino varias veces. Por el momento supongamos posible el hecho. ¿Usted dice que tiene sus sospechas acerca de la persona capaz de tomarse tanto trabajo y correr semejante riesgo para un fin tan poco aparente?

—Sí —contestó Leonardo desafiante—, la tengo. Supongo que alguno de esos tontos del *bungalow* ha tratado de hacerse el gracioso golpeando la ventana. Papá ha resuelto ser desagradable con ellos, y además, siempre están jugando a la cabra

mareada; es una manía de Radville, esta noche estaban todos rondando por aquí, vinieron del *bungalow* con Joan y conmigo; usted los vio...

—Bueno —comentó el médico, dirigiéndose a Margesson—, según lo que acabo de oír sobre los inquilinos de su *bungalow* y lo que he podido escuchar yo mismo, ¿qué opinión tiene usted sobre la idea de su hijo?

—Se lo diré cuando haya conversado con el señor Radville mañana temprano —contestó Margesson sin soltar prenda—. Por el momento...

Leonardo se levantó de golpe.

—Por el momento no quieres abrir los ojos ante ningún hecho que pueda perturbar tus sueños color de rosa, ¿no es cierto? —dijo encolerizado—. Sin embargo, te diré que voy a abrir los míos ante un hecho, antes de que empieces a roncar esta noche. Ahora mismo me voy al *bungalow*. Hasta la vista.

A pesar de las protestas de sus mayores, Leonardo salió cabizbajo del cuarto y palpando su cigarrera; sus pantalones arrugados y sucios aleteaban alrededor de sus piernas de araña. Margesson y el médico hicieron otro examen de la rama que alcanzaba casi hasta la ventana del vidrio roto, sin llegar a una conclusión definitiva; luego cerraron la ventana, sujetaron los postigos, y una vez que supieron por Georgina que el sedativo había hecho su efecto, pues la señora dormía profundamente, bajaron la escalera y salieron al pórtico, discutiendo la inminente entrevista del primer ministro con *herr* Hitler.

Durante las últimas horas la noche se había cubierto con una neblina húmeda. El doctor dio un resoplido al sacar la linterna del bolsillo de su sobretodo, y Margesson estornudó.

—Es el precio que usted paga por sus afabilidades, coronel; dentro de cuatro o cinco años vendrá a preguntarme por qué tiene reumatismo. Bueno, buenas noches. Volveré luego a ver a su esposa, si ella me lo permite; probablemente le haré saber algo sobre aquellas...

Se calló para escuchar un sonido angustioso y breve, sordo y brusco que revelaba la tragedia nocturna del misterio invisible del bosque.

—Armiño en acecho. Adiós, hermano conejo.

Y con un ligero gesto de protesta, desapareció rápidamente en la neblina.

Capítulo Tercero

EL MUNDO podía sufrir alternativas, con sus esperanzas y sus temores, sus amenazas y sus ruegos, pero aquel día de mercado en el valle de Cullerton estaba tan animado y tranquilo como de costumbre. En verdad, no había sido un día muy malo; dada la época en que se estaba, no existían motivos para quejarse del tiempo, de las ventas o de los precios, y en cuanto a ese mozo Hitler, Cullerton no se preocupaba de él: era pura intriga, y Chamberlain ya lo metería en cintura.

A las seis y media concluían los negocios diurnos, pero en los alrededores de la plaza del mercado las posadas se colmaban de parroquianos que en amena charla se reponían de las incidencias y emociones del día. En el Stag's Head, el más antiguo e importante de aquellos establecimientos, reinaba tanto alboroto, que Enrique, el veterano mozo principal, tuvo que recurrir a la ayuda de una de las camareras, y en el bar, el dueño Babbicombe y su mujer le dieron una buena mano a la señorita Mowlem.

Todo el espacio aprovechable del comedor y de la antesala estaba ocupado. Granjeros acaudalados, con sus esposas e hijos, comerciantes y corredores, vecinos de distinta dignidad e importancia, bebían todas las variedades concebibles de líquidos, desde la leche y el *whisky* hasta la cerveza, el jengibre o el ron; e ingerían todos los comestibles imaginables: bizcochos de chocolate, huevos con tocino, conservas de salmón, pasta de carne, etc. Excepción hecha de alguno que otro forastero asentado temporalmente o de paso, los parroquianos del Stag's Head eran tan antiguos y conocidos como la casa misma y constituían la concurrencia habitual de los días de feria. Por encima del bullicio sonoro y del zumbido grave de las voces bajas y lentas de Devon, se cruzaban las risas, las ironías amables y los agudos comentarios sobre asuntos locales. La charla trivial hacía de aquel cuarto largo y angosto —que fue comedor en los tiempos de la tracción a sangre— un lugar de reunión familiar.

El popular rostro de Enrique, con su boca cómica y sus dos mechones de bigote, ofrecía la sonrisa del abuelo que aprueba y es aprobado a su vez, mientras iba y venía con su serena habilidad, y sin descuidar la vigilancia que ejercía. A veces, sin embargo, su sonrisa se eclipsaba momentáneamente; llevaba más de cincuenta años de trabajo en el establecimiento —ingresó en él de pequeño— y hacía veintiséis que era el mozo principal. Por lo mismo nadie prodigaba más celo que él para conservar la intachable reputación que merecía el Stag's Head desde hacía cuatrocientos años. Así, pues, cuando la pequeña y ruidosa tertulia del rincón en que estaban las dos palmeras lanzaba sus observaciones en voz muy alta o se reía demasiado fuerte, Enrique fruncía la boca y arqueaba las cejas en señal de desagrado. No era necesario más. Bien sabía él que su gesto de muda reprobación de la conducta observada por el grupo del rincón sería advertido por los parroquianos, quienes lo aceptarían como si fuese la opinión del establecimiento sobre aquellos jóvenes bullangueros que no

sabían comportarse en una sala. No tardaba, pues, en reaparecer su sonrisa paternal mientras colocaba con habilidad, a modo de barbero, la servilleta de algún Tomasito o de alguna Susanita, o encendía algún cigarrillo al pasar, al tiempo que su ojo avizor intervenía para que se sirviera más agua caliente, más tostadas con manteca o «lo mismo, otra vez», en el otro extremo de la sala.

La concurrencia se despreocupó de los jóvenes del rincón sin que ello impidiese alguna mirada casual cuando se oía un chiste ruidoso o una carcajada demasiado estridente, pues todos comprendieron que aquel grupo, en su alegría esotérica, prescindía deliberada y desdeñosamente de los demás. Sin embargo, las señoras de los granjeros aguzaban el oído con disimulo para captar el vocabulario poco común que afloraba en la charla del grupo, como que era propio de clubes nocturnos y tabernas, espectáculos y bailes, estrellas de cine y cantores de radio, de Wimbledon y Wembley, Brookland y Henley, Ranelagh y Cannes. Los hombres, por su parte, alternaron guiñadas y codazos cuando Enrique sirvió al quinteto una nueva vuelta de cocktails para aguardar luego el pago de esa vuelta con estudiada impasibilidad, lo cual demoraba un tanto.

—Es la quinta vuelta que toman desde que entramos —comentó el señor Bodley, de la granja Shramley Pound, a su compañero de enfrente, moviendo la boca y tapándose el resto de la cara con la copa de sidra—. Cinco chelines y diez peniques por vez suman treinta chelines de bebida...

—Me hace gracia la forma en que el viejo Enrique se queda plantado hasta que le pagan —dijo su amigo Varney, que había llegado desde Widdecombe.

—¡Ah! —Asintió Bodley—, según he oído decir, esos dos muchachos deben dinero por toda la ciudad; el moreno se llama Radville; el nombre del otro es Beeton o algo por el estilo; una de las chicas es hermana de Radville, aquélla del gran abrigo de piel —dijo haciendo una guiñada—. Por lo menos, así dicen. Los dos muchachos han estado viviendo desde principios del verano en el *bungalow*, más allá de la escuela; supongo que se habrán sentido muy solos allí. De todos modos, su hermana y una amiga han estado con ellos en estos últimos tiempos; probablemente, la amiga sea hermana del otro tipo...

Hizo otra guiñada, y el señor Varney esquivó la mirada de su esposa para subrayar burlonamente:

—Y son muy bonitas por cierto. Nunca las vi por aquí antes.

—No podría haberlas visto —explicó el señor Bodley—. Tampoco las he visto yo antes aquí, por lo menos durante el día.

—Debe de ser una fiesta de cumpleaños o algo por el estilo, ¿eh?

Pero el otro movió la cabeza.

—No. Últimamente se les ha visto muy a menudo aquí, por la tarde, en plena jarana. Ninguno de ellos es bien acogido por cierto, pese al dinero que despilfarran. Generalmente son seis, por lo menos cuando los he visto yo. Hay un joven que no está con ellos esta tarde. Generalmente es el que paga; los otros dos tipos piden

bebidas, lo dejan hacer y se quedan sentados. Es hijo del coronel Margesson. Parece un muchacho medio tonto y amanerado. Aquélla es su hermana, la más joven de las tres, la que tiene sus piernas sobre las rodillas del moreno. Acabo de advertir que fue ella quien pagó las bebidas las dos últimas veces... Observe usted, la próxima vez...

Aunque Bodley y su amigo estaban sentados en medio de un gran bullicio, habían hecho los comentarios a media voz y con suma prudencia, sin hacer el menor movimiento, no obstante hallarse el grupo en cuestión por lo menos a cuarenta pies de distancia y del todo ajeno a su existencia. Pero ahora Varney giró la cabeza con toda lentitud hasta enfrentar a la señorita Margesson y sus acompañantes.

Observó bien, desde luego, pero como si no reparase en nada particular; luego volvió lentamente la cabeza a su posición anterior.

—¡Ah! —Fue su comentario—. Satisfecha de sí misma, ¿verdad? Está orgullosa de sus piernas, a juzgar por la manera en que las muestra.

La señora de Varney alcanzó a oír este comentario en un intervalo de su conversación confidencial con la señora de Bodley.

—No te ocupes de sus piernas, William —le ordenó—. Concluye tu bebida y volvamos a casa temprano...

—¡Ah! Y haz tú lo mismo, Peter —dispuso la señora de Bodley—. ¡Piernas, realmente...! Me parece que es el colmo de la desvergüenza que a una joven como ésa, que es casi una criatura, se le permita beber y dar semejante espectáculo en un lugar público...

—Y en un día de feria, por añadidura —sostuvo la señora de Varney—, ante una cantidad de tontos que la miran con el rabo del ojo...

—No sé qué clase de mujer será su madre —continuó la señora de Bodley— para permitirle esto. Dicen que es una persona muy rara, y que nunca sale de su cuarto. La sobrina de la hermana de mi marido estuvo algún tiempo a su servicio allí, en Cullerside, el año pasado...

—Ella también me parece que anda un poco mal de la cabeza —comentó el señor Varney al echar el último trago con un prolongado deleite—. Aun siendo muy joven, está bastante alegre en este momento, y también lo están las otras dos buenas piezas. Escúchenlas cacarear.

—¡Oh, eso no es nada! —Se sonrió Bodley—. Aguarden a que tengan dentro varios cocktails más y entonces habrá diversión...

—¿Tendremos diversión, de veras? —Replicó la señora de Varney—. Bueno, si no le incomoda, señor Bodley, la única diversión que yo deseo es la puerta de mi casa, que por lo menos queda a veinte millas de distancia.

Pero tanto ella como sus amigos fueron dilatando el regreso. La señorita Mowlem, encargada del bar, dejó su despacho tras un coloquio preliminar que sostuvo con Enrique a través de la ventanilla por donde pasaban las bebidas, y apareció por una puerta lateral. Su rostro, todavía bonito, y sonriente por lo general, tenía una expresión grave. Y aunque penetró en la sala después de un rato

aparentando un interés rutinario por el bienestar de los clientes, bien se advertía que el motivo real de su presencia no era otro que el de vigilar el grupo del rincón de las palmeras.

La señorita Mowlem llevaba más de diez años al frente del bar y sus patrones la tenían en casi tan alta estima como a Enrique. Su aparición provocó amistosos saludos que señalaron su paso a través del salón hasta que se detuvo tras de la silla de un parroquiano solitario que estaba aparentemente absorto en la contemplación del humo de su cigarrillo, y que a ratos sorbía su bebida o añadía uno o dos rápidos toques a un bosquejo hecho sobre la guarda de una novela. Al advertir la presencia de la señorita Mowlem cerró el libro con rapidez para que no pudiera ver el dibujo.

—Vamos, señor Purefoy —le reprendió ésta con malicia—. Lo he pescado. Sé que está usted haciendo una de esas terribles caricaturas suyas. No se lo permitiré, a menos que se trate de alguien que no me guste, por supuesto.

Purefoy levantó hacia ella sus ojos grises, de largas pestañas, con una encantadora sonrisa y dijo:

—¿Puedo preguntar qué está usted haciendo aquí, señorita Mowlem, a hurtadillas detrás de la gente para amenazarla? Ya sé que se muere usted por ver el croquis que estoy haciendo; se trata de alguien que usted no quiere. Pero para castigarla...

—No sea bromista, señor Purefoy —replicó la camarera, sonrojándose ante la mirada intencionada del artista. La señorita Mowlem lo consideraba uno de los hombres más guapos y distinguidos que había conocido en su vida, y a pesar de que él mismo se juzgaba hombre maduro, no lo aparentaba, porque aún tenía una figura garbosa, delgada y juvenil. Ella admiraba su cuidada barbilla y lo costoso de su corbata: un lazo con las puntas anchas y sueltas que concordaba con sus modales siempre alegres y encantadores. Si tuviese unas pulgadas más de estatura sería un sueño perfecto —opinaba la señorita Mowlem—, pero tal como era lo consideraba un tesoro.

Movió los hombros mimosamente, y le dijo:

—Vamos, muéstmela.

—... Por favor.

—Por favor, entonces.

Ante este ruego, Purefoy le mostró su dibujo con discreción. La señorita Mowlem se lo agradeció con pequeñas muestras de admiración, inclinándose sobre él para mirarlo más de cerca. Pero en seguida su sonrisa se mudó en vago desagrado.

—Creo que es admirable —comentó en voz baja—. Pero no es una caricatura... Es algo peor... Es ella exactamente como se pone cuando... como está ahora... Es usted malo, perverso y muy hábil...

—Gracias, querida —sonrió Purefoy cerrando el libro otra vez—. Por esta encantadora sinceridad le perdono todas sus culpas.

—Bueno; ¿quiere darme ese croquis?

—¿Por qué no quiere que haga uno de usted, querida?

—Es preferible que no. Muchas gracias —replicó la señorita Mowlem—. Sabe Dios cómo me sacaría usted. No... Quiero ese croquis por una razón especial. Usted lo utilizara tan sólo para limpiar su pipa, o lo dejara olvidado, con seguridad. Vamos... rómpalo o démelo, tranquilamente... Espere un momento, ella nos está mirando. Ahora... pronto... —y Purefoy obedeció con un suspiro de amable resignación, volviendo a la abstracta contemplación del humo de su cigarrillo, mientras la señorita Mowlem escondía hábilmente la presa dentro de un diario olvidado por un grupo que acababa de retirarse. Luego se dirigió lentamente hacia los dos macetones de palmeras, entre los cuales pasaba en ese momento Enrique con una bandeja de copas vacías.

—Cinco coñacs esta vez —murmuró al encontrarse con la camarera.

—Lleve dos —dijo ella en el mismo tono mientras volvía sobre sus pasos—. Para señoritas no hay más bebida esta tarde.

—Muy bien, señorita.

En el mostrador el señor Babbicombe entregó a Enrique dos coñacs, y éste al servírselos al señor Radville se los presentó con su habitual cortesía:

—Muchas gracias, señor.

Radville era un joven moreno, bien vestido, de más o menos treinta años, con una sonrisa constante que mostraba los dientes blancos y regulares bajo el bigotillo. Echó una mirada a la bandeja:

—Dije cinco.

—Ya lo sé, señor. Pero tengo orden de no servir más bebida a las señoritas, por esta tarde.

—¿Qué ha dicho? —gritaron dos de las tres damas con violenta indignación. Joan Margesson abrió los ojos para preguntar—: ¿Qué pasa? ¿Qué dice?

—¡Ésta sí que es buena! —Exclamó el señor Bethune, amigo de Radville—. Pero ¡habrase visto semejante descaró! ¡Vaya y traiga tres más, inmediatamente! ¿Oye?

—Lo siento, señor. Tengo orden de no servir más bebida a las señoritas, por esta tarde.

—¿Qué? —gritó a su vez Joan Margesson—. ¿No servir más bebidas? ¡Qué demonios...! ¿Por qué no?

Enrique observaba con grave y elocuente silencio la cara descolorida y los ojos vidriosos de Joan, y como ni el señor Radville ni el señor Bethune hicieron el menor movimiento para servirse de la bandeja, depositó las dos copas en una mesita cercana y luego tosió como de costumbre.

—Es inútil que espere, mi buen hombre —dijo el señor Bethune—. Traiga las bebidas que hemos pedido y se le pagará.

—Lo siento, señor. Tengo orden de...

—¡Al diablo con las órdenes! —Replicó Radville—. ¿Quién se las ha dado?

—La gerencia, señor.

—¿Debemos de entender que la gerencia, digamos el señor Babbicombe, insinúa

que estas damas no están en condiciones de beber más?

—Bueno, señor, creo que convendrá usted conmigo en que estas señoritas ya han bebido bastante por esta tarde. De todos modos, ya he dicho cuál es la orden que tengo, y pienso cumplirla.

A todo esto el resto de la sala, olvidando por un momento sus propios asuntos, seguía la discusión con irónico interés. Hubo un murmullo general de aprobación para la tenacidad de Enrique, cuando éste se retiró con dignidad luego de recibir de la señorita Margesson, vía señor Radville (como lo subrayó sardónicamente Bodley), el pago de los dos coñacs que había servido. Pero se hizo otra vez el silencio cuando, casi en seguida, fue llamado nuevamente por el coro ruidoso, a los gritos de:

—¡Oiga! ¿Quiere volver aquí?

Radville y Bethune tenían una copa cada uno, y con la excusa graciosa de que querían bebidas en copas para hombres, pidieron dos coñacs más. La intención de la pequeña maniobra era bien clara, así que Enrique se sonrió de la chiquillada y se retiró. Joan Margesson arrancó entonces la copa que Radville tenía en la mano y se la bebió de un trago en medio de las risas estrepitosas de sus amigos. Retiró las piernas que tenía sobre las rodillas del joven y poniéndose de pie trató de arrojar la copa contra la espalda de Enrique, que se alejaba. Bethune le impidió que consumara su venganza, pero ella se bebió también su copa de un trago, sin respirar, y con una risa tonta quiso dejarse caer en su silla, dando de espaldas contra el suelo.

La señorita Mowlem, que se había detenido otra vez cerca de Purefoy para observar los acontecimientos, se indignó por la risa que el contratiempo le produjo a él y a la mayor parte de los ocupantes de la sala.

—No hay motivo de risa —exclamó—. ¡Una joven como ella, toda una dama, dando semejante espectáculo! Realmente, me sorprende usted, señor Purefoy...

—¡La juventud tendrá todo lo que quiera! —Sonrió Purefoy—. ¡La juventud tendrá todo lo que quiera!

El pequeño jeu d'esprit, a los que tan afecto era Purefoy, no tuvo éxito con la señorita Mowlem, quien con un cortante: «¡No en esta casa, si no saben comportarse!», salió rápidamente por la puerta lateral, exteriorizando los gestos de reprobación que aquello le merecía, mientras apretaba los labios y movía la cabeza cuando pasó junto a las señoras de Varney y Bodley.

—Si esa infeliz fuera hija mía —dijo la señora de Bodley como para que todos la oyesen— sé muy bien lo que se recibiría y sé también dónde.

—Es raro que el señor Babbicombe no los haya echado —exclamó la señora de Varney—. Lo vi observándolo todo desde la ventanilla.

—Un momento —agregó Bodley—. Ya se marchan sin que los echen. Apuesto a que valdrá la pena ver a la buena pieza de la Margesson cuando trate de dar un paso.

Pero los preparativos de la partida se prolongaban, y en aquel preciso momento los concurrentes descubrieron un asunto de mayor interés... Desde las tres grandes ventanas que iluminaban el salón se divisaba casi por completo la Bridge Street, calle

principal de Cullerton, y a través de ellas la atención del público enderezó hacia la oficina de correos, en el lado opuesto de la calle, a raíz de una repentina observación que profirió el señor Jago, popular administrador del cinematógrafo Regal, mientras forcejeaba para ponerse su famoso sobretodo forrado de piel.

—¡Hola!... Con que Bryant conduce otra vez su coche. Yo creía que le habían retirado la licencia por doce meses. ¿No fue así?

—Así fue —confirmó otro—. Su ayudante manejó el coche desde entonces.

—Bueno, pero el caso es que lo conduce él mismo, por lo menos esta tarde —insistió Jago mientras iba hacia la ventana para observar mejor aquel hecho tan interesante—. Vean ustedes. Está solo, no hay nadie más dentro del coche. Y éste tiene una pinchadura o algo por el estilo, según parece. Ahora baja del auto.

Las tres ventanas fueron materialmente asaltadas por los parroquianos, que tenían interés en observar las infortunadas maniobras de Bryant. Justamente ante la oficina de correos, que se levantaba algo más dentro de la acera, un hombre de edad mediana, rechoncho, bien constituido, bajó de un auto y se puso a revisar una de las ruedas traseras. La contempló durante algunos momentos y luego extrajo del cajón posterior las diversas partes de un gato que trató de armar. Pero como la tarea de meter el cabo de la palanca en su ranura fuese demasiado difícil para él, tiró aquélla con fastidio, y después de acomodar el gato debajo del eje, levantó el coche a pulso y consiguió calzarlo. Hecho esto, arrojó un salivazo y, encendiendo un cigarrillo, pensó en su próximo movimiento con toda solemnidad.

No fue la popularidad de que disfrutaba el señor Eustaquio Bryant en la ciudad y sus alrededores, ni la exhibición de su vigor físico (se sabía que era capaz de agarrar un toro por las astas mientras su ayudante le colocaba el anillo en la nariz, y podía derribar un caballo o una ternera él solo, con tanta facilidad como un muchacho pedaleaba en su bicicleta) lo que llamó tanto la atención, no sólo de los parroquianos del Stag's Head, sino también de todos los vecinos de Cullerton que se encontraban. Aunque desde varios años atrás se le consideraba, sin disputa, el mejor veterinario de los alrededores, no era popular ni podía serlo. Recientemente había merecido, con justa causa, la reprobación de la mayor parte de sus conterráneos. Por lo demás, su vigor físico era tan conocido como su estado crónico de embriaguez, su carácter violento y su inagotable facilidad para la blasfemia más horrenda. Pero el accidente que le había ocurrido unas semanas atrás, tanto en el orden profesional como en el moral, lo hacía objeto de curiosidad en virtud de su tolerable conducta pasada y de su numerosa clientela. Uno de sus resultados inmediatos fue una espantosa borrachera, durante la cual condujo su automóvil sobre la acera de Bridge Street llevándose por delante un farol y luego a una joven que conducía un cochecito con un bebé. Ambos escaparon de la muerte por casualidad y buena suerte. Y aunque Bryant se hizo cargo voluntariamente, y no sin elegancia, de los daños y perjuicios exigidos, los jueces, no satisfechos con ello, le impusieron la multa máxima y le retiraron la licencia por un año.

Excedía, pues, a todas las previsiones de los vecinos de Cullerton que aquel buen señor tuviese el descaro de desafiar tan escandalosamente la ley conduciendo su coche por la calle principal de la ciudad, a plena luz y en día de mercado. La Market Square (Plaza del Mercado) quedaba a la vuelta; allí, con toda seguridad, en aquel mismo momento, como siempre acaecía hasta las 17 en días de feria, el sargento Rendall, y por lo menos dos de sus subordinados, vigilarían para activar los últimos detalles de desalojo y aseo.

En cualquier momento el sargento podría aparecer por la esquina, de regreso a la estación para ir a comer, y Jago esperaba que para entonces habría mucho jaleo.

Ajeno o indiferente al interés que suscitaba, Bryant sacó con lentitud la rueda de repuesto y la dejó en la acera. La observó un rato y comenzó en seguida una nueva e impaciente búsqueda en la caja de herramientas de su automóvil. Aún tenía la cabeza y los hombros metidos dentro de la caja cuando un gran automóvil frenó exactamente detrás del suyo. Jago silbó al reconocer la apuesta figura que bajó del coche y se dirigió con rapidez hacia la puerta del correo. Bodley había conseguido acercarse a fuerza de codazos a la otra ventana, y sobre la cabeza de los demás se dirigió a Varney, que había quedado rezagado.

—¿Vio quién era? —le preguntó—. El coronel Margesson...

—Bueno. ¿Qué pasa con eso? —inquirió Varney, despectivo. Varney sólo iba a Cullerton en días de feria y, por consiguiente, vivía alejado de las cosas y habladurías del pueblo.

—¿Que qué pasa con ello? —repitió su amigo. Tanto él como todos los que oyeron la pregunta miraron a Varney y rieron, pues el hecho más comentado en Cullerton había sido el proceso y condena de Bryant, semanas atrás, a raíz de una acusación de crueldad salvaje en la matanza de un gato infeliz que le habían llevado para exterminar. Bryant, por supuesto, estaba borracho, probablemente muy borracho. De todos modos, habiéndole fallado desde un principio la anestesia con cloroformo, golpeó con un mazo al animal hasta matarlo. Pero, para desgracia suya, le interrumpieron antes de finalizar la operación. El horrorizado e indignado intruso había sido el coronel Margesson, que en la misma tarde había tenido que ir a ver al veterinario por la enfermedad de uno de sus perros de caza. Sin tardanza dio parte a la policía y a la R. S. P. C. A., y fue luego el único y más que suficiente testigo para el proceso, además del esqueleto del gato. Margesson calificaba la conducta de Bryant como la de un maniático rabioso y sanguinario, y en ello residió, por consiguiente, la primordial causa del descrédito que recayó sobre el veterinario.

Toda la gente sabía, si no se lo habían oído a él mismo, que desde entonces el principal tema de conversación de Bryant lo constituían las terribles amenazas que profería contra el coronel. Ahora estaban los dos enemigos frente a frente, y Varney salía con aquella pregunta... Bodley dio la espalda desdeñosamente a su amigo, y respirando ruidosamente, jadeante y excitado, continuó mirando hacia la puerta del correo, con vigilante atención, para no perder ningún detalle del drama que se

avicinaba, pues antes de que el coronel Margesson desapareciera por la puerta, levantó por fin la cabeza Bryant a tiempo para ver y reconocer a su acusador, que era, a la vez, el culpable de su ruina. Hizo un movimiento impetuoso como para seguirlo, pero se detuvo con la mirada puesta en la puerta mientras balanceaba suave y meditativamente la palanca del gato que acababa de recoger. En ese momento toda la concurrencia del salón se había dejado llevar por la curiosidad, y se repartió en las tres ventanas o salió para seguir la cosa desde el pórtico, cubierto de hierba, del hotel. Sin embargo, Purefoy, aunque había concluido de beber hacía largo rato, aún continuaba sentado, abstraído, al parecer, en la solitaria contemplación del humo de su cigarrillo. Pero lo cierto es que se divertía observando la discusión que se había entablado en el rincón de las palmeras entre Radville y sus amigos por un lado y Babbicombe por el otro. Y lo que le divertía, sobre, todo, era que los querellantes se dirigieran frecuentemente a él con la vista, como a un neutral imparcial, pues daba la casualidad de que él estaba en muy buenos términos con los dos bandos. Además, y a despecho de sus años, le gustaba mirar a las mujeres bonitas y bien vestidas.

El señor Babbicombe era un hombre grueso, corpulento, de tez rosada, de inclinaciones deportivas y, en general, de espíritu amplio y maneras cordiales; pero tratándose del buen nombre del Stag's Head su inflexibilidad era absoluta. Y para mantenerlo estaba dispuesto a utilizar su boca y sus puños, si éstos fueran necesarios. Aprovechando, pues, la distracción ocasionada por Bryant, resolvió ir al salón y hacer algo que estaba pensando hacía rato: decirles a aquellos dos jóvenes bien afeitados y de acento amanerado que les agradecería infinitamente que en lo futuro transfiriesen su adhesión a otro establecimiento y que comenzaran por hacerlo en seguida.

Al principio, el exabrupto hizo sonreír con altanería a los dos caballeros y provocó la risa burlona de dos de las damas; pero cuando Babbicombe, impasible, repitió el ultimátum en forma más concisa aún, la sonrisa de Radville perdió su tranquila indiferencia, sus facciones se endurecieron y su mirada adquirió una expresión insolente. Suponía él que hasta el patrón de una fonda de tercera clase del pueblo más pequeño debía conocer las obligaciones y responsabilidades de su oficio. Babbicombe podía dejarse de historias y aun salirse con la suya, incluso con sus chabacanerías, cuando tratara con los labradores y rústicos del lugar y sus abominables mujeres; pero si nuevamente trataba de imponerse a él, Radville, y a sus amigos, las consecuencias serían bastante desagradables e inesperadas para Babbicombe. Bethune apoyó las reflexiones de su amigo con sonrisas y bocanadas de humo y con algunas expresiones sueltas: «No lo creo. Me alegraría creerlo», etcétera. Simultáneamente, las dos jóvenes, la señorita Cardew y aquélla a que el señor Radville había aludido como hermana suya, la señora de Canning, se trabaron en discusión sobre la última obra maestra de Noel Coward para evidenciar no sólo su desagrado, sino su completa discreción y su imperturbabilidad no menos absoluta ante la ridícula impertinencia del señor Babbicombe. Sin embargo, no lo consiguieron, porque Joan Margesson, que se había quedado dormida, se despertó de

improvisado y en cuanto divisó al señor Babbicombe, le clavó la punta del zapato en las costillas, llamándole «Wallace Beery», al mismo tiempo que le pedía más bebidas.

Babbicombe, muy amostazado ya por la falta de respeto de Radville para con el Stag's Head e irritado por sus veladas amenazas, juzgó que aquella acometida de flanco colmaba la medida:

—Un poquito más —dijo— y la cojo de la nuca, la saco al patio y la pongo a usted bajo el chorro del grifo, ¿me oye?

—¡Oh, cálese, viejo tonto! —replicó la señorita Margesson sin intimidarse.

Los dos jóvenes, luego de cambiar una mirada, se levantaron de sus asientos con aire amenazador.

—Nada de eso —dijo Radville rápidamente—, o será usted quien vaya a parar bajo el chorro de agua.

Pero Babbicombe, sin inmutarse, se abrochó el último botón de su chaqueta y señaló con imperio las puertas giratorias:

—Por última vez, salgan de mi casa todos ustedes. Y que sea ahora mismo.

El modo y el gesto eran tan resueltos que la señora de Canning intervino buscando un pretexto:

—¡Oh, por Dios, dejemos a este pobre bruto antes de que le dé un ataque o algo semejante!

Los hombres creyeron que era prudente abandonar su actitud arrogante, y con excepción de la señorita Margesson todos iniciaron calmamente los preparativos para retirarse.

El caso no era que la señorita Margesson no quisiera retirarse. El caso era que no podía hacerlo por sus propios medios, según lo demostró el primer paso que ensayó. Pero a la postre se fue aproximando lentamente hacia la puerta, apoyándose en las otras jóvenes, a quienes seguían los hombres y Babbicombe, que cerraba la retirada.

Radville impuso un alto cuando la comitiva enfrentó a Purefoy, quien recibió entonces la deslumbradora sonrisa que le dedicó la señora de Canning además del: «¡Qué tal, precioso!», que le dirigió la señorita Margesson a guisa de amistosa salutación.

—Lo hallo muy divertido con nuestra partida ignominiosa —dijo Radville—. Pero mire usted: las chicas regresarán a Londres mañana por la mañana. Venga esta noche para despedirse.

—Odio tener que hacerlo, pero me encantará ir —sonrió Purefoy—. ¿Se han cansado ya de los placeres del campo?

—Londres llama siempre —rió el otro reiniciando la marcha—. También yo espero ver pronto las luces de la capital. Y usted, ¿cuándo levanta el campo?

—Creo que dentro de poco; depende del tiempo.

—Bueno, lo veré más tarde...

Babbicombe también se detuvo junto a Purefoy, que se alojaba en el Stag's Head desde hacía dos años. En ocasión de su primera visita a Cullerton no sólo cayó en

gracia como huésped, sino que se captó también la admiración de Babbicombe, pues le había pintado un retrato al óleo que todos reconocían como su imagen viviente y que ahora lucía con orgullo en la pared mejor iluminada del bar.

Purefoy era un artista de muchos títulos y merecimientos, que lo mismo pintaba un grupo de ponies negros o Lydford Gorge o Yes Tor en medio de una tormenta, como un retrato de gran parecido o fidelidad que no desmerecía de aquéllos en rapidez y habilidad. Pero no paraba en eso. Enviaba regularmente sus cuadros a la Academia de Londres; además su condición social era propia de un caballero: tenía una finca en Surrey, era liberal con sus dineros y gozaba de la estimación de mucha gente de Cullerton, donde se le conocía de vista sin ignorarse todo lo que concernía a su persona. Precisamente por aquellos días en el vestíbulo del hotel se exhibía un cartel que anunciaba la próxima venta anual del Club de Artes y Oficios, en los jardines de la vicaría, a beneficio del pequeño hospital de Cullerton. Se destacaban, entre las obras expuestas, no menos de seis bosquejos al óleo de Purefoy, todos ellos sobre temas locales, con los cuales él ofrecía al vicario su contribución caritativa, como lo había hecho el año anterior.

Ésta era la clase de huéspedes que deseaba tener Babbicombe. Nada de esos presuntuosos que sólo hablaban de Londres. ¡Londres...! ¡Alabado sea Dios! Purefoy había recorrido el mundo. Vivió en París, Nueva York, Canadá y China. Y aunque su aspecto exterior no denotaba su verdadera edad, había participado en la guerra, y estuvo presente en la retirada de Mons. Sólo esto último bastaba para valorarlo ante Babbicombe, quien también había pasado por la misma experiencia y había vuelto con tres galones y una medalla.

Quedó Babbicombe un poco desconcertado al ver que Purefoy se tomaba la molestia de hablar con aquel sujeto Radville, o como quiera que se llamase, justamente en el momento que casi puede decirse era expulsado con sus amigos del lugar de consumo.

—Pocas veces tengo que ser desagradable, señor Purefoy —observó—, y me alegra decirlo. Pero a veces es necesario. No sabía que esos dos señores fuesen amigos suyos.

—¡Oh! Me agrada creer que todo el mundo es amigo mío, señor Babbicombe —dijo el artista—. Una ilusión, por cierto. Pero a veces facilita las cosas. ¿Sabe usted? Me encuentro con estos jóvenes de vez en cuando, paso el día con ellos y así...

—Cierto que este año su casa no queda muy lejos de la de ellos, ¿no es verdad? —Dijo el dueño—. He oído decir que de noche se arman unas bataholas descomunales en ese *bungalow*, especialmente desde que llegaron las dos mujeres...

—A mí no me incomodan —declaró Purefoy—. Nunca los oigo. Cuando estoy aquí duermo como un tronco.

—Sí, el aire de la ciénaga es bueno para dormir —convino Babbicombe, y al dirigirse a la puerta echó una mirada al salón vacío—: Me intriga saber por qué ha salido la gente afuera tan de sopetón... —Pero así que apareció su esposa por la

puerta lateral llamándole con urgencia, dejó el interrogante y abandonó a su interlocutor—. Discúlpeme, señor. Me parece que en el bar las cosas se están complicando demasiado para ella y para la señorita Mowlem. Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, señor Babbicombe —respondió Purefoy amablemente.

Y salió él también a la puerta, algo intrigado por el repentino éxodo de los parroquianos, tanto del salón como del bar y el comedor.

—Frente al correo, Bryant todavía aguardaba, balanceando suavemente la palanca del gato mientras custodiaba la puerta con atención. Se decía que el coronel Margesson estaba escondido adentro, esperando la llegada de la policía, cuyo auxilio había solicitado telefónicamente. Una gran multitud se había congregado ahora entre el Stag's Head y la oficina del correo, ocupando no sólo las aceras, sino también la calle, de modo que era estrecho el camino expedito para el tránsito. Los coches estacionados en la explanada del hotel servían en aquella ocasión de palcos a sus propietarios, y entre ellos a Radville. Pero mientras él y sus amigos esperaban con vivo interés el curso de los acontecimientos, Purefoy advirtió en seguida la ausencia de la señorita Margesson. Y supo entonces, por boca de Jago, que ella se había sentido indispuesta al tomar contacto con el aire libre de la calle, lo cual obligó a la señorita Mowlem a conducirla de nuevo al establecimiento para atenderla privadamente.

Luego se corrió la voz de que el coronel Margesson había tenido suma dificultad en comunicarse por teléfono con el doctor Brownrigg, pues fue preciso que siguiera sus pasos de paciente en paciente, en sus visitas de la tarde; pero salió por fin del correo y se dirigió rápidamente hacia su coche. Iba preocupado, y con gran sorpresa de su parte se encontró a Bryant cerrándole el paso. Cuando éste lo saludó con una serie de malas palabras, no contestó y trató de pasar. Entonces el veterinario profirió un verdadero torrente de injurias y, levantando la palanca, le lanzó un golpe a la cabeza.

Durante mucho tiempo Margesson fue considerado uno de los mejores pesos pesados del ejército. Era en los alegres y despreocupados días de subalterno, y aunque no fuese ahora tan rápido como treinta años atrás, tenía por lo menos catorce libras más de peso y estaba en excelentes condiciones. No pudo eludir del todo la agresión, y recibió el golpe en un hombro; pero tuvo tiempo de golpear con su izquierda el mentón de Bryant, y echarle la cabeza hacia atrás. En seguida le aplicó una derecha a la mandíbula, y cuando los espectadores todavía comentaban la habilidad y violencia de este desquite, Bryant tras soltar el arma dobló las rodillas, para caer y quedar tendido a lo largo. Margesson, después de examinar con cautela a su enemigo, se frotó las manos expresivamente y se encaminó a su coche.

El sargento Rendall y un colega vieron la refriega desde el otro extremo de la calle, cuando doblaban la esquina de Market Square (Plaza del Mercado), pero todo fue tan rápido que llegaron al lugar de la gresca cuando el vencedor ya estaba con el motor de su coche en marcha. Margesson quiso tomar el asunto en broma y seguir su

camino en seguida; pero el sargento Rendall no fue del mismo parecer e insistió en dejar constancia de todo lo ocurrido, aunque el damnificado no quisiera hacer ningún cargo. Mientras tanto, su subordinado dispersó a la multitud con viva energía, y como Bryant no diera señales de recobrase por sus propios medios, un cartero jovial llevó un cubo de agua desde el patio del correo y le mojó la cabeza. El heroico tratamiento dio el resultado apetecido, y el sargento Rendall saludó atentamente al coronel Margesson, y dirigió luego su cortés atención al otro combatiente.

Pero Margesson se vio de nuevo impedido en su deseo de alejarse pronto del teatro de su desagradable aventura. Babbicombe, en efecto, había cruzado desde el Stag's Head y lo esperaba junto al automóvil.

—Discúlpeme, coronel —dijo en voz baja, con aire discreto—, pero le rogaría que llegase hasta el hotel para ver a su hija. No está muy bien... Mi mujer y la señorita Mowlem la están atendiendo. Me parece mejor que cruce con el coche, señor. Estoy seguro de que no querrá verla enredada en ningún alboroto.

El coronel Margesson había tenido un día fatal; empezó deprimido por los acontecimientos de la noche; jugó muy mal al golf; Dicky Broughton estuvo pesimista y deprimente con respecto a la falta de preparación del país para la guerra, la cual, según sus pronósticos, tendría que sobrevenir antes de doce meses; perdió su encendedor; se quedó sin gasolina a dos millas del garage mas próximo y apenas si entonces descubrió que su medidor marcaba permanentemente dieciocho litros, vaya a saber por qué; el doctor Brownrigg le dio un informe muy desagradable sobre aquellas malditas tabletas; se encontró metido en una refriega con aquel tunante borracho en pleno Cullerton, y ahora este individuo, Babbicombe...

—¿Qué le pasa a mi hija? —Preguntó con acritud—. ¿Ha tenido algún accidente?

—No, señor. Sólo..., bueno, nada muy importante, señor, si comprende lo que quiero decirle. Como andaba usted por aquí, pensé que tal vez quisiera llevarla a casa.

—Muy bien —cortó Margesson—, acercaré el coche. Pero Babbicombe fue mucho más explícito cuando estuvieron en la trastienda del bar, donde su esposa y la señorita Mowlem atendían a la señorita Margesson. Allí el coronel recibió un informe completo sobre el comportamiento de su hija y de sus amigos en el hotel, tanto esa misma tarde como en varias otras ocasiones. Escuchó aquél en silencio los pormenores, tratando de reprimir su creciente exasperación, presentó sus excusas por la conducta de su hija y luego ordenó a ésta que le acompañase al automóvil. Pero como ella se negase a obedecerle, entre él y Babbicombe la cargaron en andas, y la condujeron hasta el patio interior del hotel, no obstante los excesos histéricos a que se entregó la muchacha, pues allí sería más factible meterla en el coche sin mayor escándalo. Dejó a su hija bajo la vigilancia de Babbicombe, y él salió en procura de su coche, pero divisó a Radville y a su comitiva que discutían acalorada mente en la explanada de estacionamiento, se dejó ganar por la indignación y se dirigió hacia ellos alargando el paso.

—¡Oiga usted, señor! —Exclamó en voz alta—. ¿Puedo preguntarle qué diablos

se propone usted trayendo a mi hija a este lugar para dejarla que se desprestigie en público? Me dicen que usted la estimula y la incita a hacer estas cosas. ¿Puedo preguntarle qué se propone usted con eso?

Radville se encogió de hombros sonriendo:

—Mi querido coronel, no soy guardián de su hija. Si ella tiene debilidad por los cocktails, y desgraciadamente también por otras cosas, supongo que no me atribuirá usted a mí la culpa.

Margesson abarcó el grupo con una mirada desdeñosa, y al pasar junto a él con la expresión amenazante de sus ojos azules y saltones, se esfumó la risa forzada de Bethune y de las dos mujeres.

—Le aconsejo, señor —replicó más fuerte aún—, que no llegue otra vez a mis oídos que ha tratado usted de hablar nuevamente con mi hija o que ha tenido que ver algo con ella, si no quiere recibir una paliza de la que se acordará toda su vida. No sé quién es usted, ni me importa, pero quienquiera que fuere, no me agrada, ni me agradan tampoco sus amigos. Se marchará de mi *bungalow* tan pronto como sea posible. Mientras tanto, si lo encuentro a usted o a cualquiera de los suyos dentro de mi propiedad, los denunciaré a todos ustedes por violación de domicilio. ¿Está todo esto bien claro entre nosotros? ¿O quiere que le aplique la paliza ahora mismo?

—¡Oh, váyase al diablo! —protestó Bethune, fastidiado.

Cuando Margesson se volvía iracundo contra él, del centro del nutrido grupo que aún permanecía frente al hotel surgió una advertencia:

—Sí... Aprovechese usted de él ahora, coronel. ¡Está bueno! También él está borracho... de todos modos, sólo es un muchachillo...

Las carcajadas que provocó esta exhortación sarcástica indujeron a Margesson a retirarse. Por otra parte ya empezaba a dolerle el hombro.

Se dirigió hacia su automóvil taconeando fuerte, y lo condujo hasta el patio del hotel.

El interés de los circunstantes se desvió entonces hacia Bryant, que en la acera opuesta era conducido con suma dificultad, a marcha lenta, hasta la comisaría. Purefoy había abandonado el pórtico, en dirección a la explanada de estacionamiento, donde se topó con el humorista cuya ironía devolvió el juicio tan repentinamente al coronel Margesson.

—¡Qué vida exuberante la de esta aldea! —Dijo a su vecino a guisa de comentario para entrar en conversación, mientras masticaba trabajosamente la sobada colilla de su cigarro—. Acalorado el caballero, ¿no?

Purefoy sonrió amablemente.

—Bastante —convino—. Creo que ha sido pugilista en sus años mozos.

—Así es. —El conversador tiró con sentimiento su colilla—. Supongo que le sorprenderá verme en esta parte del mundo, ¿no es así?

—Un poco, pero encantado. ¿Tomando sus vacaciones?

—¡Oh! Simplemente dando una vuelta —contestó el otro—. Últimamente me

retuvieron algunas cosas que esperaba. Pensé, entonces, que podría vagar y descubrir por qué. Hermosa campiña esta...

—Así es —confirmó otra vez Purefoy—. Pero, como lo ve usted, un poco caluroso el tiempo. En su caso, yo no andaré demasiado.

Su interlocutor, un hombre alto, bien plantado, de cerca de unos cincuenta años, rió al sacar la pipa y la tabaquera del bolsillo de su raída chaqueta. Al volverse, dijérase que enfrentó con fiereza a Purefoy, levantando su barba puntiaguda. Contrajo un instante las cejas pobladas, que formaban una gruesa línea negra, y su mirada atrevida se encontró con la del artista.

—No se preocupe, señor Purefoy —dijo—. No estoy haciendo ninguna tontería. Además puedo cuidarme solo. ¿Dónde para usted? ¿En este lugar?

Purefoy echó la cabeza hacia atrás con un gesto vago:

—No, allá, por el camino de Ockenford. Como a dos millas de aquí. Cualquiera le dirá dónde puede usted encontrarme. Venga a verme..., si se queda algún tiempo.

—No lo sé todavía. Por lo menos, me quedo esta noche. ¿Cómo andan sus cosas? ¿Pintando mucho?

—Bastante.

—Supongo que paseará.

—No, tengo una casita encantadora.

—¿Una casita? Comprendo. ¿Éste es su automóvil? Me pareció reconocerlo. Espléndido. En la actualidad es uno de los mejores de dieciséis caballos que hay en el mercado. Tal vez vaya a verlo a usted esta noche... para charlar.

—Venga —repuso Purefoy con cordialidad; y diciendo adiós al pasar a la señora de Canning y a la señorita Cardew, se metió en su automóvil.

Mientras tanto, Bryant y sus capturadores habían desaparecido, pero como Cullerton tenía una sola comisaría, hacia ella se dirigió Purefoy. Presentía que Bryant, que en cierta oportunidad le prestara un valioso servicio, tendría grandes dificultades para lograr que el sargento Rendall aceptase una fianza. El sargento, por su parte, también pensaba en lo mismo cuando introdujo al detenido, con cierta aspereza, por la puerta de la comisaría: tenía un ojo morado, le sangraba la nariz, y se sentía herido no sólo en lo físico, sino también en su amor propio de funcionario oficial.

El hombre de las cejas espesas fumaba tranquilamente su pipa. Parecía aficionado a los automóviles, pues mientras vagaba por la explanada de estacionamiento estudiaba los capots y las carrocerías. Y de cuando en cuando dirigía comentarios a quienes retiraban sus automóviles. Pero, salvo el puntiagudo Bentley de Radville y el Rolls del administrador de Lord Winchbook, todos los demás automóviles de los colonos y los granjeros eran sucios, despintados, rayados y cascados. Y, en verdad, el críticón dedicaba poco tiempo a la observación de los coches viejos.

A pesar de la gastada chaqueta de deporte y no obstante los pantalones de franela sucios, había algo en su figura fornida, en su porte flexible, en su sombrero inclinado, en su mandíbula enérgica y en la mirada sonriente y despreocupada de sus ojos, que

atraía a las mujeres de los granjeros. La formal señora de Bodley, con hijas ya crecidas, se sonrojó cuando él le llevó, con una broma cordial uno de sus innumerables paquetes.

Y mientras su marido arreglaba los distintos sacos y bolsas en el baúl de su Ford, ella siguió mirándolo con disimulo, pero se sorprendió penosamente cuando lo vio sonreír con burla y guiñar el ojo a las dos vistosas y alborotadas jóvenes que se acomodaban en un gran automóvil llamativo, junto a aquel par de fanfarrones antipáticos que llevaban lentes. Una de las jóvenes le contestó con la mano. Al percatarse de ello, los dos sujetos se volvieron para mirar con visible disgusto al entrometido del guiño, según opinó la señora de Bodley.

—Celosos —dijo ésta para sí, nada sorprendida.

El automóvil ya estaba en marcha y Bodley le decía:

—Sube, Maggie, sube.

El breve idilio de la señora de Bodley terminó así para siempre, como ella lo suponía con algún sentimiento.

Capítulo Cuarto

SENTADO solo en su gabinete, después de una comida solitaria, puesto que ningún otro miembro de la familia había bajado al llamado del gong, el coronel hizo infructuosas tentativas para hallar la forma de salir de la difícil situación en que se encontraba.

Lo perturbó el informe del doctor Brownrigg, en el cual se comprobaba que las tabletas contenían una peligrosa cantidad de heroína. Este descubrimiento fue un lenitivo momentáneo para el penoso temor que le preocupaba desde hacía mucho más tiempo que el que él confesara al doctor. Pero existía el hecho, casi tan angustioso, de que su esposa tenía el hábito de ingerir buenas dosis de una droga de efectos violentos. Este asunto requería una rápida solución. ¿Pero cuál?

¿Cómo inducir a Enid a que consultara a un médico? ¿Cómo obligarla a reconocer que se estaba intoxicando, y a confesar cómo conseguía la droga? ¿Cómo persuadirla a someterse a un tratamiento necesariamente riguroso por su naturaleza y con vigilancia permanente de extraños?

Antes de comer hizo una corta visita a su esposa en su cuarto. Enid contestó a sus amables preguntas sólo con monosílabos, y un silencio completo acogió sus cautelosas referencias al día de golf. Sabía que había pasado y repasado las páginas de las revistas sin siquiera tomarse la molestia de mirarlas. La expresión hostil de su rostro exquisito, que conservaba aún su delicada belleza, a pesar de su palidez extrema y sus ojeras, siempre surgía entre él y cualquier solución posible a sus dificultades. Su voz dominante y enojada anulaba cualquier sugerencia que a él se le ocurriera; sus ojos recelosos y suspicaces rechazaban con desprecio cualquier insinuación franca y amable.

Lionel Margesson estaba sentado, inmóvil, chupando su pipa, apagada desde hacía rato. En él la lealtad era un instinto tan inalterable como el coraje físico y el amor al deporte; estaba todavía prendado de la mujer a quien había amado con tanta pasión como su naturaleza fuera capaz y por la cual había sacrificado su carrera.

Era necesario hacer algo con Enid, y algo se haría. Al día siguiente hablaría con Brownrigg para resolver el asunto en forma definitiva. Luego su mente pasó a considerar dificultades menores.

Por desgracia, ese roñoso del *bungalow* tenía un contrato por doce meses, firmado por esos apoderados de Cullerton a quienes Enid había confiado el asunto. Entonces, todavía debían correr ocho meses. Es probable que hubiera alguna forma de echarlos, por razones de molestias e incomodidades; pero aun cuando así fuera, le llevaría algún tiempo verse libre de ellos, y era necesario alejar inmediatamente a Joan de Radville y sus amigos.

Resultaba imposible hacerla mientras estuvieran tan cerca, al lado; además se comunicaban por teléfono. No podía vigilar a Joan todo el día y de noche también. Hacer esto con ella sería un desatino, pues sólo conseguiría que se uniera más a ellos.

En cuanto a Leonardo, pronto volvería a Londres, para haraganear con sus amigos de Chelsea, charlando sobre la clase de música que pensaba componer y las piezas de teatro y novelas que iba a escribir, cuando hubiera vivido lo suficiente. ¡Vivido! ¡Mi Dios! Pronto, sí. Pero mientras no se fuera dificultaba el trato con Joan...

Además, ¿volvería Leonardo a Londres después de aquella maldita tontera que dijo la noche anterior, luego de abrir la caja de Pandora y romper el hielo?

¡Qué bicho detestable era ese Leonardo! Lo bastante listo para ser realmente vicioso y desagradable. ¡Qué fastidio que se metiera en honduras delante de Brownrigg! Y por cierto que esa huraña y taimada perra de Georgina lo había escuchado todo.

Después del asunto de la tarde, algo tendría que hacerse con Joan. Era probable que por todo el lugar se supiera ya que la habían echado completamente borracha del Stag's Head, a gritos y a puntapiés. Excelente antecedente para presentarse en el club de golf... ¡con esas gatas de mujeres! Con todo, nada se podía hacer con ella esa noche. Mañana...

Pero ¿y Leonardo? También había que tomar una determinación con él. Para empezar, prevenirlo contra el *bungalow*. Sería interesante conocer el resultado de su visita de la noche anterior...

Luego Margesson llamó a una criada para preguntarle si Leonardo estaba en casa.

—No, señor —contestó la sirvienta—, no ha regresado aún.

—¡Oh! Si viene antes de que usted se acueste, ¿quiere decirle que deseo verlo?

—Está bien, señor. —La muchacha se volvió al oír la campanilla de la puerta de calle—. Tal vez sea él.

Sin embargo, resultó ser el jovial profesor de juegos de la Escuela primaria, señor Spannett, que iba a proponerle a Margesson un *mixed four some* para el día siguiente. Al saber que tenía un hombro inutilizado por cierto tiempo, con una mirada de comprensión dijo que lo sentía mucho y se despidió. Pero antes de salir preguntó al azar:

—A propósito, coronel, ¿tuvo usted ladrones esta madrugada o pasó algo extraordinario? Varios de mis colegas dicen haber oído tiros y gritería.

Algunos alumnos se despertaron también. Toda la escuela está alborotada.

—¿De veras? —sonrió Margesson amable—. Ahora que lo dice, creo haber oído algunos tiros, aunque muy distantes. ¿Vuelve usted por la fuente? ¿Tiene linterna?

—Sí, gracias. La razón por la cual nos interesa el asunto de los disparos es porque una de nuestras lavanderas tuvo la otra noche una aventura bastante desagradable en este bosque. Creo que fue el domingo pasado. En realidad, no tenía nada que hacer allí. Pero estaba con su inevitable amigo. De repente apareció un sujeto, el cual le dio una tunda al compañero y le fracturó la mandíbula, para más datos, y luego, según dice ella, la agarró para estrangularla. Afortunadamente su compañero (o compañeros) silbó, y entonces el atacante cambió de opinión y desapareció. La chica tuvo el valor de esperar que su amigo se repusiera y luego se retiraron aprisa. No

sucedió nada más, pero se desvaneció al llegar a los portones de la escuela, y por consiguiente, el ama de llaves supo toda la historia; desde entonces todo el mundo está muy interesado en su bosque.

El coronel, empero, no podía arrojar ninguna luz sobre el infortunio de la muchacha del lavadero.

—Mandíbula fracturada —comentó—. Estoy seguro de que si alguien quiere hacerle eso, usted sabrá tratar con él.

Spannett sonrió. Era un hombre corpulento, de seis pies de estatura.

—Ha llegado a mis oídos, coronel, que usted ha hecho algo parecido esta tarde; lo relató el director que acertaba a pasar en su coche en el preciso momento. Dice que jamás ha visto un golpe más oportuno. Bueno, buenas noches. Espero que otra vez...

—Así lo espero —respondió Margesson con cordialidad—. Siento mucho que se haya tomado el trabajo de venir hasta aquí. Muy amable de su parte. Buenas noches.

Pero un prolongado silbido que terminaba en un lastimero *staccato* hizo detener al visitante antes de llegar al sendero que lleva al puente para peatones.

—Es extraño —dijo al cabo de un momento—. La chica dice que oyó algo como el reclamo de la avefría, y yo juraría que el silbido que acabamos de oír no es de nada que tenga alas, sin embargo...

Los dos hombres se quedaron escuchando por un tiempo. Pero el sonido no se repitió y con un último «Buenas noches, señor», Spannett se dirigió a su casa por el sendero. El coronel Margesson permanecía bajo la luz del pórtico cuando por el costado de la casa apareció Nugent, su chófer y jardinero, pedaleando su bicicleta; explicó a su patrón que se había retrasado por tratar, sin conseguirlo, de arreglar el medidor de gasolina. Iba para su alojamiento en la ciudad, donde vivía con su mujer y un hijo. Margesson, siempre considerado en lo concerniente a la servidumbre, no quería retenerlo más de unos minutos. Pero en pocas palabras dio un informe mucho más serio acerca de la historia de Spannett respecto a la muchacha del lavadero.

Resultaba que esta chica y su amigo eran sólo una de las tantas parejas que habían sido molestadas durante los últimos meses en el bosque que rodea a Cullerside, y algunas de ellas aún más desagradablemente. Margesson se enteró, consternado, de que, aunque al parecer todas las víctimas preferían evitar la publicidad comprometedor y humillante de sus aventuras, no sólo el tema había trascendido en Cullerton, sino que lo hacían a él responsable principal.

—No mencionaré su nombre —dijo Nugent—, pero un sujeto que fue apaleado hace algunas semanas me dijo en mi propia cara, en la taberna del Ángel, que era usted quien lo había volteado; lo reconoció por la voz y por la estatura, y la buena pieza que lo acompañaba lo reconoció también. Se enojó conmigo porque conocía mi silbido y por ello sospechaba que andaba cerca. Es un pillo redomado y por cierto no le hice caso. Además, mucha gente dice y piensa lo mismo; y ahora, después de la paliza que le dio usted esta tarde al señor Bryant en la ciudad, bueno, pues... temo que sean muchos los que piensen del mismo modo y lo repitan. Según mis recuerdos,

a estos bosques siempre han venido parejas, de noche, buscando lugares tranquilos; pero ahora, desde que usted lo cercó y puso avisos, bueno, todos saben que está prohibido merodear por su propiedad; y como el señor es tan grande y tan fuerte, a la gente se le ha metido en la cabeza que ha encontrado este modo de ahuyentar a las parejas del bosque. Es claro que, para mí, señor..., es muy molesto porque creen que le ayudo. Es natural, por cierto. Hace tiempo que deseaba hablarle sobre esto, pero no me atrevía, por considerar un disparate pensar que un caballero como usted se iba a rebajar a...

—A propósito, Nugent —interrumpió Margesson de repente—, ¿hay algo especial en su modo de silbar?

—Sí, señor, quizás —admitió Nugent—, tengo la costumbre de silbar así..., la he tenido siempre, desde chico.

A renglón seguido emitió varios ejemplos de su silbido, mas, a las rápidas preguntas de su patrón, negó ser responsable y tampoco haber oído en ningún momento un sonido igual al reclamo de la avefría, en las últimas cuatro horas. Pero desde hacía cierto tiempo, en otras ocasiones, manifestó que había oído a alguien un silbido igual al suyo, en alguna parte del jardín o en el bosque, cerca de la casa. Calculaba que tres o cuatro veces, siempre cuando estaba oscuro, por lo general alrededor de las nueve, cuando regresaba a su casa un poco tarde. No..., sólo un silbido; siempre se detenía a escuchar; pero no había oído ningún otro ruido, ni visto a nadie que pudiera silbar.

El coronel Margesson meditó en silencio por un momento.

—Bueno, no quiero entretenerlo ahora, Nugent —dijo entonces—. Hablaremos mañana sobre esto. Todo lo que me acaba de contar es nuevo para mí... No sé si usted lo habrá notado, pero de cuando en cuando he visto algunos sujetos de malas trazas alrededor de aquel *bungalow*; en general muy tarde, de noche, creo..., oigo los camiones por lo común mucho después de acostarme; pero cuando por casualidad he estado cerca del *bungalow* durante el día.

—Es cierto, señor —convino en el acto Nugent—; hasta puedo decir que esta tarde llegaron dos camiones; y usted, señor, ha dicho la verdadera palabra respecto a los tipos que los trajeron. Yo diría que eran... malvados. He visto a dos de ellos antes, así que me dirigí hasta donde pararon los camiones y les dije: «Buenas tardes, camaradas, ¿tienen muchas cosas ahí?, ¿eh?...». Uno de ellos, un tipo grande, con trazas de malvado, de mandíbula saliente, se me acercó: «¿Qué demonios quiere usted aquí? A volar, ¿entiende?». «Soy el jardinero del coronel Margesson —dije—. Tengo el perfecto derecho de ir donde quiera en su propiedad». Uno de los hombres salió de ese gran cobertizo que han puesto allí, y como por supuesto me reconoció, vino a ver qué pasaba y qué deseaba. Bueno, en realidad no quería nada, salvo ver qué sucedía con los dos camiones; entonces di como excusa que estaba mirando los postes del cerco y me retiré, pensando, para mí, que había tenido suerte. Mal cliente era el tipo que habló conmigo, señor; de la clase con quien a uno no le gustaría jugar

a las cartas en el tren, si vuelve de las carreras. Más bien parecía esto que un conductor y sus compañeros tenían tanto aspecto de malvados como él. Muchas veces he pensado qué serán todas esas cosas que llevan al *bungalow*, en esos camiones..., todo no puede ser comestibles...

—No —asintió el coronel Margesson—. Sin embargo, hablaremos de todo esto mañana, Nugent. Buenas noches. No se preocupe; ya dejaremos bien aclarados todos estos misteriosos asuntos del bosque...

Toda su confianza no era fingida, pues en medio de la oscuridad del enigma y de su disgusto, de repente tuvo un rayo de esperanza y la inspiración para una acción definida.

Al encontrar a la criada esperándolo en el vestíbulo miró su reloj.

—Diez y cinco. Creo que ya se querrá ir a la cama, Hetty. No necesito nada más; pero mañana tengo que salir muy temprano. Voy a Londres en el primer tren; así que quiero el desayuno a las... bueno, lo tomaré en el tren. Despiérteme a las seis en punto. No lo olvide. Tomaré unos bizcochos con el té.

—Muy bien, señor, a las seis en punto. Le diré a la criada de turno. ¿Y el señor Leonardo?

—¡Oh!, no se preocupe por eso. A propósito... ¿cómo entran mi hijo Leonardo y la señorita Joan, cuando vuelven tarde..., quiero decir, después que todos ustedes se han acostado?

Hetty dudó.

—Creo que Georgina los hace entrar, señor.

—¿Georgina? Pero ¿ella se queda levantada hasta las dos o tres de la mañana para hacerlos entrar?

—Van hacia su ventana, y tiran piedras hasta que se despierta.

—¡Ah!, comprendo. ¿Es seguro que mi hijo Leonardo no está en casa?

Era visible la duda de Hetty. Al rato dijo:

—¡Oh!, sí, señor; bien seguro. El señor Leonardo no ha estado en casa en todo el día. No durmió aquí anoche. Su cama está sin tocar, según dijo la criada. La señora ha estado preocupada todo el día; cada cinco minutos mandaba a Georgina abajo a ver si el señor Leonardo había vuelto.

—Debe de haber dormido en el *bungalow*; fue allí anoche.

—No, señor, no durmió allí. En seguida que usted trajo a casa a la señorita Joan, la señora fue a su cuarto a preguntarle dónde estaba el señor Leonardo y si había ido al *bungalow*; pero la señorita Joan dijo que no, que ella estuvo allí esta tarde y que todos estaban pensando dónde se habría metido el señor Leonardo, que no había aparecido.

—¡Ah! —dijo Margesson de nuevo. Pero después de mirar la cara enigmática de la criada, decidió dejar a Leonardo a merced de sus propios recursos—. Bueno, supongo que se estará divirtiendo por ahí. Está bien, Hetty. Puede acostarse. Yo también me voy a la cama dentro de un instante.

Fue al teléfono; después de una pequeña espera oyó una voz soñolienta que rezongaba:

—¡Hola! Sí. ¿Qué hay?

—¿Eres Dicky? Habla Margesson... Oye, me hablaste de Wick Gore, ¿te acuerdas?

—Sí. ¿Qué quieres?

—Creo que voy a seguir tu consejo y mañana iré a verlo.

—Mejor es que te pongas de acuerdo con él de antemano. Es un pájaro muy ocupado ...

—Correré el riesgo. Temo no dar con él por teléfono esta noche. Oye... ¿Dónde vive?

—En Norfolk Street. No sé bien la casa, se me ha olvidado el número. Pero lo encontrarás en la guía telefónica de Londres. Busca a Gore y Tolley, agentes privados de investigaciones. Creo que así figuran. Si les mandas esta noche un telefonema a Gore y Tolley, Norfolk Street, les llegará con seguridad por la mañana, y estarán advertidos.

—Es una buena idea. Lo haré. Buenas noches, querido, y muchas gracias.

—Buenas noches, saludos a Gore... ¡Oh!, entre paréntesis, no se te ocurra preguntarle si está casado. No lo está..., y es un punto muy sensible para él. Buena suerte.

Capítulo Quinto

—EL CORONEL Margesson, señor.

El socio más antiguo se levantó para recibir con cortesía al nuevo cliente de Gore y Tolley.

—¡Hola, Margesson! Esto es un placer inesperado. No hace falta preguntarle cómo está. Siéntese y dígame qué podemos hacer por usted. Hasta las cinco estoy enteramente a su disposición.

Margesson miraba con cierta envidia la figura delgada y elegante de su interlocutor, que se instaló ante un escritorio de tapa plegable escrupulosamente arreglado. Recordaba que Wick Gore siempre fue una de esas personas que podían pasarse la tarde tendidas en un sillón y levantarse sin una arruga ni un átomo de ceniza encima; tampoco se podía asegurar si aquel pelo rubio arenoso estaba encanecido, pero por lo menos no se había caído; era de la clase de personas que usan lentes, aunque en realidad todavía no los necesitan para leer. ¡Qué sujeto de suerte!

Ambos hombres no llegaron a conocerse íntimamente en su juventud; pues a pesar de que ambos siguieron en su carrera militar las mismas etapas y encontraron los mismos amigos, Margesson era de infantería, con muy poco más que su paga, y en aquellos tiempos, sepultados para siempre a orillas del Marne, el soldado de caballería separábase con algún estiramiento de sus compañeros de armas de menor categoría y sueldo. Desde que Margesson se retiró inmediatamente después de la guerra, tanto Gore como sus antiguos compañeros y amistades lo perdieron de vista completamente. Hacía veinte años que no se veían, salvo algún encuentro muy casual.

—Supongamos que usted abra el fuego —sugirió Gore al sentarse—. Luego, si es necesario hacer preguntas, las haré. Pero antes de empezar, mejor es que le diga que no nos ocupamos de asuntos de divorcio. ¡Ah! ¿No se trata de eso? ¡Me alegro! Entonces veamos cuál es su problema.

Era evidente que Margesson encontraba cierta dificultad para empezar. Le desesperaba estar sentado mucho tiempo, y la verdad era que la inactividad de su largo viaje ferroviario oscureció el rayo de esperanza que lo alentara la noche anterior. Tuvo tiempo de coordinar los nuevos descubrimientos con los antiguos y empezó a considerar seriamente que después de todos los nuevos hechos explicaban las viejas preocupaciones. Cuando llegó a la estación de Waterloo había perdido la noción exacta del motivo de un viaje tan largo para ver a Gore, a quien, al fin y al cabo, no conocía tanto. Ahora, sentado frente a su interlocutor, que lo miraba con ojos fríos y perspicaces, se percató de que podrían matarlo antes de obligarlo a decirle a Gore que hiciera algo en el asunto.

Resultaba fácil hablar de Enid con un médico, hablarle sobre temas íntimos, delicados, de los cambios que había sufrido, de sus gritos y desmayos, de que tomaba drogas. A un médico, sí. Pero ¿qué podría hacer con estas cosas una persona como

Gore? ¿Qué sabía él de esto?

Sin embargo, ya que estaba allí... Eligió entre todos sus disgustos el hecho más tangible y menos comprometedor, y por fin dijo:

—Yo necesito averiguar algo sobre un inquilino mío, mejor dicho, de mi esposa. Un sujeto llamado Radville, Víctor Radville. Los administradores de mi mujer le alquilaron un *bungalow* nuestro, situado muy cerca de casa..., se lo alquilaron a principios del verano. Es una persona indeseable, con amigos más indeseables aún. Desde hace tiempo viven con él dos mujeres jóvenes...

Gore tomó nota y luego esperó.

—Quiero librarme de ellos tan pronto como pueda —prosiguió Margesson—. Pero por el contrato que desprevenidamente hicieron los administradores él puede permanecer en el *bungalow* ocho meses más. Por consiguiente, los tendremos todavía de vecinos ese tiempo, si es que no podemos echarlos. Tengo razones particulares para desear obtener algunos informes sobre este Radville, quién es, qué hace y demás... Lo que sabemos en concreto es que es londinense, de éstos que podríamos llamar del tipo de Mayfair; joven, de treinta años más o menos. Fue presentado a los administradores por el honorable Mauricio Roker y *lady* Diana Galton, sólo por carta. Me parece que el honorable Mauricio Roker es el hijo menor de lord Nesseldown. *Lady* Diana Galton no sé quién es.

—Una de las hijas del conde de Baltrasna —completó Gore—. Entonces tuvo un par de imponentes fiadores para hacer aceptable su inquilino.

Algo en el tono del comentario hizo que Margesson lo mirara a la cara intrigado, pero como no obtuvo respuesta prosiguió:

—Así lo creyeron los administradores. El contrato se hizo; luego apareció Radville en escena y tomó posesión del *bungalow*. El sujeto me desagradó apenas lo vi; es de esa clase de tipos de vida disipada que andan de noche por el West End; un pájaro de club nocturno, siempre acompañado por mujeres vistosas. Cuando descubrí que se proponía hacer de mi casa otra fuera de la suya, lo atacué con bastante dureza. Tuve la mala suerte de que a mis hijos, una chica y un muchacho ya crecidos, les cayera en gracia Radville. Esto ha complicado bastante las cosas. Los otros amigos llegaron algunas semanas después, y desde que yo me puse firme negándome a que ninguno de ellos viniera a mi casa, mis hijos viven prácticamente en el *bungalow*. Usted sabe las tonteras que divierten a la gente joven, hoy en día. Bailan y meten barullo de noche, beben cocktails a más no poder, y no dejan parar un momento el gramófono o la radio. Cuando no hacen eso, recorren las carreteras en un automóvil grande que tiene el infeliz, como si el camino fuera de él; va siempre a noventa y manda a los ciclistas y peatones a la cuneta. Por regla general mis dos vástagos vuelven a casa en las primeras horas de la mañana, bastante borrachos y haciendo alboroto. No necesito insistir demasiado. Pero usted comprenderá mi oposición a que mis hijos anden en esas cosas. Deseo poner fin a esto. Mi hija es todavía una criatura; terminó sus estudios el verano pasado. El muchacho tiene diecinueve años, justo la

edad de las ligerezas. Es muy perjudicial para ellos. Bueno, de todos modos quiero poner coto a esto cuanto antes, si es posible.

El tiempo pasaba y el coronel Gore debía estar en el aeródromo de Croydon a las cinco y media; dejó su pluma estilográfica, con la que había tomado breves notas de tiempo en tiempo, y se echó para atrás en la silla.

—En realidad, lo que usted desea es que descubramos algo sobre el señor Radville para poder desalojarlo de su *bungalow*, diremos... ¿ilegalmente?

La pregunta directa y sonriente desconcertó un poco a Margesson.

—Tengo la impresión —dijo— de que hay algo turbio en este sujeto y sus compañeros. Además, tengo algunas razones para creer esto; si resultan exactas se las haré saber por conducto de mis administradores, y me sorprenderá sobremanera si, a pesar de ello, insiste en sus derechos legales. Me parece que es un bicho malo, pero estoy seguro de que no es ningún tonto.

—Precisamente —sonrió Gore—. Como digo, usted desea que nosotros encontremos pruebas de que ese señor Radville es un bicho malo, por lo menos lo bastante para poder echarlo del *bungalow* impunemente. Muy bien; nunca oí hablar de ese señor Radville, pero sé algo sobre el señor Mauricio Roker y también sobre *lady* Diana Galton. Nada preciso..., más bien diremos feo, pero por cierto no muy claro. El joven Roker es lo justamente cuerdo como para no estar encerrado, su padre se suicidó el otro día en un asilo de alienados, y su abuelo fue el famoso lord Nesseldown, inventor del nudismo, por lo menos en Inglaterra. Creo que, con ayuda, apenas puede escribir su nombre; tiene incidentes en todas partes y no posee un mísero penique. Pero, por lo visto, hay ciertas personas a quienes les resulta útil él y su título de nobleza; es asaz inteligente como para tener éxito como cebo y llevar cuentos, y así es como vive. Nos hemos conocido por un cliente mío y puedo asegurarle que una recomendación suya es lo suficiente para ponerse en guardia. Nunca he encontrado a *lady* Dalton, pero se ha divorciado dos veces y parece que pasa su tiempo engañando a toda clase de comerciantes e industriales. Éstos son los fiadores del señor Radville. Ahora veamos sus razones para dudar de él. ¿Paga con puntualidad sus alquileres?

—Sí, por desgracia. Pagó doce meses por adelantado.

—¡Dios mío! ¡Qué tentación para sus administradores! Aparte de sus sentimientos íntimos, sin duda muy respetables, de padre, propietario y persona de cierta edad, ¿qué tiene usted contra él en concreto? ¿Ha hecho algo malo?

De repente Margesson decidió persistir con la teoría que lo llevó con urgencia al teléfono la noche anterior.

—Para empezar, tengo motivos para creer que suministra heroína, una droga de peligro, a mi esposa. Por supuesto que de contrabando.

Con gran alivio suyo, Gore no levantó la vista del memorándum, sino que repitió la palabra «heroína» al apuntarla.

—Sí, confieso haber descubierto que usa heroína para darse inyecciones. Mi

esposa lleva una vida... bueno... muy retraída..., rara vez sale ahora; nunca recibe cartas, por lo menos que yo sepa; nunca ve a nadie, según creo, excepto a su propia doncella; a los demás sirvientes por casualidad, a mi hijo, a mi hija y a mí, pocas veces. Pero es seguro que recibe provisiones de la droga en alguna forma; sospecho que será alguno de mis hijos, pues ambos, según le he dicho, se pasan la vida actualmente en compañía de Radville. La consecuencia resulta obvia...

—Y los sirvientes, ¿cuántos son?

—Cuatro mujeres y un chófer-jardinero. Todos gente muy decente de la localidad; ninguno de ellos podría obtener una droga como ésa sin prescripción médica ni aun en pequeña cantidad, y no hablemos de una caja de doscientas tabletas con una buena dosis de la substancia cada una.

—Deme sus nombres, edades y demás referencias.

En esta forma, pregunta tras pregunta, Gore orientó a su nuevo cliente en medio de la maraña algo confusa de los hechos, reprimiendo su fuerte tendencia a hundirse cada vez más en las vagas conjeturas que lo hacían cavilar. Poco a poco Margesson fue hablando con sencilla franqueza y se retiró muy pocos minutos después de las cinco, lleno de nueva fe en su teoría de la noche anterior y animado con la idea de que Gore iba a ocuparse de Radville lo más a fondo y rápidamente posible.

Estaba tan contento que manifestó su intención de pasar la noche en la ciudad en lugar de ir a casa de una hermana que vivía en Surrey y a cuyo cargo pensaba confiar a su hija por algún tiempo, mientras se libraba de Radville y sus amigos. Pensó buscar a su viejo amigo Billy Bainbridge y llevarlo a pasear. Al día siguiente iría a ver a su hermana, la señora de Nicolette, y luego volvería a Devonshire en el tren de la tarde. Siempre paraba en el Curzon. La dirección de su hermana era Yew Lodge, Puttifford.

Mientras se preparaba de prisa, para salir, el coronel Gore dio concisas instrucciones a uno de sus ayudantes a quien había llamado cuando finalizaba su entrevista con Margesson.

—¡Oh... Kestheven! Vaya y averigüe todo lo que pueda sobre un tal Víctor Radville. Es amigo de Mauricio Roker y también de *lady* Diana Galton. En junio pasado dio la dirección del club Wyllard; ahora vive en Devonshire, cerca de Cullerton. Es más bien alto, pálido, no mal parecido, de nariz aguileña, probablemente uno de la camarilla. Tal vez sea un contrabandista de drogas. Tiene varios compinches: un sujeto llamado Bethune —se escribe con h en medio— del mismo tipo, pero algo más rubio y más bajo; dos muchachas, una bien parecida, la señorita Cardew, y una hermana, la señora de Canning, también de aspecto agradable. Ambas son jóvenes, alegres, parlanchinas y bullangueras. Los tres han estado con Radville hace algún tiempo en Devonshire... Manos a la obra, hijo.

Kestheven salió de la indiferencia en la que parecía pasar su vida.

—Nunca oí hablar de Víctor Radville —observó—. Pero todo el mundo conoce a los otros tres. Acostumbraban estar en el Gazebo y en el Warminster todas las noches,

aunque... este último tiempo no he visto por ahí a ninguno de ellos. Bethune es un tipo horrendo; Molly Canning administraba el Abracadabra hasta que cerró; ella y esa chica Cardew fueron una temporada bailarinas animadoras en el Gazebo; luego, cuando cambió de dueño el año pasado, lo dejaron.

—¿Ha echado usted de menos en este último tiempo a alguno de sus compañeros? —preguntó Gore mientras se colocaba el sombrero sobre la cabeza encrespada.

Kestheven reflexionó.

—No lo creo. Esto..., sí... Había un pájaro llamado Cluffe, que por lo general andaba con ellos. Estuvo enredado en alguna forma con aquellos sujetos que encarcelaron por robar un broche de brillantes en el salón de Warminster. ¿Se acuerda? Cluffe consiguió librarse del asunto delatando a los otros. No, no creo haberlo visto rondando por aquí desde hace tiempo.

—¿Tiene nariz aguileña?

—Nariz recta.

—Muy bien. Pues proceda como mejor pueda. Estaré de vuelta a cualquier hora de la noche. Venga por aquí si tiene algo interesante. A propósito, si oye el nombre que Margesson mencionó en relación con esa gente, trate de recordar con exactitud la relación que tienen.

—Perfectamente —dijo con lentitud Kestheven, y volviendo a su impasibilidad dirigióse a la puerta y desapareció.

Ese mismo día, antes de medianoche, Gore estaba de vuelta en la calle Norfolk y confiaba a un dictáfono el informe con el resultado de su viaje a París, para que su secretaria lo pasara a máquina a la mañana siguiente. Cumplida la tarea, echó un vistazo a las anotaciones del día; la última trataba sobre la visita del coronel Margesson. Su historia era interesante en algunos aspectos y algo deprimente en otros. Cuando terminó la lectura de sus notas, Gore se recostó pensativo en su silla, y se puso a fumar un cigarro.

De modo que la preciosa, alegre, dominadora y mimada Enid Clayton había de concluir así... con los nervios destrozados, huyendo de la vida, temerosa de dejar su cuarto, odiando y sospechando de las pocas personas con las cuales no podía evitar el contacto; aficionada a las drogas... ¡Por Dios!

¡Enid Clayton! Sólo al mencionar el nombre en alta voz sintió Gore la nostalgia de la India. Caras, voces, sonidos, olores, lugares y demás detalles de una escena soleada, que parecía haber estado siempre bañada por la reciente alegría de una comedia musical; miles de asociaciones de ideas y recuerdos resurgían con una impresión curiosa de no haber sido olvidados, sino dejados allí por un hombre despreocupado, popular y no demasiado pobre, jefe de un famoso regimiento de caballería, justo en los días antes de la guerra.

¡Enid Clayton! Es probable que todos los subalternos en la India en aquella época, alrededor de 1912, 1913 y 1914, alimentasen una pasión sin esperanza por ella. Todavía habrá algunos cientos de individuos perdidos por toda Inglaterra,

discutiendo en los clubes o jugando en los campos de golf, cuyos ojos pálidos se iluminarán al oír nombrar al ídolo adorado.

—Bueno, bueno, todo pasa —reflexionó Gore con prudencia al mirar el reloj—. Esperaré hasta la una, por si Kestheven aparece. —Eché una nueva mirada a su memorándum: O'Malley-Martin..., otro nombre de aquel feliz pasado. Gore recordaba bien a O'Malley-Martin; un mayor de artillería alto, enjuto, de piernas largas, ceñudo y muy serio, lo menos irlandés que uno pueda imaginarse, como la mayor parte de ellos, pero muy competente en su trabajo. Nadie jamás supo qué indujo a Enid Clayton a casarse con él.

Por supuesto que Margesson había estado esquivo sobre el asunto, sólo dijo que su mujer estuvo casada antes con una persona llamada O'Malley-Martin, pero apresuróse a describir su vida feliz con ella hasta que vinieron los disgustos. Gore pensaba: entonces Enid se divorciaría de O'Malley-Martin o viceversa. Fue a principios de 1914 cuando el casamiento de Enid Clayton sorprendió a todo el mundo en la India. En esa época Margesson también estaba en la India, según dijo, y era probable que la hubiera encontrado allí por primera vez. Se casó con ella en 1919; había estado algún tiempo en Irlanda en 1918, en el Oeste. O'Malley-Martin era de allí con toda seguridad; teniendo ese nombre... Parecía más bien que Margesson hubiese encontrado casualmente a la señora de O'Malley-Martin, y así era como se había convertido en la señora de Margesson en 1919. ¡Hum! Bueno, O'Malley-Martin debe de haber sido un marido difícil para una mujer alegre, mimada y linda. Y Margesson, hace veinte años, era elegante y buen mozo..., emprendedor..., un poco cazador de corazones también...

A pesar de esto, Gore y Tolley no tenían nada que ver por el momento con lo sucedido hacía veinte años. El trabajo se limitaba a obtener toda la información posible sobre Víctor Radville. Empero, Gore estaba tan interesado en sus propias conjeturas que se tomó la molestia de hacer investigaciones casuales entre los viejos concurrentes a su club. Y sin ninguna dificultad obtuvo una historia bastante completa del cambio de marido de la bella Enid en 1919.

Según parece, después de ser herido de bastante gravedad en marzo de 1918, Margesson fue a Irlanda en el verano, como oficial de estado mayor en el cuartel general del comando irlandés del interior y del Oeste, instalado en los talleres de Ballinabar. Por una curiosa coincidencia, a sólo una milla de allí encontró a la exseñorita Clayton viviendo con su marido, al parecer ya no muy feliz, en una casa como un gran cuartel destartado donde los O'Malley-Martin pasaban su vida azarosa desde que los cañones de Cromwell derribaron su antiguo castillo, cuna de la familia. O'Malley perdió un ojo en 1917 y dejó las armas para volver a su heredad, hipotecada hasta el último rincón; pero ofrecía una sincera hospitalidad irlandesa a los miembros del cuartel general y a los oficiales de una compañía de South Kents destacada en la ciudad. Esta ocupación militar era debida a un empalme de ferrocarril de gran importancia estratégica, a pesar de tratarse de un lugar muy triste y como

dejado de la mano de Dios.

Margesson, pues, encontró otra vez a la bella Enid muy aburrida, odiando con toda el alma a Irlanda y a los irlandeses, sus modalidades, costumbres y aspiraciones políticas —aunque su marido era uno de los nacionalistas más fanáticos—, y habrá hecho cuanto estaba de su parte para consolarla por la vida triste y monótona de Gortrisha. Este encuentro casual duró hasta que Margesson, ya repuesto y con grado de teniente coronel, volvió a Francia a tiempo para el armisticio; luego estuvo una temporada en Colonia y regresó a Inglaterra. Por esa época, a principios de 1919, la señora de O'Malley-Martin dejó a su marido y el melancólico páramo de Gortrisha para vivir en Londres. Allí volvió a encontrarse con Margesson; no hubo ninguna defensa en el pleito de divorcio; Margesson mandó sus documentos, y con su Enid se fue a Italia, donde se casaron a su debido tiempo y vivieron felices por varios años.

Gore observó que nadie tuvo el menor interés en seguir los pasos de O'Malley-Martin. Tal vez hubiera muerto; nunca fue popular, era quince años mayor que su mujer, capaz y activo, pero un poco alocado y fanático rebelde en cualquier cosa concerniente a Irlanda. Estos sujetos del oeste de Irlanda dicen que son una sarta de locos...

En cuanto a Slogger Margesson, claro que el pobre había tenido que amoldarse. Pero tuvo con que consolarse; su mujer recibió todo el dinero de su madre... Se podía confiar en que el viejo Slogger no haría ningún disparate... Ahora vivían en alguna parte en Devonshire. Slogger debía de ser, a ver...

Capítulo Sexto

COMO YA se ha dicho, Gore obtuvo al día siguiente todos estos informes sobre el pasado novelesco de Margesson sólo por satisfacer su propia curiosidad. Casi todo era nuevo para él, pues en cuanto terminó la guerra también él se retiró del ejército para formar parte de una expedición al África Central; de manera que estuvo lejos de Inglaterra desde principios de 1919 hasta fines de 1922. Aquellos sucesos le interesaban por el mero hecho de haber conocido personalmente a los tres protagonistas y por hallarse ahora en contacto directo con uno de ellos. Pero aun cuando se enterase de todo en aquella noche del 29 de septiembre de 1938, no se le ocurrió, ni por un momento, que le sería útil para solucionar las presentes tribulaciones de Margesson.

Por lo tanto, mientras esperaba la llegada de Kesteven, contentóse con repasar en su mente los detalles que Margesson le había señalado respecto a la conducta objetable de su inquilino.

Todo demostraba que Radville era un joven presuntuoso, bullanguero, de clase ordinaria, rodeado de amigos de su misma calaña. Ningún indicio afirmaba que era él quien suministraba a la señora de Margesson las drogas peligrosas, quien trepaba al árbol para golpear sus ventanas, quien se dedicaba a apalear a las parejas enamoradas en su bosque (por la manera de hablar de Margesson veíase que la propiedad era de la señora y no de él). Al *bungalow* llegaban pesados camiones ya bien entrada la noche; algunos pasaban allí la noche; otros llegaban de día. Había una docena de posibles explicaciones de estas idas y venidas. Los conductores eran de aspecto rudo, como los que se ven por las carreteras; pero era difícil suponer que se entretuvieran en golpear a las parejitas que paseaban en el bosque donde ellos tampoco tenían derecho a entrar.

No. Lo más curioso acerca del inquilino del *bungalow*, según la descripción hecha por Margesson, era que fuese él el inquilino de ese *bungalow*. Podría ser un tipo presuntuoso muy común en todas partes, pero no en las selvas de Devonshire. ¿Qué motivos tendría un individuo de esa clase para elegir un *bungalow* escondido en el bosque, en un lugar tan alejado, a un par de millas de una triste aldea con pocos atractivos? Parece que debía dinero a todos en Cullerton; pero entregó por adelantado el año completo del alquiler del *bungalow* antes de ocuparlo y lo habitó cuatro meses. Al parecer no conocía a nadie en los alrededores, salvo a los jóvenes Margesson; no pescaba, no dibujaba, no hacía nada, excepto ayudar a sus camaradas de Londres a meter barullo e incomodar a todos. ¿Por qué quería enterrarse en esa soledad para hacer únicamente eso?

Dos fiadores muy dudosos lo presentaron a los administradores. Sus invitados de Londres eran también sospechosos. Probablemente usaba un nombre supuesto. Si esto fuera cierto, y si en realidad se llamaba Cluffe, había estado envuelto en un asunto muy feo, que llevó a tres de sus compañeros a la cárcel y apenas si se salvó él

mismo. Las sospechas de Margesson, vagas conjeturas inspiradas sólo, en prejuicios, podían resultar bien fundadas.

Sin embargo, todo lo que Margesson deseaba era alejar a aquel sujeto del *bungalow*; todo lo que pedía a Gore y Tolley era encontrar la forma de echarlo. Dio la una. Gore bostezó y ya se aprestaba a cerrar su escritorio cuando llegó Kestheven, ataviado como los lirios del campo, a darle los informes esperados.

Kestheven manifestó que no tuvo ninguna dificultad para identificar al «pájaro del viejo Margesson» como el individuo conocido por Cluffe, uno de los acusados a principios de ese año en el caso tan notorio del salón Lizard. La repentina desaparición de Cluffe de los lugares que solía frecuentar debíase a las amenazas de algunos amigos de sus cómplices traicionados, y la adopción del alias «Radville» a la celebridad incómoda dada por la prensa a su nombre verdadero. Sin embargo, después de algún tiempo, el aburrimiento y la soledad pudieron más que sus primeros temores y se aventuró a comunicar su paradero a algunos amigos, los cuales pronto divulgaron la buena noticia por todas partes.

Todo el mundo sabía ahora que vivía en un *bungalow* en Devonshire, en un lugar cerca de Cullerton, y que se hacía llamar Radville. No había ningún misterio en cuanto a su nombre.

—Muy satisfactorio —comentó Gore—. ¿No hay ningún otro dato interesante sobre él? Quiero decir, además de su debilidad por los broches de brillantes y por su propio pellejo.

—¿Interesante? —Dijo Kestheven con voz arrastrada y labios fruncidos—. No. Sólo el acostumbrado N. B. G. Estuvo por unos meses en las Fuerzas Aéreas, pero lo expulsaron. Cheques dolosos. Ese brujo no tiene un cobre, va a todas partes, hace de todo, no paga nada. Con un cigarrillo convence de que lo negro es blanco. Pero no... no hay nada interesante sobre él. No es más que un bribón.

—Entonces, ¿nada en cuanto a drogas?

—No. Pero me encontré con el viejo Margesson esta noche. Estaba gozando de la vida en el Gazebo con... adivine coronel...

Gore se detuvo, con el sobretodo a medio poner.

—¿Margesson en el Gazebo, dice usted?

—Sí. —Kestheven lanzaba espirales con el humo de su cigarrillo y se quedó pensativo—. Con aquel horrible gusano de Bethune y aquellas dos mujeres de quienes usted me habló. ¡Exacto! Estaban todos en el Gazebo esta noche y el viejo Margesson se pasaba el tiempo pagándoles a ellas las bebidas cuando no bailaba con la señora de Canning.

—Estoy espantado —rió Gore sentándose para escuchar más detalles.

Al salir en busca de informes respecto a Radville, Kestheven se había provisto de una compañera para el caso, como es natural por cuenta de Gore y Tolley, y primero se encaminó al Warminster, donde varios informantes estuvieron encantados de satisfacer su curiosidad. Luego, como aún era temprano, se dirigió al Gazebo, con la

belleza que le servía de pantalla. Era éste el más elegante de los clubes nocturnos y por lo tanto un terreno muy favorable para Cluffe y sus compinches.

—Lo primero que divisé —prosiguió diciendo Kestheven— fue al viejo Margesson. Estaba con otro. Ambos parecían muy alegres y juguetones, entreteniéndose en bromear con una de las empleadas del guardarropa a propósito del novio. Margesson no me vio. Entonces entré con mi compañera en el salón. Usted conoce el Gazebo, ¿no es cierto? Allí, con gran sorpresa mía, puesto que usted me había dicho que estaba en Devonshire, vi a Bethune, a la señora de Canning y a la chica de Cardew con él, sentados a una mesa hablando con Hensard...

—¿Con Hensard? Ése es el sujeto que administra el Gazebo, ¿no es así?

—Uno de ellos, porque el Gazebo es un sindicato.

Pero Hensard es la figura principal. En el salón había muy poca gente y nos fue posible conseguir una mesa al lado de ellos. Estaban discutiendo sobre algo, pero bajaron la voz cuando nosotros llegamos y Hensard se retiró dejando a los demás un poco malhumorados. De repente los vi animarse, hacerse una guiñada y Molly Canning hizo señas a alguien detrás de mí gritándole: «¡Cuuu... eeee!». Al darme vuelta vi a Margesson y al otro de pie en el extremo del salón. Al principio Margesson miró con rabia, pero luego devolvió el saludo y se acercó con su compañero; las dos chicas se levantaron, se prendieron de ellos y empezaron a embaucarlos. El final fue que ambos se sentaron a su mesa y, claro está, en seguida empezaron a pagar las bebidas, incluso cocktails de *champagne*. Por un rato hablaron mucho; yo ya empezaba a aburrirme, cuando de repente Margesson nombró a Radville. Empezó por preguntar a las chicas si volverían a Devonshire, y cuando dijeron que no, quiso saber si Radville estaba allí y por cuánto tiempo y para qué. Las chicas trataban siempre de cambiar de tema, Bethune casi no habló. Margesson, cual gallo obstinado, volvía siempre sobre Radville; decía que no alcanzaba a comprender por qué se quedaba solo allá lejos, ahora que el invierno llegaba, y por qué motivo se fue a esconder en aquellos parajes. Luego habló de camiones... ¿Le cansa oírme?

—De ningún modo —sonrió Gore—. ¿Qué pasa con los camiones?

—Eso era precisamente lo que él quería saber. Dijo que lo despertaban y que no podía imaginarse qué diablos hacían en el *bungalow* a medianoche. Finalmente le preguntó a quema ropa a Bethune qué cosas hacía descargar Radville en el *bungalow*; también dijo algo sobre un gran tinglado puesto allí sin su permiso. Bethune le replicó chanceando que no había visto ningún camión, de noche. Preguntó a las chicas, y, claro está, ellas también dijeron no haber visto nada. Todos quisieron bromear acerca del asunto, pero los vi mirarse unos a otros cuando Margesson se empeñaba en hablar de los camiones. Las chicas acabaron por levantarse e insistieron en hacer bailar a los dos viejos. Margesson dejó de hacer preguntas y salió a bailar con la señora de Canning. Debo decirle que su compañero no se mezcló mucho en el asunto y parecía cansado; quizá pensara haber aguantado bastante y se estaba poniendo un poco nervioso. De todos modos no quiso bailar. Pronto se levantó y

desapareció. Yo, por lo menos, no volví a verlo.

«Luego, Bethune y la chica de Cardew llamaron a Hensard, el cual se había quedado rondando por la sala casi todo el tiempo, y sostuvieron una larga conversación. Tan larga, en efecto, que temí desconfiaran si nos quedábamos más tiempo en nuestra mesa. En realidad, me parece que empezaron a sospechar; entonces nos pusimos a bailar. De todos modos pude oír el principio de la conversación con Hensard, mejor dicho, casi toda. Era respecto a Margesson. Bethune empezó repitiéndole a Hensard las preguntas que el coronel hiciera a propósito de Cluffe, sobre los camiones cargados que iban a su *bungalow*. Hensard se puso serio y empezó a su vez a hacer preguntas sobre Margesson, en qué términos estaba con Cluffe y si hubo algún rozamiento entre ellos. Bethune lo consideraba un viejo tonto, pero que tenía sus arranques debido a que su hija andaba con Cluffe y estaba enojado por eso. “¿Por qué? —Preguntó Hensard—. Cluffe no se habrá metido con la hija”. La chica de Cardew se rió con sorna y dijo: “¡Oh!, bueno... usted ya conoce a Víctor... Ella es bastante bonita. Y, por supuesto..., está convencida de que Víctor se va a casar con ella...”. Hensard se enojó al oír eso. “¡Qué pedazo de estúpido! Lo destriparé si nos falla otra vez. Mira, Molly —le dijo a la señora de Canning—, tienes que averiguar si ese tipo está metiendo las narices donde no debe, y si lo está...”. De repente se calló e interrogó a Bethune sobre “cuánta carga”, pero no terminó la frase, por lo que fuere, y noté que nos miraba para saber si habíamos escuchado. Entonces, como le dije, desaparecimos elegantemente».

—¿Usted cree que el compañero de Margesson lo dejó, o se fueron juntos?

—No. Margesson se quedó un rato. Bailó con la señora de Canning varias veces y entretanto bebieron más. No nos animamos a acercarnos otra vez, sólo entramos y salimos del salón un par de veces; pero no dudo de que Canning y sus compañeros trataban de hacerlo hablar.

—¿Y le sacaron algo?

—Creo que al fin le sacaron bastante. En todo caso pareció haber comprendido lo que querían de él y los abandonó de repente. Quedáronse todos muy desconcertados; la señora de Canning se levantó corriendo para seguirlo. Yo me quedé pensando si se iría con él, pero Margesson la rechazó, dirigióse al guardarropa, recogió sus cosas y se retiró solo en un taxi al Hotel Curzon. Por lo tanto, mi compañera y yo dimos por terminado nuestro trabajo.

Kestheven dijo entonces que su compañera lo esperaba en el taxi, en Norfolk Street, a expensas también de Gore y Tolley; entonces el socio principal le hizo un saludo de despedida, volviendo luego a su dictáfono para redactar un breve informe con los datos obtenidos, referentes a «Su inquilino, Víctor Radville».

Decidió completar el informe con una pequeña nota personal:

«Mi estimado Margesson: Espero que los datos incluidos serán suficientes para lo que usted desea. Me fue muy grato volver a encontrarlo, aunque hubiese deseado que

no fuese por razones tan desagradables para usted. Espero que no necesitará más de nuestros servicios, pero tengo la esperanza de verlo alguna vez, cuando esté en Londres, por motivos menos angustiosos.

»Sinceramente suyo, WICKHAM GORE».

Después de dejar sobre el escritorio de su secretaria las instrucciones para despachar estas notas al Hotel Curzon a primera hora de la mañana siguiente, el coronel Gore decidió también dar por terminado su trabajo. Al bajar en el ascensor se le ocurrió que probablemente no volvería a ver a Slogger Margesson; luego se le ocurrió pensar, como la mayor parte de la gente del mundo despierta en ese momento, en lo que Neville Chamberlain y Adolfo Hitler se habrían dicho mutuamente...

Capítulo Séptimo

CUANDO el coronel Gore volvió, a la tarde siguiente, alrededor de las seis, de su club a Norfolk Street, se le informó de que el coronel Margesson había llamado con gran premura desde la casa de su hermana en Surrey, demostrando una gran agitación y, al saber que él no estaba, tal fue su contrariedad, que no quiso dejar ningún mensaje; dijo que no le era posible llamar más tarde porque debía alcanzar el tren y cortó la comunicación bruscamente.

Como Margesson habló a mediodía, Gore, después de consultar una guía de ferrocarriles, abandonó por el momento la idea de comunicarse con él, puesto que no llegaría a su casa antes de las siete. Cuando por fin consiguió comunicación a las diez, Margesson mismo contestó al teléfono, y, muy perturbado, apresuróse a enumerar los nuevos infortunios que le habían caído encima en el transcurso del día. El aparato crepitaba, su voz sonora parecía un confuso bramido en el teléfono; pero Gore pudo por lo menos captar el sentido de esta conversación unilateral.

Según parece, Margesson fue a Surrey para arreglar el traslado de su hija al cuidado de su hermana; pero al llegar a casa de la señora de Nicolette se enteró de que la doncella de su mujer había llamado hacía media hora, ha pedido de ésta, con la esperanza de encontrarlo allí. Tenía por objeto el mensaje, transmitido por la doncella a la señora de Nicolette, avisarle que su hijo Leonardo no había vuelto a casa, ni dado noticias de su paradero; que algo muy alarmante sucedía con respecto a su hija Joan y que era necesario su regreso a Cullerside en seguida.

Muy inquieto, por supuesto, volvió precipitadamente a Londres y siguió a Devonshire con el primer tren que pudo tomar. Con gran asombro suyo, al llegar a Cullerside se encontró con O'Malley-Martin. Siguió una escena de tres personajes descrita como «sumamente horrible», en el curso de la cual O'Malley-Martin lo golpeó y se condujo en una forma tan intolerable que él lo arrojó fuera de la casa.

Su esposa se negó en absoluto a explicar aquella intromisión tan extraordinaria; sólo dijo que O'Malley-Martin había ido a su casa invitado por ella para discutir un asunto de gran importancia. Al expresarle su desaprobación, se puso histérica y sin ambages le «largó» la noticia de que su hijo no había sido el único en marcharse de la casa por culpa de sus imposiciones y amenazas; su hija Joan también había tomado las de Villadiego después de anunciarle que no podía soportar más, que estaba comprometida con el señor Radville y se casaría con él a los pocos días en Londres.

La reacción de la señora de Margesson, por este anuncio, fue caer en cama desde que recibió la noticia, en un profundo estado de postración. Ella no supo hasta las seis de la tarde que su hija se había ido de la casa, partida que nadie presenció y que fue adivinada por la criada, al comprobar la desaparición de los artículos de tocador de la mesa de la señorita Joan y la falta de dos valijas de su cuarto.

A pesar de su estupor, Margesson actuó con energía. Llamó a un médico para atender a su esposa, que tuvo otro desmayo, interrogó a los sirvientes, telefoneó al

jefe de la estación de Cullerton y luego marchó corriendo al *bungalow* para atrapar a Radville. Pero ni los sirvientes ni el jefe de estación pudieron darle ningún informe útil. Encontró el *bungalow* a oscuras, completamente abandonado; las cortinas de todas las ventanas estaban corridas, el garage cerrado con candado; pero por una ventana alcanzó a ver que el coche de Radville no estaba, y convencido de que se habría llevado a su hija a Londres, volvió a Cullerside más preocupado aún, para someter a la servidumbre a un nuevo interrogatorio.

Su chófer llegó con el coche mientras tanto, pues a pesar de su telegrama no pudo llegar a la estación a tiempo para recibirlo. Su hija Joan había dejado el automóvil en un garage de Cullerton, en horas de la tarde, y encargado que comunicasen, pero no antes de las nueve, al chófer de su casa, que el coche estaba en el garage. Este mensaje fue cumplido a su debido tiempo; el chófer fue en busca del automóvil y, pensando que su patrón podría necesitarlo al día siguiente, lo condujo en seguida a Cullerside. Sobre el asiento del conductor, Joan había dejado una notita para Margesson, diciéndole que se iba a Londres con Radville para casarse con él el lunes próximo; mientras tanto se quedaba con la hermana de Radville y era inútil que tratara de encontrarla.

Desde la llamada de Gore había transcurrido el tiempo de tres comunicaciones seguidas. De pronto cortaron sin previo aviso, precisamente cuando Margesson decía algo sobre unos camiones cargados, vistos esa tarde por su chófer. Cuando Gore consiguió nueva comunicación, una criada con voz nerviosa le dijo que su patrón estaba arriba con el médico y temía que la señora de Margesson estuviese muy mal. Luego la reemplazó el chófer llamado Nugent, según supo Gore, quien le dio el número del Bentley del señor que vivía en el *bungalow*.

—El coronel Margesson me comunicó que usted vio hoy unos camiones que cargaban algo allí —dijo Gore.

—Sí, señor. Dos Mardens de seis toneladas. Y calculo que cada uno de ellos tenía la carga completa. Traté de ver el número de las chapas cuando se iban, pero ambas estaban tapadas con lonas.

—¿Pudo ver qué clase de cosas llevaban?

—No, señor. No alcancé a ver. Bueno... yo estaba agazapado en una zanja observándolos en silencio. El tinglado de donde sacaban las cosas queda tras del *bungalow*, casi todo oculto por los árboles; desde mi escondite sólo podía ver el final del cobertizo y la parte de atrás. Incluso esta mañana, muy temprano, vinieron los camiones. Yo no los vi ni los oí, porque me alojo en la ciudad con mi esposa y mi hijo y me retiro al terminar mi trabajo. Pero el señor Spannett, uno de los maestros de la escuela, me dijo esta mañana, cuando lo encontré en el camino, haber oído el ruido de camiones por allí alrededor de las seis. Dijo que llegaron y se fueron. A él le pareció que eran dos. ¿Puedo preguntarle con quién estoy hablando, señor?

—Con el coronel Gore; el coronel Margesson le dirá quién soy. ¿Quiere decirle, cuando se retire el médico, que esperaré una hora más por si desea llamarme de

nuevo? Gerrard 9191, coronel Gore, Gerrard 9191.

—Lo recordaré, señor.

Mientras esperaba, Gore resolvió llamar al inspector Granley de New Scotland Yard. Durante los últimos quince años los señores Gore y Tolley habían estado en contacto frecuente con la policía de investigaciones por razones de su trabajo, y en compensación de varios pequeños servicios hechos con tacto, siempre encontraban la mano oficial dispuesta a serles útil en casos necesarios.

—¿Recuerda aquel sujeto Cluffe que era...? —empezó a decir Gore.

—¿En el caso del Lizard? Sí. ¿Qué pasa con él?

—¿Tiene algún interés por él en este momento?

—Pues le diré que no lo perdemos de vista —replicó una tranquila voz en el otro extremo.

—Entonces sabrán que últimamente ha estado viviendo en Devon.

—Sí, vive cerca de Cullerton desde junio. Ya sabemos que está allí.

—No está ya. Desapareció hace un rato. Me intereso porque tal vez se haya llevado consigo a la hija de un cliente nuestro... con intención de casarse..., quizás..., el lunes. Es probable trate de hacerla porque hay dinero de por medio. La chica dejó un mensaje diciendo que estaría con la hermana de Cluffe hasta el lunes.

—Cluffe no tiene hermana —dijo el inspector Granley.

—Eso no importa. Él ha hecho pasar por hermana suya a una mujer que estaba allí con él, una tal señora de Canning.

—Comprendo. ¿Qué más?

—Naturalmente, la familia de la chica está preocupada por ella. Convendría que averiguaran en la ciudad el domicilio de esta señora de Canning. ¿Tiene usted alguna idea de ello?

—En este momento no. Pero se lo averiguaremos. Mucho me temo que no podremos informarle de gran cosa, pero haremos todo lo posible.

—Muchas gracias. Cluffe tiene un Bentley gris...

—No tiene ninguno. Ese Bentley es de un sujeto llamado Hensard...

—¿El administrador del Gazebo?

—Sí. Deja que sus compañeros lo usen.

—Debe de ser una excelente persona. Bueno, Cluffe tuvo el auto allí y ahora ya no está, esto puede facilitar la búsqueda de la señorita Margesson, así se llama, antes de que haga la mayor de sus locuras. Margesson, Joan Margesson, de dieciocho años más o menos, muy bonita, rubia, más bien baja, cecea un poco.

—Muy bien. ¿Eso es todo?

Gore resolvió dar un dato a cambio de lo que pedía. *Do ut des*.

—Casi todo. Al desaparecer, Cluffe se llevó algunas otras cosas; cuatro camiones Mardens de seis toneladas, dos cargas a las seis de esta mañana y dos más esta tarde.

—¿Cosas? —repitió la voz, cambiada por completo—. ¿Qué clase de cosas?

—No lo podría decir. Pero pensé que tal vez le interesara saber lo de los

camiones.

—¿Que me interesa? Oiga..., sea claro, coronel. ¿De dónde retiraban esas cosas? ¿De esa cabaña donde...?

—Sí. Sin embargo, estoy convencido de que usted puede encontrarlo si se lo propone. Cluffe podrá decirle todo lo que quiera sobre el asunto. No se olvide de avisarme. ¿Lo hará usted?

El inspector Granley se rió.

—El mismo juego de siempre, ¿no es así? Pero esta vez ha jugado más limpio de lo que usted cree. Lo tendré al corriente. Hasta la vista, coronel. Y mientras tanto... gracias.

De los servicios muy especializados que prestaba Kesteven a la firma, el punto esencial era su concurrencia habitual a los centros de reunión nocturnos de gran lujo. Valiéndose del teléfono, Gore consiguió, sin ninguna dificultad, dar con él en el Warminster, y le ordenó se dedicara por completo a descubrir el domicilio de la señora de Canning y tomara todas las medidas necesarias para vigilarlo, hasta nuevo aviso; debía informar en seguida si veía a una joven muy bonita, rubia, tal vez en compañía de Cluffe. Muy poco después de que Gore pusiese esta segunda cuerda en su arco, fue llamado por la línea principal de Cullerton.

Era casi imposible entenderle una palabra a Margesson, pero finalmente adivinó que era solicitada su presencia en Devonshire por el primer tren de la mañana. Sus tentativas para explicar las medidas ya tomadas resultaron infructuosas o poco satisfactorias para su interlocutor; la muy dificultosa conversación terminó con su aceptación del pedido obstinado y varias veces repetido de Margesson. El día siguiente era sábado y primero del mes; había esperado pasar el fin de semana cazando faisanes en Hampshire, en una agradable reunión de solteros. Sin embargo, el pobre viejo Slogger parecía estar metido en un atolladero. Cullerton... sito en un lugar retirado a ciento ochenta o ciento noventa millas... un viaje de cuatro horas y media a cinco... salvo accidentes...

Gore hizo la primera mitad de su viaje relativamente despacio, porque no deseaba llegar a destino a una hora impropia; pero entre Wimborne y Dorchester lo sorprendió una fuerte lluvia que se hizo torrencial al pasar por Exeter. Aumentaba la velocidad a medida de su fastidio, de modo que llegó a Cullerton muy poco después de las seis. Un cartero, único ser viviente a la vista, le hizo las indicaciones necesarias para el resto de la jornada, y a las seis y cuarto en punto llegó frente al pórtico de Cullerside. La lluvia había cesado y entre las nubes oscuras comenzó a aparecer el azul del cielo. El tiempo estaba componiéndose... Aquellos tristes lugares de Hampshire iban a tener un espléndido día después de todo.

Alrededor de la casa grande no había señal de vida, pero el ruido de alguien que se aclaraba la garganta lo indujo a dejar el coche y dirigirse al fondo de la casa. Allí, a medio vestir, estaba Nugent, el chófer-jardinero, lustrando sus polainas, semidormido en los escalones que llevan al desván del garage.

Nugent era un hombre de Devon, de mediana edad y aspecto decente; a pesar de colocarse con prisa la gorra de visera para completar su vestimenta, se notaba, sin que pudiera disimularlo, que más que chófer era jinete; él se encargó de convencer a la criada de que informase al coronel de la llegada de su visitante matinal, y, tras una ausencia bastante prolongada, volvió para acompañar a Gore a la puerta principal, abierta durante ese intervalo.

—Qué suerte para usted, señor —comentó—; por una casualidad dormí anoche en la casa, por si el coronel me necesitaba para cualquier cosa. Si no fuera por eso, no habría encontrado a nadie hasta las ocho. De todas maneras tal vez tenga que esperar un rato al coronel; le cuesta dejar la cama y tarda una buena hora y media en vestirse; además, anoche estuvo levantado hasta tarde.

Mientras introducía a Gore en una salita, asomóse la criada por la escalera; pero comprendiendo que su indumentaria era inadecuada para acercarse al visitante, se detuvo e hizo señas al chófer. Luego de conferenciar entre ellos, Nugent bajó de nuevo la escalera con aire preocupado.

—Dice que el coronel no está en su dormitorio ni en ninguna otra parte de la casa; tampoco se ha acostado esta noche. Esto es muy extraño. No puede haber... Hetty, ¿estaban encendidas o apagadas las luces de abajo?

—Estaban todas encendidas —replicó la muchacha—. Las apagué yo misma antes de subir a despertar al coronel.

—¡Qué raro! —Comentó de nuevo Nugent—. El coronel no puede haber vuelto de ningún sitio en que estuviese anoche. Él salió más bien tarde, tal vez fueran las once; yo supongo que no volvió, pues de lo contrario hubiera apagado las luces, porque se preocupa mucho de que no quede ninguna encendida por la noche.

—¿Salió en su coche? —preguntó Gore.

—No, señor. El automóvil está en el garage. Al percatarme de su salida creí que tal vez iba al *bungalow*, por haber oído, como lo oí yo, el ruido de más camiones. De todas maneras se me puso en la cabeza que iba allá a través del bosque; pero esto no lo puedo asegurar porque el coronel usa siempre suelas de goma. No pude saber por qué lado se fue, pues solamente oí el portazo del vestíbulo y sus pisadas al hollar la grava del jardín. Yo estaba en el desván, donde usted me encontró, leyendo en la cama... Todo esto me parece muy extraño y resulta molesto para usted, que ha hecho el viaje en balde. ¿Lo esperaba el coronel, señor?

—No tan temprano. Pero... si no le importa, me gustaría que revisara bien la casa, para estar seguros de que no se encuentra en ella.

—Perfectamente, señor. Venga conmigo, si quiere.

—El coronel no está en ninguno de los cuartos de arriba, estoy bien segura de ello —dijo la criada desde el descanso de la escalera.

—Podría estar en uno de los cuartos de la señora —sugirió Nugent; pero la criada movió la cabeza.

—No. Ya le pregunté a Georgina.

—¡Demonio! —Exclamó Nugent—. Esto es un asunto curioso. Primero desaparece el señor Leonardo..., luego la señorita Joan..., y ahora el coronel; el próximo seré yo... Bueno, ¿quiere que busquemos en los cuartos de abajo otra vez, señor?

Pero aunque se esforzaron en tratar el asunto medio en broma, el hombre sentíase muy incómodo. Al ver un par de lentes sobre una mesa en el rincón norte del cuarto particular de su patrón, tomó una expresión muy sospechosa.

—Esto prueba que no volvió anoche. Son sus lentes para leer, los reconozco por el estuche rojo. Siempre guarda sus lentes para leer en un estuche de ese mismo color, para reconocerlos y no perderlos, porque no puede leer una palabra sin ellos. No los habría olvidado al subir a su dormitorio, puesto que los necesitaba para leer su correspondencia por la mañana, cuando se la suben con el té. Así queda explicado esto.

Gore se sentó en uno de los dos grandes sillones.

—Cuénteme algo sobre esos camiones cuyo ruido oyó anoche justamente antes de que el coronel Margesson saliera. Usted estaba en el desván sobre el garage, leyendo en cama cuando oyó el crepitar de los camiones en el *bungalow*. ¿Llegaban o partían?

—Las dos cosas, señor. Se fueron después de un cuarto de hora. Eran dos.

—¿Eso fue a las once de la noche?

—Sí, señor. Alrededor de esa hora. Me levanté de la cama y fui a la puerta del desván para escuchar... porque..., bueno, vea usted, señor, hemos estado intrigados con todos esos camiones que iban allí.

—Luego se levantó un poco más intrigado. ¿Y entonces?

—Bueno, entonces, señor, un rato después que los escuché alejarse, oí un portazo en la puerta principal. El coronel siempre cierra a golpes las puertas, por consiguiente sabía que era él; oí el ruido de una persona que marchaba muy ligero sobre la grava de la entrada y me dije para mí: «Los ha oído también y va a ver qué está pasando allá». Ha estado preocupado...

—Sí, ya lo sé —asintió Gore—. ¿Entonces se acostó otra vez?

—Después de un momento, sí, señor. Me quedé con el oído alerta mientras leía un rato más; pero luego apagué la luz y creo haberme dormido muy pronto.

—¿No oyó al coronel Margesson ni a ningún otro por estos lugares, antes de dormirse?

—No, señor. Anoche no hubo absolutamente ningún ruido por aquí. Usted puede imaginarse que, no estando aquí el señor Leonardo ni la señorita Joan, estaba todo muy tranquilo; tanto que hasta se podría haber oído el vuelo de una mosca.

—Me dijo el coronel Margesson que no tiene perros.

—No, señor. El coronel tiene sus perros de caza en la finca del señor Armytage. La señora de Margesson no podía aguantar el ruido tan cerca.

—¿A qué distancia queda el *bungalow*?

—El camino más corto es a través de ese bosque que se ve allá, señor. Debe de

quedar más o menos a un cuarto de milla.

—Tengo entendido que fue en ese bosque donde la gente tuvo disgustos últimamente.

Nugent echó una mirada al amable caballero de ojos grises, amistosos y serenos, que demostraba tanto interés por obtener informes precisos sobre los acontecimientos.

—¡Ah!, ¿también sabe eso, señor? Cosa curiosa..., esa misma idea cruzó por mi mente en cuanto vi los lentes...

—Así lo pensé —comentó Gore—. Bueno... ¿Está usted ocupado ahora? ¿No podría indicarme el camino del *bungalow*?

—Pensaba ir yo mismo hasta allá. Les vaya decir que no sirvan el desayuno hasta que regrese.

Era una mañana típica del octubre de Inglaterra; una mañana apacible con un poco de neblina, por las cuales tiene especial afecto el alma del deportista. El bosque húmedo que rodea Cullerside aparecía como un borrón de suave color gris, donde las telarañas formaban millares de guirnaldas sobre las malezas. Ese aroma otoñal de fragancia marchita que ha inspirado tanto sentimentalismo literario se mezclaba con deleite al humo de sus cigarrillos, a medida que ambos hombres avanzaban bajo los árboles todavía goteando, por un estrecho sendero cubierto de hojas. No cambiaron ninguna palabra porque iban en fila india, pero a unas doscientas yardas de su camino al *bungalow* divisaron en un recodo del sendero a una figura masculina, detenida a corta distancia de ellos.

—Diríase que ha encontrado algo —observó Nugent mirando hacia el declive del Oeste—. Es el hojalatero de aquella escuela primaria. Me parece que anda vigilando sus trampas.

El hombre los saludó con un amistoso «Buenos días», y en respuesta a la pregunta de Nugent rió y tendió una garra sucia.

—No. No tuve suerte esta mañana, Alfredo. A no ser que ofrezca una recompensa quien haya perdido esto.

Nugent examinó el objeto que el otro mostraba en su mano.

—Un parche ocular —comentó—. Por su aspecto parece que lo han tirado a propósito, Harry.

—Tiene razón —convino Harry tirando su presa sucia y estropeada en el espinilla más próximo antes que la rápida protesta de Gore tuviera tiempo de detenerlo. Éste se agachó a recogerla con cierta sorpresa de Nugent y el hojalatero; la examinó con cuidado y con el mismo esmero la guardó en su cigarrera, luego de regalarle los pocos cigarrillos que le habían quedado, después de su largo viaje nocturno, al hojalatero, que se llamaba Mylor, según supo. El obsequio fue hecho sin explicar su interés por el parche, y una vez que Mylor indicó, a un par de pasos del sendero, el lugar exacto del hallazgo, prosiguió su camino entre curioso y divertido.

—Nunca veo a nadie por aquí con una de esas cosas, señor —dijo Nugent tras

breve meditación mientras proseguían camino del *bungalow*, quedando aún más sorprendido cuando, en respuesta a este aserto, le preguntaron a qué hora había regresado el día anterior de Cullerside a su alojamiento.

—A mediodía, señor. A las doce y media. Los viernes tengo medio día libre. ¿Por qué me hace esa pregunta, señor?

—Bueno..., por una razón. Estaba pensando cómo pudo sacar el coche la señorita Margesson sin su conocimiento, si es que estaba usted en la casa por la tarde. Pero usted no estuvo; fue después de las nueve, cuando trajo de vuelta el automóvil desde el garage de Cullerton... ¿no es así? —Gore indicó con su cigarrillo un techo de tejas rojas que aparecía entre los árboles más o menos a cien yardas más lejos—. Supongo que ése es el *bungalow*. ¿Hay otras casas o *bungalows* por este lado?

—No, señor; de este lado del río, no. Este bosque se prolonga otra milla más o menos y luego viene la ciénaga —dijo señalando el Este, hacia la pendiente abrupta—. Y lo mismo de este lado. Usted saldrá allá y luego en veinte millas no verá más que ciénaga, barrancas rocosas y fango, es lo que llamamos el pantano, hasta llegar a Moreton Hampstead, si es que va alguna vez por allí, pero lo dudo.

El chófer giró para señalar el declive hacia el Oeste.

—La carretera de Ockenford está allá abajo, cruzando el río, ahí está la Escuela primaria y la casa del señor Armytage; una milla más adelante hay unas cuantas casitas donde viven algunos de esos picapedreros... Hacia el otro lado, en dirección a la ciudad, se encuentran pequeñas casas, pero no muchas, hasta que se llega a los suburbios... Ahí lo tiene, señor... Ahora puede ver el *bungalow* entero. El garage está al lado; se alcanza a ver el extremo del gran tinglado que le dije...

Gore sabía que el traslado de los Margesson de Surrey a Devonshire fue consecuencia de una excursión de placer que hicieron en 1935. En aquella época la afición por pintar a la acuarela atraía el interés de la señora de Margesson, la cual se enamoró en tal forma de Devonshire, y en especial de la ciénaga, que, impulsiva como siempre, se compró en seguida un terreno y buscó un constructor de Cullerton para que le edificara allí un *bungalow*. Su primitiva idea del *bungalow* de Cullerton fue tenerlo como un anexo para veranear; pero luego de vivir en él durante seis meses, decidió abandonar Surrey por completo, comprar una extensión de tierra mucho más grande que lindaba con la primera y construir allí una casa moderna. Una vez hecho esto, se podría alquilar o vender el *bungalow*.

Lo cierto es que Radville fue el primero y único inquilino desde que se mudaron sus propietarios. El desgaste del tiempo —más dos años de descuido— mostraba ya sus rastros en la obra hecha de prisa y sin esmero por el constructor de Cullerton. Sin embargo, la construcción se proyectó con toda liberalidad; era de gran tamaño, con un amplio garage lateral; desde la carretera de Ockenford se entraba por un camino particular abierto a través del bosque y que cruzaba el río Culler, en su extremo más bajo, por un puentecito particular muy feo, pero fuerte y seguro.

Salvo la limpieza absolutamente necesaria, no se había hecho nada por alterar los

alrededores silvestres del *bungalow*; y en aquella brumosa mañana las ventanas cerradas dábanle un aspecto de abandono, que acentuaban aún más los senderos embarrados y pisoteados y el camino lleno de surcos.

El *bungalow*, el desocupado garage y el cobertizo recién armado estaban cerrados con llave. Este último no tenía ventanas. Luego de revisar el candado de sus puertas corredizas, Gore dirigióse de nuevo al *bungalow* y golpeó con vigor el aldabón de la puerta principal.

—Veo que tienen teléfono —comentó al seguir con la mirada la fila de postes alineados en el camino hasta la carretera principal— y una antena de radiotelefonía. ¿Hay luz eléctrica?

—No, señor —replicó Nugent—. Aquí se usan lámparas o velas y el agua es de un aljibe.

—Muy arcaico —sonrió Gore al volverse para golpear el aldabón con creciente energía. Movi6 la cabeza al no obtener respuesta.

—Bueno, es evidente que ahora no está aquí el coronel Margesson; creo que sus conjeturas son exactas y que realmente anoche vino por este lado... Permítame una pregunta, de paso. ¿A qué hora empezó a llover aquí?

—¡Oh!, tarde, señor. Debe de haber sido un buen rato después de que yo me durmiera.

—Entonces, bastante tiempo después de que oyó salir al coronel Margesson... De todos modos, veamos si podemos encontrar huellas de suelas de goma.

Pero aunque se notaba que por el sendero de la puerta principal al camino habían transitado después de la lluvia de la noche, no se advertía ninguna pisada sobre la superficie desigual cubierta de maleza.

—Muy extraño —dijo Gore—. Más bien me parece que alguien se ha tomado el trabajo de restregar el sendero con los pies. Mucho trabajo por cierto; ha sido una buena tarea; ¡qué lástima! Estoy bien seguro de que el coronel ha venido por lo menos hasta el lugar donde aquel hombre encontró el parche. Al venir noté marcas muy recientes de suelas de goma, sobre rastros de conejo, en dos puntos a un lado del sendero. Ambas en esta dirección; la última apenas antes de llegar donde el muchacho encontró el parche. Bueno..., si llegó tan lejos como esto, a través del bosque, más o menos a las once de la noche, hay que suponer que venía hacia el *bungalow*... ¿Y si sólo estuviese explorando? Miremos un poco volviendo por el sendero...

Al cruzar de nuevo el camino vio un puñado de papeles arrugados en los surcos profundos y se agachó a recogerlos. La lluvia y el barro habían hecho casi ilegibles las palabras escritas en un pedazo de cartulina, evidentemente cortado de la contra tapa de un block, con letras mayúsculas de imprenta trazadas con lápiz blando. Pero luego de un rato de estudio descubrieron las instrucciones siguientes:

«CIERREN.

PASEN LAS LLAVES POR LA VENTANA DE LA COCINA.
CIERREN LA VENTANA».

Un pedazo de cordel a través de un ojalillo de la tarjeta indicaba con toda probabilidad que había servido para atar las llaves a que se refería el mensaje, y la curiosidad llevó a Gore a volver sobre sus pasos y probar las ventanas de atrás del *bungalow*, las más próximas al cobertizo. Al encontrar una de ellas sin pasador, la levantó unas pocas pulgadas para abrirla; y al levantar la persiana de adentro, vio que correspondía a una cocina de gran tamaño, con su batería completa, pero en un descomunal desorden: toda la loza y los utensilios de cocina estaban sucios y amontonados. Sobre una silla había un sombrerito coquetón y en el respaldo un abrigo de mujer. Metiendo la cabeza adentro apenas alcanzó a ver dos llaves atadas con un cordón de zapato, tiradas en el suelo debajo de la ventana. La cerró y volvió junto a Nugent.

—Produce la impresión de que si alguien estaba anoche en el *bungalow* cuando llegaron los camiones, no deseaba que se le interrumpiera el sueño —dijo al volver caminando despacio por el sendero a través del bosque—, o que no había nadie allí cuando llegaron. Parece más probable lo segundo. En ese caso, lo único que podía interesar aquí al coronel Margesson eran los camiones y lo que hacían.

Nugent se detuvo luego de andar un rato en silencio.

—No sé lo que está pensando, señor, ni tampoco lo que el coronel le ha dicho; pero no me importa decirle francamente que espero no le haya sucedido nada malo, pues temo que haya venido aquí y tenido alguna pelea con los tipos de los camiones y puedan haberlo vencido y lastimado en tal forma que le fuera imposible volver a casa.

—Pero usted dice que los camiones se fueron antes de que saliera de la casa.

—Los camiones, sí, señor. Pero no puedo decirle quién quedó cuando se fueron.

El chófer miró dudoso hacia la maleza salvaje bajo los árboles sin fin.

—Quizá esté tirado en medio de estos follajes... Es un caballero bastante tranquilo mientras no lo provocan; pero si esos sujetos lo buscan es capaz de pelear como un tigre; lo apostarí... y quedaría él, o ellos. Si han conseguido herirlo seriamente, pueden haberlo metido en alguna parte para que no se lo encuentre hasta la mañana, cuando todos estén bien lejos... No vaya a pensar, señor, que estoy demasiado alarmado con respecto al coronel, pero es muy extraño que no haya vuelto anoche.

—Iremos a mirar esas huellas sobre los rastros de conejo —sugirió Gore, y sin más comentarios se dirigieron al lugar donde se encontraron con el hojalatero. Sobre el rastro que tenían más cerca estaba impresa parte de una pisada de suela de goma de un pie derecho en dirección al Norte, hacia el *bungalow*; se había hundido mucho en la tierra arcillosa y floja, la maleza había protegido la pisada de la lluvia de la noche. Por tácito acuerdo los dos hombres empezaron una búsqueda entre los arbustos adyacentes, la mayor parte de más altura que ellos. Y casi en seguida Nugent hizo

otro hallazgo, un sombrero de fieltro gris y ala ancha, empapado y lleno de barro, muy usado y maltratado pero de buena calidad; el forro tenía la inscripción dorada: Winchcroft and Sons, 113 Arundel Street, Portsmouth; dentro del tafilete manchado había tres paquetitos envueltos en papel, sellados con lacre.

—Sin embargo, no pertenece al coronel —comentó Nugent luego de examinar el descubrimiento—. Ni muerto se le vería al coronel con un sombrero semejante.

Algún recelo, sugerido por sus propias palabras, borró la sonrisa del chófer al observar que Gore, con todo cuidado, colocaba de nuevo el sombrero en el lugar donde fue hallado.

—De todos modos me gustaría saber cómo vino a parar aquí —agregó después de rascarse la cabeza—. Lo lógico es que, quienquiera que fuese el dueño, habría sacado esas cosas de adentro antes de tirarlo.

—El que fuere —replicó Gore señalando varios helechos y zarcillos pisoteados, mientras adelantaba entre las enredaderas y los arbustos espinosos— siguió un poco más lejos por este lado.

Después de seguir los rastros diez metros más, se paró de pronto: en la angosta hondonada, entre dos enormes matorrales espinosos, yacía un cuerpo con la cara tan desfigurada que sólo la razón podía asegurarle que era Slogger Margesson.

Capítulo Octavo

LO HABÍAN apaleado hasta el punto de tornarlo irreconocible y borrar toda semejanza con la cara de un ser humano; todos los rasgos individuales desaparecían por la hinchazón amoratada; sólo un fragmento rosado de una placa dental, encajado en la máscara monstruosa, le prestaba una decoración grotesca. Las piernas, otrora fuertes y ágiles del coronel, ya endurecidas, únicamente con violencia podían ser movidas, y aunque su ropa aparecía empapada por la lluvia, la tierra bajo el cuerpo estaba seca. Era claro que había muerto antes de empezar la lluvia de la noche anterior y yacía allí desde hacía cinco o seis horas.

Nugent estaba horrorizado, pero dominaba sus nervios. Fue enviado a toda prisa para telefonar desde la casa a la policía de Cullerton, pero, por lo demás, no decir una palabra a nadie. Gore encendió su pipa, examinó la ropa del muerto sin moverlo, como mejor se lo permitía el lugar angosto donde estaba escondido, observó un bulto en el bolsillo de su sobretodo liviano; debía ser un revólver o una pistola automática. Luego inició una minuciosa inspección de la maleza circundante. Recordaba que Margesson en sus buenos tiempos fue campeón de peso pesado en el ejército, y supuso que en un lugar próximo encontraría la prueba de una refriega desesperada o por lo menos un pedazo de terreno pisoteado con furor. De allí sería posible seguir los rastros del atacado y de los atacantes, porque él estaba seguro de que éstos debieron ser varios y procuraba descubrir cuál había sido su trayecto para llegar y para huir. Sospechaba que Margesson, un peso muerto de 196 libras, debió de haber sido llevado hasta el lugar donde lo escondieron. Aquí y allá pedazos de helechos pisoteados o algún gajo caído de aulaga parecían indicar una pista interrumpida y borrosa.

Pero esta pista, si lo era, desapareció y no encontró más indicios para seguirla. Al volver al sendero, al cabo de media hora de inútiles pesquisas, aceleró el paso al oír que volvía Nugent con la misma prisa con que se fuera.

—Señor, no he podido comunicarme con la policía —dijo jadeando el chófer cuando se encontraron—. La línea está en el suelo.

—¿En el suelo? —preguntó Gore extrañado—. Pero anoche estaba en buenas condiciones, y aquí no hubo viento, ¿no es así?

—Por lo menos que yo sepa, no, señor; pero el cable está en tierra, lo vi yo mismo. Más o menos a mitad de camino hacia el puente que atraviesa el río pasa la línea desde la carretera hasta la casa.

Entonces explicó que al no oír ningún sonido en respuesta a sus varias tentativas de llamar a la central de Cullerton, comprendió que algo anormal ocurría en el aparato, y decidió ir a la escuela para telefonar desde allí. Al bajar por el sendero en dirección al puente encontró el cable del teléfono roto cruzado en el camino. Pensando que a Gore le extrañaría su demora, creyó mejor volver y explicar lo que sucedía antes de seguir su viaje.

—Cosas como ésta siempre suceden cuando uno más necesita el teléfono — comentó afligido—. Bueno, señor, iré a la escuela.

—¿Por qué no usamos el teléfono del *bungalow*? —Sugirió Gore—. Es mucho más rápido. Venga.

—Pero, señor, allí está todo cerrado con llave.

—Espero poder forzar y abrir esa ventana de atrás —contestó Gore—. Vamos.

Con ayuda de un martillo, descubierto en la carbonera, subió la ventana de la cocina haciendo ceder los clavos que la sujetaban; luego, trepando, se metió adentro. Un pasillo central dividía todo el largo de la construcción y llevaba a un pequeño vestíbulo de entrada, donde, como lo suponía, encontró el aparato telefónico. Pero un completo silencio fue la respuesta a sus tentativas de llamar a la central de Cullerton, y la sospecha que atravesó su mente al oír el fracaso de las llamadas de Nugent se convirtió en certidumbre al fallar él también.

Volvió a la ventana de la cocina y mandó al chófer que siguiera el cable desde el *bungalow*, por el camino privado, hasta el límite general, para verificar si estaba intacto en el empalme. Sea como fuere, Nugent debía continuar hasta la Escuela primaria y llamar a la policía desde allí. Si el cable de ésta también estuviese cortado, entonces debía volver a Cullerside en seguida, e ir a la ciudad en su coche.

Mientras Nugent se daba prisa, Gore recogió las llaves caídas debajo de la ventana y se dispuso a pasar de nuevo para afuera con la intención de inspeccionar el gran cobertizo y descubrir si todavía quedaba algo de aquello cuya sola mención despertaba tanto interés en el inspector Granley. Pero al ponerse de costado, para pasar una pierna por el antepecho bajo, su vista se fijó en una silla en que estaban el abrigo y el sombrero. Entonces se detuvo a observarlos.

Ambas prendas eran juveniles, elegantes y nuevas, cosas que una joven jamás olvida por distraída que sea. Gore puso otra vez los pies en el suelo y se acercó a examinarlas más de cerca; luego decidió revisar los bolsillos del abrigo, en uno de los cuales encontró un billete de diez chelines y en el otro un pañuelito bordado con las iniciales J. M.

Evidentemente el sombrero y el abrigo pertenecían a Joan Margesson y era poco probable que los hubiera dejado olvidados. ¿Abandonados, quizá? ¿Cuándo? Aunque la elegancia de las prendas parecía poco apropiada para esos parajes, nunca se comprende la elección que una mujer hace de su ropa para cualquier circunstancia determinada. Con toda probabilidad la señorita Margesson había querido rivalizar en elegancia con aquellas dos jóvenes vistosas de Londres.

Pero al recordar el hecho extraño de que también el teléfono del *bungalow* estaba desconectado, aumentaron de pronto las sospechas ya puestas en juego en su imaginación con el hallazgo del bosque. Eran un sombrero y un abrigo de ciudad, tales como usaría Joan Margesson en un viaje cuyo término fuera Londres. Continuó mirándolos con asombro y creciente duda. ¿Se los había puesto esperando hacer aquel viaje... ayer por la tarde? Luego..., si hizo ese viaje... ¿por qué estaban allí...

sobre esa silla..., ahora..., en la cocina del *bungalow*?

Metió las llaves en un bolsillo, salió de la cocina e instintivamente comenzó una búsqueda que terminó bien pronto, pues al abrir la segunda puerta, que comunicaba uno de los dormitorios con el corredor central, tuvo la solución de su problema. Joan Margesson no había hecho su viaje a Londres; estaba allí, encogida, caída en el suelo del dormitorio, parte de su cuerpo debajo de la cama, descalza y vestida con un pijama de seda azul, coquetón pero ahora hecho jirones, que cubría su cuerpo inmóvil. Sobre la cama yacía otra persona, tan quieta como ella, con su pálida cara mirando para arriba, la ropa y calzado salpicados con algo que a primera vista Gore creyó que era sangre, pero luego individualizó como una mezcla de liquen y hongos.

Horrorizado, echó un vistazo por el vulgar cuartito; mas su moblaje ordinario de campo no revelaba un desorden suficiente como para indicar que hubiera habido lucha. Varias prendas femeninas estaban sobre una silla o colgadas de los ganchos detrás de la puerta; sobre el piso sin alfombra, cerca del ropero, había dos valijas, una de ellas a medio deshacer. El joven echado en la cama estaba completamente vestido, hasta con impermeable sobre su chaqueta de deporte y pantalones de franela, con zapatos sobre los calcetines de colores chillones. No cabía duda de que la cama había sido ocupada antes por la joven Margesson, quien dejara caer un cigarrillo encendido, que se fue quemando hasta hacer un gran agujero en una de las almohadas estrujadas. Su actual ocupante había sido colocado posteriormente en la cama.

Gore adivinó en seguida que los dos eran hermanos; el joven no tendría veinte años; era de poca estatura, de pelo más bien claro que oscuro, exento de toda pretensión de belleza, a pesar de tener facciones algo parecidas a las de su infeliz compañera.

Según la descripción de Margesson, no podía ser Cluffe. Una rápida mirada sobre sus caras magulladas le bastó para advertir que ambos habían muerto en medio de una terrible agonía; su pensamiento voló desde este supuesto parentesco entre las dos nuevas víctimas recién descubiertas, hasta aquella otra hallada entre la maleza del bosque... padre... hijo... e hija... Una matanza..., un crimen hecho con el salvajismo de un loco... El rostro preocupado de Margesson surgía ante él... ¿Era esto la realización de esas pesadillas terroríficas de su esposa, que en la tarde del jueves, con su voz rica y sonora, trató con empeño de atribuir al hábito de la heroína?

Mientras observaba todo y sacaba deducciones siguiendo el proceso de su imaginación, automático en él, se acercó a la cama para obtener de la figura inerte la respuesta que bien conocía. Una vez seguro de que toda ayuda humana era inútil, desde hacía tiempo, para ambos hermanos, dejó el cuadro y continuó la pesquisa en las otras habitaciones del *bungalow*: cuatro dormitorios, sala, comedor, baño, lavabo, cocina y despensa. Algunos cuartos no tenían muebles, sólo un catre, los otros estaban provistos con lo más imprescindible; el desorden de sus últimos ocupantes era bien notorio, pero no había rastros de violencia ni de una partida precipitada. En un dormitorio, que presumía fuera el de Cluffe, encontró gran cantidad de trajes y

artículos masculinos de tocador; varias valijas estaban apiladas en un rincón y dos sombreros y un sobretodo, colgados de la percha del vestíbulo, parecían indicar que si Cluffe se había ido, lo había hecho sin sobretodo y dejando su guardarropa intacto. Prendas femeninas diseminadas por aquí y por allá revelaban una reciente partida: medias corridas, lápiz de labios, cajas de polvo, potes de crema vacíos, algunas revistas ilustradas de modas; una mezcla de humo de cigarrillo y perfume producía un olor acre que impregnaba la atmósfera enrarecida del cuarto.

Por todos lados se veían copas, tazas y platos sucios, botellas vacías, colillas de cigarrillos y ceniceros repletos. Una gran cantidad de sobres sin abrir, que contenían sin lugar a dudas las facturas de los proveedores, llenaban una lata de bizcochos que hacía las veces de cesto de los papeles. Sobre la cama de otro dormitorio, también desocupado, se veían esparcidas en completo desorden sábanas y toallas usadas, un mantel sobre el que habían derramado un tintero, útiles de limpiar zapatos, diarios viejos, discos rajados.

El único hallazgo siniestro que hizo Gore, en su esmerada inspección, fue una caja de lata llena de una gran cantidad de pequeños paquetes lacrados, semejantes a los ocultos en el viejo sombrero descubierto cerca del cuerpo de Margesson. La curiosidad le indujo a guardar uno de los paquetes en el bolsillo. Al volver a la cámara mortuoria oyó golpear con energía en la puerta principal. Al abrirla se encontró con Nugent, jadeante, que llevaba en la mano una linterna niquelada de dimensiones muy poco comunes.

—Pude comunicarme con la policía, señor —dijo el chófer con voz entrecortada—. Vendrá en seguida. Ésta es la linterna del coronel, lo juraría ante cualquiera; la encontré caída al final del camino, me refiero al camino que viene hacia aquí, justo de este lado del puente de que hemos hablado... Allí deben de haber terminado con él; la tierra está muy pisoteada, se diría que un rebaño de elefantes ha pasado por allí. —Nugent se restregó la oreja, perplejo—. ¿Cómo han podido llevarlo hasta donde lo encontramos?... Un señor tan grande y pesado como él... y si se tomaron tanto trabajo para esconderlo, ¿por qué dejaron esta linterna tirada donde cualquiera podía encontrarla y empezar a sospechar? Casi nunca se ve una linterna de este tamaño, ¿verdad? Cualquiera que la encontrara podría...

—¿Qué pasó con el cable del teléfono? —interrumpió Gore.

—Hasta donde pude ver, estaba en buenas condiciones, señor.

Con este dato se le ocurrió revisar el aparato del vestíbulo y descubrió que sólo lo sostenían unas grapas que lo mantenían en posición, pues el cable estaba cortado a la altura de una de las molduras, en su trayecto de salida por la puerta principal. Esto corroboraba que la interrupción de los teléfonos, tanto del *bungalow* como de Cullerside, era debida a un sabotaje premeditado y no a un mero accidente.

Empero Gore tenía sus razones para estar impaciente y desear volver a la casa antes de que llegara la policía. Hizo una rápida inspección del gran cobertizo del fondo, y no encontró más que botellas vacías y una caja de cartón sin nada adentro,

salvo un botón de fantasía. Ordenó a Nugent que no permitiese la entrada a nadie, excepto a la policía, y, sin confiar al nuevo centinela el motivo secreto de su guardia, se marchó a través del bosque.

La sirvienta, ocupada en el vestíbulo en sus quehaceres matutinos, aun cuando sospechara que «sucedió algo», le informó de que quizás la señora de Margesson dormía, porque su doncella, Georgina, no había bajado todavía a pedir el té para su señora, como de costumbre lo hacía a las ocho y media.

Miró su reloj.

—Ahora es justo la media. Dígame..., su nombre es Hetty, ¿no es así? Bueno, dígame, Hetty... ¿hubo ayer un visitante aquí..., para ver a la señora de Margesson? Alrededor de las siete. ¿Un señor..., como de mi edad... con un ojo tapado?

—Sí, señor —replicó Hetty sin dudar—. Pero no puedo decirle quién era, si eso es lo que quiere saber. No quiso dar ningún nombre..., sólo dijo que la señora de Margesson lo esperaba...

—Comprendo. Un señor más bien brusco. ¿Vino más o menos a las siete?

—Un poco antes, señor. ¿Brusco, dijo? Me asustó terriblemente cuando abrí la puerta y lo vi... con su parche negro en un ojo y mirándome con el otro en una forma muy fija y salvaje.

—¿El coronel todavía no había vuelto de Londres?

—No, señor. Regresó un buen rato después.

—Pero ese señor tan salvaje, con el parche negro, ¿estaba todavía aquí cuando llegó el coronel?

—¿Todavía aquí? Ya lo creo que sí. Quienquiera que fuese, le aseguro que el coronel tuvo que echarlo de la casa. Nunca vi a un caballero conducirse como él lo hizo, maldiciendo, blasfemando y dando puñetazos... Él y el coronel tuvieron una buena pelea en el vestíbulo, antes de que el coronel pudiera conseguir hacerlo pasar por la puerta. Se condujo en una forma escandalosa.

—¡Válgame Dios! —Dijo Gore con simpatía—. ¿Serían las siete y media cuando se fue?

—Sí, señor, más o menos.

—¿Usted misma vio la pelea en el vestíbulo?

—Ya lo creo, señor. La criada de comedor y yo estábamos en la escalera. Quisimos saber por qué era la trifulca.

—Es claro. Y ese parche negro... ¿el salvaje señor lo tenía puesto cuando lo echaron por la puerta?

—Sí, señor, lo tenía, pero se le había corrido hacia atrás y el cordón se le había metido en la boca entre los dientes y no se lo podía sacar porque el coronel le agarraba los brazos... La otra criada y yo no pudimos dejar de reírnos de los gestos que hacía al tratar de sacárselo de la boca... Parecía terrible.

—¿Trajo automóvil?

—Sí, señor. Un coche viejo, espantoso como él. Mi compañera y yo pensamos

que debía de ser irlandés por el modo de hablar. —Esta conjetura provocó una sonrisa que animó la curiosidad de la muchacha—. ¿Se ha enfermado el coronel, señor? —preguntó bajando la voz con misterio, que podía transformarse en un adecuado sentimiento de simpatía, si fuera necesario.

—Temo que sí, Hetty —contestó Gore con gravedad.

—¿Está en la escuela, señor?

—¿Por qué pregunta eso?

—¡Oh!, bueno..., pensamos que tal vez podría estar allí.

Pero se traslucía que esta suposición no era tan vaga como lo sugería la respuesta de Hetty. En efecto, Gore supo que desde la cama las dos criadas oyeron al coronel dar el portazo en el vestíbulo y el sonido de la campanilla del teléfono muy pocos minutos antes..., y, sorprendidas por esta salida tan tarde, ambas llegaron a la conclusión de que uno de los profesores de la escuela lo habría llamado para jugar una partida de *bridge*, como lo hacía muy a menudo de noche, aunque nunca a una hora tan avanzada. El descubrir que no durmió en la casa las llevó a creer que se habría enfermado en la escuela y se habría visto obligado a pasar la noche allí.

Mientras la criada estaba dando esta explicación, bajó la escalera con ligereza una mujer joven, simple y poco atractiva, y fijó sus ojos oscuros y adustos sobre la persona desconocida que estaba en el vestíbulo. Por lo visto la doncella de la señora de Margesson no usaba el acostumbrado traje blanco y negro de su oficio; su figura alta y graciosa estaba ataviada con un traje de lana bien cortado. Pasó para adentro de la casa con un brusco «¡Buenos días, Hetty!», a lo que ésta respondió: «¡Buenos días, Georgina!», pero se interrumpió para mirar hacia atrás cuando un coche con frenos chillones paró frente a la puerta abierta del vestíbulo. Al oír el ruido, Gore se volvió y vio bajar a dos personas uniformadas y saludar al ocupante de un segundo automóvil que llegaba detrás del primero.

Con un amistoso «Gracias, Hetty..., siento haberla interrumpido», Gore salió al pórtico al encuentro de los dos oficiales de policía. Éstos lo observaron con atención y luego el mayor de los dos, un Hércules tostado por el sol, se adelantó con calma.

—Supongo que usted es el caballero que encontró el cuerpo —dijo haciendo conjeturas.

—Siento decir que son tres —contestó Gore con gravedad.

El agente Yallow dio pronto pruebas de ser capaz de la tarea que se le confiaba ante la inevitable ausencia del sargento Rendall, libre de servicio en el hospital, con un ojo seriamente herido. Miró fijamente a Gore al sacar su libreta de apuntes, la abrió con lentitud sin quitarle los ojos de encima, y con toda calma le dijo:

—Ha estado usted muy ocupado esta mañana, señor. —Luego, dándole vueltas al lápiz, preguntó—: ¿Su nombre?

Capítulo Noveno

LLEGARON dos automóviles más; uno llevando a un cirujano de la localidad llamado para colaborar con el doctor Brownrigg y el otro con refuerzos policíacos, inclusive un fotógrafo. Como ambos médicos manifestaran el deseo de hacer su trabajo sin demora, Gore dio cuenta lo más brevemente posible de los hechos y de sus descubrimientos: el coronel Margesson, para quien estaba investigando con respecto al inquilino de su *bungalow*, le pidió la noche anterior que fuera a verlo con cierta urgencia, pero sin darle a conocer la verdadera causa de su premura. A su llegada a las seis y cuarto de la mañana y de acuerdo a los informes proporcionados por la servidumbre, se fue al *bungalow* con el chófer a buscar al coronel, pero no lo encontró. Detalló luego los puntos subsiguientes que lo llevaron a encontrar el cuerpo de Margesson: las pisadas, el parche ocular, el sombrero, las señales en la maleza, y pasó a explicar las razones que lo indujeron a entrar en el *bungalow* y descubrir así los cuerpos de los que suponía fueran los dos hijos de Margesson. Con esto el agente Yallow se declaró satisfecho por el momento y el grupo de siete personas rápidamente se dirigió en silencio, de uno en fondo, a través del bosque.

Yallow era un oficial bastante experto y consciente; la experiencia adquirida en dos casos anteriores de asesinato lo había hecho prudente y minucioso respecto a los detalles accesorios. Realizó sus investigaciones en el bosque y en el *bungalow*, con los procedimientos técnicos atinentes, con perfección y eficiencia admirables, sin preocuparse del tiempo que pasaba.

Desde el principio, Gore, que había sido excluido con discreción y firmeza de estas actividades, aun cuando fuera invitado a permanecer con ellos, adivinó que también se lo apartaba en otro sentido. Era claro que la policía poseía una información que los encaminaba a una determinada teoría, por no decir a una convicción definida, con respecto a los tres asesinatos.

La serena impassibilidad del agente Yallow no ocultó del todo su satisfacción al saber que se había encontrado cerca del cuerpo un sombrero que no pertenecía a Margesson y miró a sus colegas con un significativo: «¡Me basta con esto!». Tan significativo como fue el: «¡Exacto!» con que aceptara las conjeturas de los médicos según las cuales Margesson perdió el sentido por golpes, ya sea con un arma sin filo, tal vez con los puños de un asaltante muy fuerte, y luego estrangulado hasta causarle la muerte. La exclamación del doctor Brownrigg, consternado de horror: «¡Santo Dios..., toda la familia!», a la vista de las dos víctimas del *bungalow*, provocó otro intercambio de miradas entre los oficiales. Cualquier dato que Nugent pudiera suministrar respecto al *bungalow*, a sus inquilinos, a sus amigos, a los camiones que lo frecuentaban, era escuchado con atención y se anotaba como correspondía; pero el interés de Yallow volvió en seguida al sombrero y a los paquetitos metidos en el tafilete grasiento; pues los que Gore encontró en el *bungalow* también fueron descubiertos por Yallow y relacionados en seguida con los del sombrero. Además,

ambos médicos comprobaron que el contenido de dos paquetes escogidos al azar era cocaína. El doctor Brownrigg tuvo que reconocer luego, aunque de mala gana, que la cocaína era de uso común para la anestesia local, tanto en animales como en seres humanos. El agente Yallow dijo triunfante:

—Eso es lo que yo pensé, doctor.

La investigación del *bungalow* y de sus alrededores continuó afanosamente y con orden; todo se revisó, se midió, se sacaron impresiones digitales, fotografías y anotaciones con detalles completos; pero ni los trabajadores ni su director hicieron ningún comentario que aclarara nada, y Gore tampoco quiso decir nada. Al saber éste que se esperaba una ambulancia en cualquier momento, quedóse con discreción en el camino que lleva a la carretera principal para observar, antes de que pasara ninguna rueda, el terreno pisoteado que fuera descubierto por Nugent. El hecho fue que encontró espacios con pisadas recientes, uno a medio camino del puente y el otro, de mayor extensión, muy cerca del primero. En ambos casos las huellas eran muy posteriores a la lluvia y al tránsito de vehículos en toda dirección. Las marcas de las suelas y tacones se habían hundido mucho en el barro y en el césped tierno, y la maleza caída en los surcos no parecía haber sido aplastada por las ruedas de algún vehículo pesado.

Pero aunque había impresiones muy claras de dos pares de zapatos, ninguno tenía suela de goma de la clase que habían dejado aquéllas descubiertas sobre los dos rastros de conejo en el bosque. La linterna de Margesson estaba al final del camino al *bungalow*, pero nada demostraba que él hubiera llegado allí.

Mientras Gore continuaba pensativo, apareció por el pequeño puente abovedado un joven vestido con pantalones cortos y chaqueta tejida, el cual, tras breve vacilación, se acercó y se presentó amablemente a sí mismo. Dijo ser uno de los profesores de la Escuela primaria vecina, llamarse Spannett, que había salido a tomar un poco de fresco y regresaba para el almuerzo y sus queridos estudios; luego preguntó con cortesía si Gore había perdido algo.

Gore sonrió amistoso al recordar la alusión de Margesson respecto a un tal Spannett, de la escuela, quien le había narrado la aventura de la lavandera y su amigo en los bosques de Cullerside.

—El coronel Margesson perdió una linterna por aquí —explicó—. A propósito, señor Spannett, le he oído hablar de usted... A veces va a la escuela a jugar al *bridge*, ¿no es así? ¿No lo llamó usted anoche, ya tarde, alrededor de las once?

Spannett negó con su cabeza rubia y despeinada.

—No. En realidad el director sugirió, justo después de la comida, que se le llamara para que viniera, pero yo sabía que estaba en Londres..., así que no le hablamos. ¿Entonces ha vuelto?

—Sí, por desgracia, señor Spannett.

El profesor frunció el ceño por un momento, pero luego reapareció su sonrisa.

—¡Ah! Ahora comprendo... Supongo que estará un poco excitado por esa

excelente linterna suya; está muy orgulloso de ella... Bueno, siento no poder ayudarle a buscarla... Ahí suena esa maldita campana... Adiós...

De regreso al *bungalow* Gore encontró al agente Yallow en una seria conferencia con el doctor Brownrigg y, ante su sorpresa, se le invitó a deliberar. Descubrió que el tema en discusión era la forma de comunicar a la señora de Margesson la tragedia que la despojaba de un solo golpe de su marido y sus dos hijos. El médico era de opinión que si no se le daba la noticia poco a poco y con las mayores precauciones, podría tener gravísimas consecuencias; por lo menos por el momento, era conveniente que ignorase completamente lo sucedido... Yallow, a pesar de ser un hombre simpático, pensaba, como policía, que por encima de toda otra consideración estaba el cumplimiento estricto de su obligación... Era necesario obtener sin pérdida de tiempo cualquier informe, y la señora de Margesson debía de tener que decir mucho e interesante. Estaba enterado de que el coronel Gore era amigo personal del coronel Margesson, y se le ocurrió en el primer instante que tal vez quisiera él... romper el hielo...

Pero el coronel Gore negóse rotundamente a hacer nada de eso. Él nunca fue amigo íntimo del coronel Margesson, y sólo una vez en la vida había hablado con la señora; de esto hacía ya veinticinco años. Estuvo en completo acuerdo con el doctor Brownrigg en ocultarle las malas noticias hasta que su propia familia se las comunicara; ésta debía ser llamada inmediatamente.

—Muy bien, muy bien —aprobó el médico con calor—. Es lo único posible. Le advierto, Yallow, que si usted comete el desatino de decirle a esa infortunada señora que su marido y sus hijos han sido asesinados, lo hará por su propia cuenta y riesgo...

El agente Yallow recibió esta advertencia con respeto, pero con completa serenidad.

—Muy bien, doctor —dijo—. Ya tengo su opinión sobre el punto como médico. En realidad creo que podemos seguir adelante muy bien con lo que tenemos. Ahí viene la ambulancia. ¿Cuándo van a hacer la autopsia, usted y el doctor Hepburn?

—Cuando almorcemos algo —replicó el médico volviéndose—. Antes, no.

Yallow sonrió afablemente a Gore.

—Creo que a estas horas también debe de hacer mucho tiempo que usted tomó su desayuno...

—El último fue ayer... —sonrió Gore.

Una verdadera inquietud ensombreció el rostro hermoso y tostado de Yallow; estaba seguro de que no era necesario retener a Gore por más tiempo. Le recomendó mucho el Stag's Head, tuvo el placer de saber que con toda probabilidad se quedaría esa noche a su disposición, por si lo necesitaba; expresó que las indagaciones no tendrían lugar antes del próximo martes; lo cual creía que convendría al coronel Gore, y finalmente lo saludó con estudiada corrección. Pero su expresión cambió de repente. Levantó el brazo y con un estentóreo; «¡Alto ahí!», se dirigió amenazante hacia una fila de ciclistas, procedentes del pueblo, que avanzaban a pie por la cuesta

entre los árboles, en orden abierto, empujando sus bicicletas a través de las malezas. De una manera o de otra la gente de Cullerton había llegado a saber lo sucedido en Cullerside. Era un sábado por la tarde.

«Bueno, ahí estaba la cosa», pensó Gore, al alejarse de la casa siniestra. En resumidas cuentas había perdido un trabajo y un fin de semana divertido y agradable. Yallow parecía tener una idea clara del camino a seguir; de todos modos, lo que hiciera o dejara de hacer no les incumbía a Gore y Tolley. Empero... al llegar al pueblo se dirigió al correo, y como el inspector Granley no estuviera en ese momento en Scotland Yard le dejó un mensaje por intermedio de un subalterno, asegurándose así de que Cluffe y sus últimos huéspedes del *bungalow* recibirían la atención oficial merecida; cruzó la calle y se trasladó al Stag's Head.

El almuerzo había terminado hacía una hora. El digno mozo principal dijo señalándole un dormitorio del siglo dieciséis: «Es lo mejor que podemos ofrecerle a usted, señor», y mientras se servía un almuerzo improvisado cerca del fuego, Enrique le informó de que toda la ciudad hablaba de un asunto espantoso, sucedido durante la noche en un lugar muy cercano; y aunque no tenía la menor sospecha sobre la intervención del nuevo huésped en el descubrimiento, lo entretuvo, mientras iba y venía, con los detalles que le parecían más interesantes y dramáticos.

A Enrique no le interesaban mucho los asesinatos y cosas parecidas; por eso sus referencias sobre la conmoción del vecindario y los rumores que corrían las hacía con tono indiferente. Conocía de vista al coronel Margesson, como todo el mundo; a sus hijos tal vez demasiado bien porque eran clientes muy asiduos, aunque indeseables, del hotel. En efecto, la señorita Margesson estuvo allí con algunos amigos el último miércoles por la tarde; Enrique sentía tener que decir que se habían comportado en tal forma que el dueño se vio obligado a echarlos del salón. La pobrecita hubiera sido bastante buena si su madre la hubiese vigilado como es debido, como se debe hacer con las hijas; pero la señora era una inválida, y le permitía andar con... amigos muy extraños; una gran lástima, y ahora ¡qué final! La encontraron muerta, asesinada, casi desnuda, según dijeron, en un *bungalow* frecuentado por ella y sus amigos. Sus andanzas fueron el comentario de todo el vecindario. Y su hermano, ese pobre muchacho pálido y tonto, también asesinado junto a ella... No era más que un mozalbete ya descarriado por esos dos... Enrique siempre decía que los dos sujetos eran verdaderos sinvergüenzas, dos aduladores londinenses muy zorros. Se llamaban Radville y Bethune. Todo el mundo se preguntaba qué habría sido de ellos y de aquellas dos mujeres engreídas que los acompañaban. Algunos creían que los habían detenido en Plymouth. Pero decíase que estaban deteniendo a toda clase de gente...

Cuando Gore pasó al salón para tomar su café, Enrique le preguntó si, de paso, quería firmar el registro en el vestíbulo. La mirada del huésped fue a caer en una firma larga escrita sobre la raya que separaba el 30 de septiembre del 1º de octubre.

—O'Malley-Martin —comentó—. ¿Está parando aquí el coronel O'Malley-Martin?

—Se quedó anoche, señor; pero se fue esta mañana temprano. ¿Es amigo suyo, señor?

—Sí; aunque hace mucho que no nos encontramos; siento no haberlo visto. Veo que ahora vive en Bournemouth. Quisiera... ¿sabe usted por casualidad cuál es su dirección allí?

Pero el coronel O'Malley-Martin nunca había estado antes en el Stag's Head. Gore continuó su camino al salón.

—Creo recordar que el coronel O'Malley-Martin perdió un ojo en Francia —dijo pensativo cuando llegó el café—. Supongo que ahora tendrá un ojo de cristal.

—No, señor. Por lo menos no lo usó mientras estuvo aquí.

—¡Ah! Entonces usara un parche ocular.

—No, señor; ¿cree usted que un hombre tan feo usaría un parche? Me imagino que ya está acostumbrado y no se preocupa en lo más mínimo de lo que piensan los demás; es un poco de lo que se llamaría de mala calaña. ¿No es cierto? No le importa nada de la gente ni de lo que digan.

—¿No? —sonrió Gore animándolo a proseguir. Y Enrique describió cómo el coronel O'Malley-Martin llegó la noche anterior en su automóvil alrededor de las ocho; breve y conciso, tomó una habitación para pernoctar; pidió emparedados y un buen *whisky*, insistió en que fuera de marca irlandesa, y permaneció retirado, probablemente en cama, hasta medianoche. Entonces reapareció de repente, arregló su cuenta y se fue con la valija en su coche. Regresó cerca de las dos. Volvió a tomar su habitación sin hacer comentarios y ordenó que lo llamasen a las cinco de la mañana. Muy poco después de esa hora tan intempestiva se fue de nuevo en su coche. Enrique creía que el coronel O'Malley-Martin tuvo algún accidente entre su primera partida y su segunda llegada; pues el sereno, al abrirle el garage y verlo salir de la casa, notó que los guardabarros estaban muy abollados. Él también parecía golpeado, pues cojeaba, y al dar marcha atrás al coche, para sacarlo a la calle, aparentaba estar nervioso.

Otra vez desapareció Enrique, y Gore se puso a meditar mientras sorbía su excelente café. Esta reaparición del primer marido de la señora de Margesson era un asunto curioso de por sí; y más curioso aún si se consideraba que por pocas horas precedió al asesinato del segundo marido. Gore tuvo este pensamiento cuando vio el parche ocular en la mano del hojalatero. En seguida adivinó que pertenecía al visitante de la tarde anterior en Cullerside y se formuló la pregunta inevitable: ¿Qué llevó a O'Malley-Martin a esa parte del bosque de Cullerside y cuándo fue allí? Aquella idea volvió a su mente al escuchar las respuestas de la tranquila Hetty a sus preguntas sobre el visitante. O'Malley-Martin salió de la casa con el parche puesto, por el camino privado de Cullerside, única salida para automóvil. ¿Cómo llegó a perder su parche en un sendero donde no pasa ningún coche y en dirección opuesta al camino particular?

Ahora... ¿qué le habría pasado a O'Malley-Martin con su parche? Llegó cerca de

las ocho al Stag's Head, luego de haber salido a las siete y media de Cullerside, a un par de millas de distancia, sin su parche ocular... Ya estaba oscuro. De todos modos nada llamaba la atención en ese sendero a través del bosque..., en apariencia no conducía a parte alguna, excepto al *bungalow*.

O'Malley-Martin siempre fue un sujeto extraño, de proceder imprevisos; pero nunca actuaba, por lo menos a su criterio, sin un motivo suficiente. ¿Qué diablos lo llevó la noche anterior a cometer tales actos y en aquella forma? Habría tenido un choque, por la carretera de Ockenford, puesto que era su camino para Bournemouth. Por lo visto, el viaje a Londres fue una resolución de la mañana...

Sería una singular coincidencia... que O'Malley-Martin viajase por la carretera de Ockenford en el preciso momento que en el bosque paralelo al camino, río por medio, su sucesor en el afecto de la bella Enid era brutalmente golpeado y estrangulado; cuando la hija de este último, y tal vez su hermano también, había sido...

Otra coincidencia extraordinaria..., si se recordaba ese incidente en el vestíbulo de Cullerside sólo pocas horas antes, el lugar donde fue hallado el parche, la cojera y la nerviosidad...

Muy extraño, pero siempre suceden coincidencias curiosas.

Gore tanteó sin éxito sus bolsillos, se levantó, fue al vestíbulo, y sacó de su impermeable colgado allí varios pequeños objetos: una cigarrera, una pipa y la tabaquera, fósforos, un paquetito lacrado y, con sorpresa, pues no recordaba haberlo metido en el bolsillo, un pedazo de tarjeta muy sucio y estrujado. Buscó un receptáculo para tirarlo, pero, no encontrando ninguno, volvió a su asiento con sus demás cosas y abrió su cigarrera, la que encontró vacía. Sólo entonces recordó su largueza con el hojalatero y su decisión de buscar una nueva remesa de cigarrillos para guardar en su valija, al entregar el parche al agente Yallow. Pero su tabaquera estaba llena. Filosóficamente prendió su pipa y reanudó sus interrumpidas meditaciones.

Casi en seguida reapareció Enrique con un celo menos ceremonioso.

—Señor, si usted se interesa en el asunto del asesinato, creo que la policía ha detenido a alguien; por lo menos me han dicho que todo el mundo lo cree el asesino; de todos modos, un agente de policía lo lleva por la calle... venga a ver, señor; un gentío los va siguiendo.

Gore se levantó y fue hasta la entrada, curioso de saber quién era el sospechoso. Comprobó que un hombre grandote, de breeches y polainas, y seguido a prudente distancia por una multitud compuesta casi por entero de muchachos y chicas que se burlaban, silbaban y gritaban insultos, iba con escolta de protección y no detenido, pues el agente se retardaba algunos metros y a intervalos se detenía para atajar las demostraciones con una mirada severa y amenazante. Luego el hombrón, evidentemente medio borracho, se metió en un automóvil grande y arrancó en medio de una silbata.

—¿Quién es el señor con polainas? —preguntó Gore.

—Un sujeto llamado Bryant —repuso una voz afable detrás de él. Al volverse notó que Enrique había desaparecido y que allí estaba uno de los otros huéspedes del Stag's Head con quien antes se había encontrado en la escalera.

—Es un veterinario —prosiguió el extraño conversador—. Lo acosan porque lo creen culpable de lo de anoche. Tal vez tengan razón. Es un individuo bastante grosero. ¿Entonces, señor, usted es forastero?

Con sus ojos raros, de cejas muy pobladas que sombreaban su mirada penetrante, hizo una rápida apreciación de Gore, y lisa y llanamente se formó una opinión favorable de su persona. Con amistosa facilidad se embarcó en una narración vívida y animada del encuentro entre Bryant y el viejo Margesson, de que todo el pueblo fue testigo, el miércoles anterior. Luego relató la historia de la muerte del gato con gran lujo de detalles, recogidos en las fuentes más fidedignas, según le aseguró a su interlocutor. Desde aquel día Bryant andaba contando por todas partes lo que le iba a hacer a Margesson la próxima vez que lo encontrara. El señor Birmingham, ése era su nombre, dejó la colilla del cigarro que había estado fumando y expectoró con gran fuerza.

—Bueno..., tal vez hizo lo que dijo que iba a hacer, o algo de ello... Tal vez no. No sé. Yo también soy forastero, como usted; estoy por pocos días, por un pequeño asunto que tenía que vigilar. Sólo le cuento lo que he oído en el pueblo y en el bar.

—Lo que me llama la atención —comentó Gore— es que si el coronel pudo dominarlo con tanta facilidad una vez...

—Bryant estaba entonces demasiado borracho para una pelea. Si hubiera estado fresco... Le diré... Ese golpe en la mandíbula que le dio Margesson lo serenó un poco, y necesitaron tres grandes polizontes para llevarlo a la comisaría. Lo vi con mis propios ojos. Uno de ellos, el sargento, salió tan mal parado del asunto que todavía está en el hospital. He oído que va a perder un ojo. No es necesario decirle que si los polizontes pueden, lo tomarán por su cuenta. Le aseguro que es capaz de haber hecho aquel trabajo. Sé positivamente que lo han visto anoche por aquellos parajes; lo vieron a las doce y otra vez de regreso a las dos, dejó su bicicleta en la zanja. Ha pedaleado mucho desde que le retiraron el permiso de conducir. Empero, uno es inocente hasta que no se pruebe lo contrario, ¿no es así? ¿Se queda mucho por aquí?

—Sólo esta noche —contestó Gore.

—Más que suficiente para esta aldea de peleadores, a menos que algo lo detenga —dijo Birmingham convencido. Se volvió para saludar a un conocido que detenía su automóvil y se acercaba a la entrada quitándose los guantes de sus grandes manos.

—Buenas tardes, señor Purefoy. ¿Se ha puesto hermoso, no? ¿Ha venido para la feria de caridad en la vicaría? ¿Se abre esta tarde?

—Sí —afirmó placentero el recién llegado, deteniéndose a mirar la calle con sus hermosos ojos de largas pestañas—. ¿A qué se debe toda esta agitación?

Birmingham echó las últimas bocanadas de humo del resto del cigarro que había

dejado a un lado.

—¿Entonces no sabe la novedad?

—¿Novedad? —Repitió Purefoy—. ¿Cuál...? ¡No me diga que Hitler ha invadido a Checoslovaquia!

Gore sonrió y regresó al salón, le pidió a Enrique más café y unos cigarrillos y abrió el Daily Telegraph que estaba en una mesa próxima: Pero luego de hojear los títulos lo dejó caer sobre las rodillas. Enrique le llevó el café y los cigarrillos y se puso a considerar los informes que acababa de darle el huésped charlatán. Aparte de cualquier otra suposición sobre el espantoso fin de Slogger Margesson, se estaba obligado a creer que había sido muerto por un asaltante de fuerza poco común y muy probablemente de una ferocidad insana, sin el empleo de otra arma más que las manos del asesino, en lo cual estaban de acuerdo también los médicos. No existía duda de que los jóvenes habían sido muertos, si no al mismo tiempo y en el mismo lugar, por lo menos por las mismas manos. Todo, pues, apoyaba la conjetura de que los tres asesinatos eran la venganza de una injuria fatal infligida por Margesson al asesino. Este sujeto Bryant encuadraba en el panorama del crimen con exactitud convincente; era bruto, grande, violento, muy bebedor; sus medios de vida fueron cortados de un golpe, precisamente por causa de Margesson... Parecía casi seguro que anduvo por los alrededores de Cullerside entre medianoche y las dos de la mañana.

A primera vista el asunto se presentaba bastante feo para Bryant. ¿Pero qué había sucedido con Cluffe? ¿En qué momento salió en su automóvil dejando sus cosas detrás de él, y al parecer mientras quedaban también los jóvenes Margesson en el *bungalow*? ¿Por qué se habrían de quedar después de su partida? ¿Cómo podía saber Bryant que Cluffe se había ido y dejado a los otros dos y que Margesson iría al *bungalow* en aquella precisa noche y a la hora exacta?

Gore recogió abstraído sus cosas, y al meterlas en los bolsillos observó la tarjeta estrujada, la estiró y nuevamente se puso a estudiar el mensaje prosaico. Estaba por echarla al fuego cuando tuvo otro pensamiento: a pesar de estar arrugada y retorcida se veía que ninguna rueda le había pasado por encima aunque la encontraron tirada en una rodada profunda por la que, dada la estrechez del camino y el ancho y profundidad de aquellas rodadas, inevitablemente debía pasar todo vehículo que fuera al *bungalow*. Por consiguiente, la tarjeta fue a dar allá después de la partida de los camiones. Para ir y volver del cobertizo del fondo debían pasar por el lugar donde la encontró, justo frente al sendero que lleva a la puerta principal del *bungalow*. Si al retirarse alguien la hubiese tirado del pescante de uno de los camiones, no era posible que cayera en la rodada.

Luego, era evidente que fue a dar a la rodada después que se fueron los camiones y sus hombres. Pero alguien la había tirado, o ¿a quién se le habría caído? Era obvio que estuvo atada a aquellas dos llaves que abren la puerta del tinglado y éstas estarían en alguna parte donde las encontraría con facilidad a su llegada la gente de los

camiones, casi seguro en la cerradura de la puerta del cobertizo. Después de utilizarlas y cerrar, las tiraron por la ventana de la cocina, siguiendo las indicaciones de la tarjeta. Sin lugar a duda no eran ellos los que dejaron caer el trozo de cartulina en la rodada; para eso no se habrían molestado en desatarlo de las llaves, y si lo hubiesen hecho, o se hubiera desprendido por casualidad, lo hubieran arrojado o habría caído al suelo entre la puerta del cobertizo y la ventana de la cocina, a treinta o cuarenta yardas del lugar donde lo encontraron. En conclusión, alguna persona se tomó el trabajo de sacar el pedazo de cartulina de donde lo dejaron después que se fueron los camiones, y casual, deliberada o inconscientemente lo dejó caer en la rodada...

¿Quién hizo eso y por qué? Se hacía evidente la gran importancia de las respuestas precisas a todas estas preguntas.

Alguien tuvo interés en asegurarse de que la gente de los camiones creyera que no había nadie cerca del *bungalow*, ni dentro tampoco; en todo caso, él, ella o los que estuvieren no deseaban ser molestados. Otra vez... ¿Quién y por qué?

Los camiones se fueron poco después de las once de la noche. Al parecer, Bryant fue visto alrededor de las doce por la carretera de Ockenford, muy probablemente pedaleando su bicicleta o llevándola de la mano, cerca de hora y media después de que fuera escrito ese mensaje con tanto cuidado.

¿Cluffe? Casi seguro que se fue en su Bentley. El mismo razonamiento sobre las ruedas de los camiones servía para las del automóvil; en consecuencia quedaba descartado él también del hecho de haber tirado la tarjeta.

Si no era Bryant, ni Cluffe, ni la gente de los camiones, ¿quién sería? Gore se convenció de que el autor del mensaje y el que lo arrojó eran una misma persona. Cualquiera que fuese, estuvo en el *bungalow* antes de que llegaran los camiones a las once, y también después que se fueron; probablemente adentro, confiando que el mensaje evitaría que lo molestaran. ¿Por qué?

Esa pregunta tenía una respuesta muy clara. Cuando llegaron los camiones, la chica de Margesson y su hermano estaban muertos en el *bungalow*; la persona en cuestión sabía que irían y tomó sus consiguientes precauciones. Luego que se hubieron retirado salió, encontró el pedazo de tarjeta tirado cerca del cobertizo, lo recogió, lo estrujó entre sus manos, fue hasta el camino para cerciorarse de que los camiones habían tomado la carretera principal y, una vez terminada su faena, arrojó la tarjeta. Una acción peligrosa y tonta..., pero aunque reconociese su imprudencia recordaría que tuvo la precaución de escribir en letras de imprenta.

Era difícil de imaginar cómo Bryant podría saber que llegarían los camiones... Pero Cluffe lo sabría desde luego... Si fuera él el autor de las instrucciones, debió de haber escondido su automóvil antes de que llegaran... Tal vez lo habría llevado antes a la carretera, dejándolo estacionado en algún lugar seguro; habría vuelto al *bungalow* para estar en el lugar y despistar en alguna forma a la gente de los camiones si la curiosidad los llevaba a averiguar demasiado... Una vez retirados, habría podido

continuar su obra: atraer a Margesson al *bungalow*, tal vez llamarlo por teléfono, y decirle que su hija rebelde estaba allí...

¡Por Dios! ¿Qué motivo concebible podía tener Cluffe, solo o con ayuda, para querer asesinar a Margesson o a su hijo? ¿Y su hija...? Uno podía imaginarse a un calavera de su calaña matando a una chica a quien puso en apuros y que lo incomodaba. Una clase de crimen bastante común. Pero los otros dos, el padre y el hermano...

Estaba por completo fuera de cuestión que un hombre del tipo de Cluffe, tal como lo describiera físicamente Kestheven, pudiese matar, solo, a Slogger Margesson en la forma que lo habían muerto...

El coronel Gore tuvo una noche de insomnio, una larga y penosa mañana y un excelente almuerzo, a pesar de las excusas de Enrique. Era inútil construir teorías con datos tan inadecuados. Miró por un momento con pereza la tarjeta sucia, la dobló cuidadosamente por sus anteriores dobleces, la metió en el bolsillo y luego se desperezó al pensar qué podría ofrecerle Cullerton para ocupar el resto de la tarde. Conocía a varias personas establecidas en esa parte de Devonshire, agradables muchas de ellas; pero ninguna a un alcance cómodo de Cullerton. De todos modos no se sentía con deseos de hacer visitas. Echó una mirada al sol radiante visible a través de las puertas del vestíbulo. Era una pena quedarse encerrado en una tarde tan deliciosa.

Capítulo Décimo

EL CHARLATÁN personaje de las cejas pobladas y su amigo habíanse quedado conversando en la entrada, comentando sin duda el caso de Cullerside. Luego pasaron al vestíbulo y se inclinaron sobre una mesa en que había un registro, abierto a la espera de nuevos huéspedes. El hombre de las cejas señaló hacia las páginas, su compañero las observó unos momentos, y ambos miraron hacia adentro en dirección a Gore, al identificarlo por la última firma. Se dirigieron con lentitud al salón, y entablaron una pequeña discusión. El apuesto señor de barbita acicalada y corbata de artista deseaba tomar café antes de ir a la venta del Club de Artes y Oficios. Su acompañante procuraba persuadirlo de que subiera a su cuarto, donde se podría reforzar el café con una copita de algo agradable. Purefoy declinó la invitación en tono terminante. Luego se separaron; uno se sentó en el salón, al lado del fuego, y el otro desapareció para disfrutar de la agradable copita, solo en su cuarto.

A pesar de su excelente inglés, Purefoy hablaba con un ligero acento extranjero. Ciertos adornos de su atavío, junto con su barba y sus largas manos elocuentes, parecían confirmar la primera impresión de Gore: que su apellido, poco común, tal como lo pronunciaban su amigo de las pobladas cejas y Enrique, era la versión inglesa de uno de origen exótico. Era gálica, sin duda alguna, la amable cortesía que le demostraba al único ocupante de la sala después de saludarlo con un sonriente «¡Buenas tardes!». Gore le contestó al principio con esa alegre afabilidad que emplean los anglosajones como medio de entrar en conversación con los forasteros.

Pero esta conjetura le falló. Después de aludir a las noticias recientes.

Purefoy pasó a la situación internacional, respecto a la cual se confesaba pesimista. Hitler llevaría a cabo lo que estaba preparando desde hacía tres años.

—En cuanto a la idea de que lo podremos persuadir de no hacerla... me parece algo patético.

Gore enarcó una ceja.

—Persuadir; hace mucho tiempo que no oigo esa palabra —comentó.

Purefoy hizo un gesto con una mano.

—¡Oh! Es una palabra muy expresiva. Aquí está mi café. Venga, Enrique. Vea que le prometí muy en serio al señor vicario ayudarle a recibir a *lady* Rowbourne.

Mientras bebía su café humeante con cierta prisa, explicó a Gore que la venta a la cual asistiría era un acontecimiento anual en beneficio del hospitalito local; no era una simple subasta, sino más bien una extorsión descarada. Se vendían toda clase de cosas inútiles, incluso sus propios pintarrajos. En pro de una obra tan meritoria sugería que Gore gastara por lo menos un chelín en una entrada. Los jardines de la vicaría quedaban a menos de cinco minutos a pie.

Al oír la palabra «pintarrajos», Enrique protestó.

—Señor —le dijo a Gore—, este caballero pinta para la Academia de Londres. Vaya usted a ver sus pinturas en la venta y después sabrá a qué llama «pintarrajos».

Gore no era ninguna autoridad en arte ni en artistas; pero ahora recordaba vagamente el nombre de Purefoy como uno de los que siempre figuraban en cualquier anuncio de una exhibición de arte. El acento atractivo y los gestos elocuentes de Purefoy eran puro amaneramiento estudiado y aplicado, lo mismo que la palabra «persuadir», para causar efecto.

El artista terminó su café y recogió los guantes y el sombrero de alas anchas.

—¿Vendrá usted? Sí, ya sé que vendrá. Puede estar seguro de que nunca gastará un chelín por una causa mejor.

—¡Bueno, bueno! —Rió Gore—. Temo, señor Purefoy, que esté usted tratando de «persuadirme».

Esta respuesta pareció desorientar por un momento a Purefoy.

—Creo que no lo elegiría para ninguna experiencia de esa clase, señor —contestó secamente. Luego, sonriéndose, añadió—: Pero venga usted. Verá todo lo importante de la localidad, incluso una condesa. Tal vez compre un camisón de franela por una bicoca.

Salió de prisa saludando con la mano y diciendo un animoso: *A bientot...* El amigo de cejas profundas reapareció en el vestíbulo; pero Purefoy estaba demasiado apremiado para detenerse, así lo dijo con un revoloteo de sus guantes.

—Le aseguro que vale la pena echar un vistazo a sus obras —sugirió Enrique mientras recogía las tazas de café—. Hace toda clase de dibujos y pinturas; es maravilloso cómo en un momento dibuja a cualquiera sobre el revés de un sobre o en el dorso de la cuenta. Espere un poco y le mostraré uno de los croquis que hizo el otro día en esta misma sala. Es un retrato bastante curioso de aquella pobre criatura asesinada. El dibujo se lo dio a la señorita Mowlem, la que atiende el bar, porque deseaba tenerlo. Se lo pediré..., discúlpeme un momento, señor.

Volvió a los pocos minutos acompañado por la señorita Mowlem.

—Lo siento —se disculpó ella—, pero me parece que está bastante estropeado. Se lo enseñé a la pobre señorita Margesson, fue una tontera de mi parte, más pensé que tal vez le haría bien verse cómo se ponía..., bueno..., cuando había bebido demasiado... Ella me lo arrancó de las manos, lo estrujó y lo tiró a la palangana que yo pensaba utilizar para refrescarle la cara. Empero, cualquiera que la haya conocido se dará cuenta de que es ella.

En cualquier forma, Gore sabía lo suficiente de arte como para comprender que estaba delante de una obra maestra: una de esas realidades simples, de una sencillez significativa, interpretada sin esfuerzo, en breves trazos llenos de vida, que causan la desesperación del aficionado.

En pocos trazos, pronto y sin errores, Purefoy había escrito una tragedia; o por lo menos el primer acto. Debajo del croquis de Joan Margesson, sobre sus iniciales y la fecha, puso las palabras: *Et apres?*

—Sólo lo he conservado —dijo la señorita Mowlem— porque me daba pena destruirlo; pero su vista me es insoportable. En especial ahora... Se puede decir que

estaba escrito en su cara que le iba a suceder algo terrible. Recuerdo haberle dicho al señor Purefoy cuando me lo enseñó aquel día, fue el miércoles pasado, que era perverso de su parte dibujarla en un momento así; pensaba tirarlo al fuego cuando vino Enrique a decirme que un señor deseaba verlo; ahora quisiera no habérselo mostrado a ella; pero sólo lo hice por su propio bien, se lo puedo asegurar.

Gore observó con simpatía la cara bonita y preocupada.

—Estoy bien seguro de ello, señorita Mowlem. Pero no lo tirará al fuego, ¿no es cierto?

—Ahora no lo quiero conservar —replicó la camarera—. ¿Le gustaría tenerlo? Se lo doy, si quiere.

Gore aceptó el ofrecimiento con sincera gratitud. Una vez que se retiró la señorita Mowlem, subió a su habitación, y luego de examinar detenidamente el obsequio, lo guardó bajo llave en su valija. Al volver al vestíbulo encontró a Enrique esperándolo.

—Señor, he podido conseguir la dirección del coronel O'Malley-Martin. Esta mañana, antes de irse, escribió un telegrama en el libro del sereno para una señorita O'Malley-Martin, supongo será su hija; le decía que iría a Londres, pero que no lo esperara hasta mañana por la noche. Como el correo no estaba abierto a esa hora, lo escribió en el libro del sereno para que éste lo despachara en cuanto se abriera la oficina.

Gore apuntó la dirección —en Bournemouth—, devolvió el libro a Enrique, le dio las gracias, pidió las indicaciones necesarias para llegar a la vicaría y se encaminó hacia allí. Un artístico cartel señalaba sobre la cabaña de madera el lugar del Club de Artes y Oficios de Cullerton; encontró al vicario explicando a un pequeño grupo de concurrentes madrugadores que, con gran sentimiento, había sido necesario suspender la inauguración de la venta hasta el próximo sábado. *Lady Rowbourne* en persona telefoneó para sugerir esta señal de duelo y respeto. El vicario estaba seguro de que todos lo aprobarían no obstante el viaje inútil de muchos patrocinantes de la venta, algunos desde lugares muy lejanos. Todos sabían el gran interés y generosidad que Margesson demostrara en la admirable obra desarrollada por el hospital; la terrible tragedia que había conmovido al pueblo y arrancaba a Margesson de ese ambiente, en la flor de la vida, hacía imposible pensar en una función social a la cual estuvo ligado tan íntimamente desde su llegada al pueblo, por laudable que fuera su finalidad.

Los coches seguían llegando, la multitud aumentaba. El vicario iba de grupo en grupo repitiendo su pesar y excusas con una paciencia a toda prueba. Un trabajador, en mangas de camisa, apareció con un letrero de fabricación casera anunciando: «POSTERGACIÓN DEFINITIVA DE LA VENTA HASTA EL SÁBADO 8», y lo ató a un árbol al lado de los portones. Poco a poco se desocuparon los jardines, y se cerraron los portones; el vicario vio a Gore y, secándose la frente bondadosa y preocupada, se dirigió resignado a él.

—¡Ah... eh...! Hemos tenido que postergar la venta.

Purefoy apareció por la puerta de la cabaña e intervino agradeciendo.

—¡Oh, cuán amable por haber venido! Siento haberlo atraído con un falso pretexto. Creo que comprenderá... ¿Se queda por mucho tiempo?

—No. Me voy mañana por la mañana —contestó Gore—. Pero lo comprendo muy bien. Aunque deseaba mucho ver algunas de sus obras...

—¡Ah, bueno! —Lo consoló sonriendo el vicario, secándose aún su frente mientras se dirigía a la vicaría—, esperemos que otra vez... —Por unos momentos Purefoy lo miró irse y luego guiñó el ojo con picardía.

—Venga. Se ha ido a preparar el sermón de mañana sobre el pobre Margesson. Además me puede pagar el chelín a mí. Estará en buenas manos; usted puede mirar sólo mis obras maestras; siempre me gusta cumplir mis promesas.

Era tan imposible resistir su sonrisa encantadora, como calcular si tendría veinticinco o cuarenta y cinco años. Gore lo siguió a la cabaña y examinó con sincera admiración las seis acuarelas y la docena de curiosos dibujos con que contribuía a la variada exhibición. Según Purefoy todos los dibujos eran croquis de conocidas personalidades locales, y varios de los mismos, caricaturas.

Gore elogió calurosamente sus obras, y el artista, satisfecho, no ocultaba el placer que le producía aquella apreciación favorable.

—Veo que prefiere los dibujos. Tiene razón. La belleza, el color, la forma, el material, todo eso significa relativamente poco para mí. Por eso soy un pintor mediocre. A mí me interesa profundamente la lucha eterna y universal con el mal, ésa es la vida real. Siempre se oculta, pero está en todo, en cada cosa y en cada persona. Cuando observo otro reflejo, lo anoto antes de que desaparezca y me siento feliz de lograr lo que quise. Además, no lo hago del todo mal. Así que mis dibujos no son tan despreciables... Pero lo estoy cansando...

—En absoluto —le aseguró Gore inclinándose para escudriñar más de cerca uno de los croquis—. ¿Con qué están hechos? ¿No es al lápiz?

—Sí, una especie de lápiz, carbonilla. Es mi instrumento favorito. Hay de todas clases. —Purefoy sacó un surtido completo de su bolsillo y se lo mostró—. Siempre llevo una provisión conmigo: la prefiero al lápiz, no me gusta el brillo del grafito y con éstas no hay peligro.

—¿Es algo semejante al pastel?

—Sí, pero de un negro más agradable; no tan castaño en los tonos claros.

—¿No se emborriona?

—Un poco, si se toma el dibujo sin cuidado. Pero se puede cubrir con un fijador... ¡Hola! He aquí a una de mis víctimas...

Un hombre grande, en breeches, cuya corpulencia tapó la luz de la puerta, y que osciló por unos momentos sobre sus piernas, se les acercó pesado e inseguro. Su aspecto feroz, de carrillos grandes y ojos de cerdo, se hacía aún menos atrayente por las rozaduras y magullones sobre su cara flácida y barbuda.

—¡Ea! —Gritó con pesadez—, ¿qué sucede? ¿Hay ahora una venta aquí?

—Ha sido postergada, señor Bryant —explicó Purefoy.

—¿Postergada? ¿Por qué?

—A causa de la muerte del coronel Margesson.

Bryant echó atrás su cabeza con una risotada insolente y después se adelantó agresivo hacia el artista.

—¿Qué diablos tiene que ver eso con la venta? Es a beneficio del hospital, ¿no es así? ¿Qué tiene que ver ese degenerado de Margesson con el hospital? Todo lo que hizo fue conseguir que su esposa firmara un cheque, meterlo en un sobre y mandarlo como si el dinero fuese suyo... ¡Escuche...! Hace veinte años, sin dejar uno, el primero de año he mandado un cheque de veinte libras al tesorero del hospital, dinero ganado por mí, con mi duro trabajo, y no debido a una mujer que me mantiene. ¿Pero usted cree que si mañana un caballo me diera una patada en la barriga y me volteara, cree usted que ese vicario farsante y charlatán se tomaría siquiera el trabajo de dejarle una tarjeta a mi esposa? No lo espero... Bueno..., si usted dice que no hay venta, supongo que no la habrá...

Al retroceder hacia la puerta Bryant se detuvo.

—Y su perro, ¿está bien ahora?

—Afinado como un violín, gracias —contestó Purefoy.

—¿No supo nada más de aquel vagabundo que atacó?

—No. Dudo de que me vuelva a incomodar.

—¡Hum! Es extraño que no le exigiera indemnización.

Cuando desapareció de la vista el antipático entremetido, Purefoy se encogió de hombros, expresivo y sonriente.

—¡Pobre diablo! ¡Qué chasco! Es muy probable que haya venido a la venta sólo para demostrar que no le importa un comino lo que la gente diga y piense de él. Es un poco desconcertante su aparición en esta forma..., no se sabe qué pensar de estos rumores. Personalmente estoy un poco obligado... porque hace un par de meses me prestó un gran servicio. Un vagabundo que rondaba mi casa mientras yo no estaba lastimó seriamente a mi perro. El animal consiguió tener al sujeto agarrado hasta mi llegada..., pero se le rompió una pata y se le estropeó el lomo. Al principio Bryant creyó que quedaría paralítico y sería necesario sacrificarlo. Sin embargo, consiguió salvarlo; debo reconocer que fue la bondad misma con el perro, y usted sabe cómo se aprecia una cosa de esa clase. En consecuencia debo decirle que estoy más bien prevenido en su favor...

Cuando el vicario apareció afanoso en busca de su estilográfica, Gore dejó a Purefoy para que lo ayudara a encontrarla, y abriéndose paso a través del gentío bullicioso de los sábados por la tarde en Bridge Street, se dirigió a la policía, donde encontró en su puesto al agente Yallow.

—Como buen tonto, esta mañana me olvidé de darle esto —explicó—. Me pareció mejor venir a traérselo. Uno nunca sabe...

Yallow estaba un poco malhumorado porque había llegado a Exeter un inspector

con varios hombres del Departamento Central de Investigaciones, para hacerse cargo del caso con una brusquedad innecesaria. Al tomar la tarjeta arrugada y escuchar su historia su rostro se ablandó con una sonrisa amistosa.

—Muy amable de su parte, señor, por haber venido. Espero esté bien instalado en el Stag's Head; son gente muy decente. —Levantó la vista después de leer el mensaje—. Se lo entregaré al inspector Hawley. Ya que ha venido, señor, aprovecho para decirle que no vaya a pensar que esta mañana no aprecié su ayuda. Como usted mismo lo comprende, bien podían haber pasado varios días antes de que nos llamaran y empezáramos la investigación.

—Pero desde el principio he visto que usted tenía una idea bastante clara...

—Sí, apenas tomamos la iniciativa. Cuando llamó el chófer, lo único que sabíamos (no es ningún secreto, en el pueblo cualquier criatura lo sabe) era que Bryant anduvo por allí anoche. Él mismo lo admite; refiere una historia increíble, le mostraré su declaración y podrá juzgar por usted mismo...

Sacó de un cajón un legajo con varias hojas de papel de escribir y se las pasó a través del mostrador.

—Las otras dos son declaraciones de personas que lo vieron anoche.

La primera, del agente de policía Lomax, decía que el 1º de octubre de 1938, a las doce y quince de la noche, mientras iba en bicicleta patrullando la carretera de Ockenford hacia la ciudad, encontró a Eustaquio Bryant a tres cuartos de milla antes de llegar, también en su bicicleta, pero en dirección opuesta. Lo reconoció a la luz de un coche que pasaba; de primera intención pensó seguirlo y avisarle que iba con el farol apagado, pero luego decidió no hacerla porque últimamente Bryant estaba en líos con la policía. En ese momento llevaba puesto chambergo e impermeable. ¡Llovía mucho! Pedaleaba algo inseguro pero muy rápido. El agente Lomax no lo volvió a ver hasta que dejó su turno a la una.

Herbert Davis, empleado de banco, vio a Eustaquio Bryant, a quien conocía mucho de vista, al final de la calle Maggs Lane, que caminaba en dirección a su casa, el 1º de octubre de 1938; calculaba serían las dos y cuarto más o menos. Todavía llovía mucho; Bryant no llevaba sombrero puesto ni empujaba su bicicleta. Pasó cerca de él, lo miró; pero no le contestó las «buenas noches».

Jorge Sinclair, empleado ajustador en la Compañía de Electricidad de Cullerton, al ir a su trabajo en el pueblo, pedaleando por la carretera de Ockenford alrededor de las cinco, el 1º de octubre de 1938, vio una bicicleta abandonada en la cuneta a un lado del camino como a una milla del pueblo en dirección a la Escuela primaria. Por una tarjeta colgada del bolso de las herramientas supo que pertenecía al veterinario señor Bryant, la trajo de vuelta y la entregó a la policía. Según pudo comprobarlo, aunque muy vieja, la bicicleta no estaba deteriorada en forma que impidiera su uso. Ni allí, ni en ninguna parte del camino, vio sombrero alguno.

—Cuando telefoneamos a casa de Bryant para avisarle que su bicicleta estaba en la comisaría —explicó Yallow—, su señora preguntó si se había hallado también su

sombrero, pues volvió sin él. Por eso, cuando usted me mostró aquel sombrero extraviado, en seguida adiviné que era el suyo. Él admitió que le pertenecía.

La declaración de Bryant era mucho más extensa. De acuerdo con su propio relato, el señor Radville lo llamó a su casa alrededor de medianoche, el 30 de septiembre de 1938, y le pidió que fuera inmediatamente al *bungalow* porque al día siguiente temprano se iba a Londres y deseaba verlo antes de irse. Por esta razón montó en su bicicleta y tomó por la carretera de Ockenford. Había llovido con fuerza y la batería del farol estaba descargada; cansado de pedalear en la lluvia y en la oscuridad, dejó su máquina en la cuneta al lado del camino y empezó a caminar; pero al rato lo pasó un vehículo, al que consiguió detener y subió en él... Pidió al conductor del coche que después de pasar los portones de la escuela se desviase un poco para permitirle bajar en el puente del camino particular que lleva hasta el *bungalow*. Al tomar el viraje hacia el puente, apareció un camión a toda velocidad, que al pasar le dio un encontronazo, casi lo volcó, le estropeó los guardabarros y aparentemente también le dañó la dirección.

El dueño del automóvil estaba muy contrariado, y Bryant, luego de observar un rato cómo examinaba los desperfectos, lo dejó, cruzó el puente y empezó a subir por el sendero. Después de caminar un corto trecho, tuvo la impresión de que alguien lo seguía; ocultóse entre los árboles y se detuvo a escuchar. Sin embargo, continuó andando hasta que, a mitad de camino, alguien lo sorprendió por la espalda, lo arrojó al suelo y le dio de puntapiés en la cabeza. La próxima cosa que podía recordar era haber estado con las manos y rodillas en tierra tratando de ponerse en pie. Conseguido esto, buscó su sombrero en la oscuridad; al no encontrarlo, volvió a la carretera creyendo que el conductor era quien lo había seguido y atacado... La suposición resultó exacta, pues al acercarse al puente lo encontró agachado en un hueco del terraplén, que en ese lugar bordea el camino. Se le echó encima otra vez antes de que pudiera defenderse, lo volteó nuevamente de un golpe y lo dejó sin sentido.

No tenía idea —dijo— de cuánto tiempo permaneció así. Cuando recobró de nuevo el conocimiento, cruzó el puente, no vio rastro alguno del vehículo ni de su conductor y emprendió el regreso a su casa. Se sentía muy aturdido y mareado para recoger su bicicleta e hizo todo el trayecto a pie.

Negó haber ido al *bungalow* o entrado en él durante toda la noche, o haber llegado más que a la mitad del camino que lleva al puente. Entre medianoche y las dos y media no vio al coronel Margesson ni a ninguno de sus hijos, ni a Radville ni a otra persona cualquiera, excepto al conductor del coche. No recordaba haberse cruzado con el policía de la bicicleta ni encontrarlo a nadie en Maggs Lane. Durante el día y la noche anterior tomó sus buenos tragos, pero estaba perfectamente en su juicio al salir en su bicicleta.

No pudo aclarar cómo el sombrero llegó al lugar donde fue hallado. Nunca en la vida estuvo en los terrenos de la propiedad del coronel Margesson. No explicó el

hallazgo de tres paquetes de cocaína dentro de su sombrero, pues dada su condición de veterinario cirujano no tenía dificultad en conseguir cualquier droga necesaria para su trabajo profesional. Nunca obtuvo provisión de cocaína del señor Radville, o por intermedio de él, ni siquiera le había oído referirse jamás a ésta o a otra droga cualquiera. Usaba cocaína muy rara vez, casi siempre utilizaba novocaína. A menudo guardaba pequeñas cosas en el sombrero. Nada sabía de la muerte del coronel Margesson ni de la de ninguno de sus hijos.

No observó nada de particular en el conductor del vehículo, sólo podía decir que era alto, de edad mediana y muy brusco de modales. Viajaron juntos como una milla y apenas le habló una palabra; se puso loco de rabia cuando le estropearon el coche y quiso echarle a él la culpa del accidente. Era un pequeño sedan, pero Bryant no se fijó en la marca ni en el número del registro. El camión le abolló mucho los guardabarros.

Nada sabía sobre el señor Radville, excepto que lo había encontrado por casualidad algunos meses atrás en el Stag's Head y desde entonces iba de vez en cuando, de noche, al *bungalow* para una partida de póker y demás. Siempre estaban las dos mujeres y a veces el joven Margesson con su hermana. Nunca tuvieron ningún disgusto o pelea entre ellos, ni con Radville, ni con las dos muchachas. Jamás vio nada reprochable en el *bungalow*. Estuvo por última vez la noche del domingo anterior.

Gore devolvió el legajo a través del mostrador.

—Por cierto que es, en parte, una curiosa historia —admitió.

—Lo único que podía contar —comentó Yallow—. Le habíamos dicho lo que sabíamos y tenía que hacer coincidir los datos. Yo creo que anoche ignoraba lo que había; pero no dudo de que, de acuerdo con lo que sé y con su historia, él fue quien mató a esas tres personas.

—¿Usted cree que habrá podido trepar a un poste de telégrafo? —Preguntó incrédulo Gore—. Pues alguien subió.

—Es fácil, señor; son sólo catorce pies. Trepé esta mañana para probar. Además, es una idea de persona borracha, como él lo estaba. ¿Quién en sus cabales ganaría algo cortando la línea del teléfono de la casa y del *bungalow*? Que yo vea, nadie.

—¿Consiguió saber quién llamó al coronel Margesson antes de que saliera?

—¿Quién fue? No, señor. Pero la oficina dio una comunicación, sin inconvenientes, anoche, entre el *bungalow* y Cullerside. Exactamente antes de las once.

—¿Hay impresiones digitales?

—Todavía no —tenemos las de Bryant.

Gore se dirigió a la puerta.

—¿Entonces no incomodaron a la señora de Margesson?

—Como el doctor Brownrigg se puso firme en ese sentido, no lo hice. Pero cuando vino el inspector me lo echó en cara; ahora ha ido allá a verla. Siguiendo su consejo me puse al habla con algunos parientes. A una hermana del coronel

Margesson, que vive en Surrey, le hablé por teléfono; me respondió que vendría en seguida con su marido. Ya se lo advertí al inspector, pero no quiso esperar su llegada.

—¿Qué haya propósito del revólver?

—Lo que sabemos de eso, por el momento, es que fue utilizado hace muy poco. La señora de Margesson disparó con él tres tiros el martes por la noche.

Hace menos tiempo se ha utilizado una vez más y hay un cartucho sin descargar. En el *bungalow*, por lo menos, no hay rastros de bala... Claro está que el arma será examinada por los peritos.

Llegó una joven para entregar un sobre con la inscripción: «Del doctor Brownrigg». Cuando se hubo retirado, Yallow comenzó el examen de la nota.

—El coronel y su hija fueron muertos poco más o menos al mismo tiempo, alrededor de medianoche, según creen los médicos. El hijo, mucho antes, dos o tres días...

Siguió leyendo otro rato y luego agregó el informe a los demás documentos del legajo.

—La chica está embarazada —agregó— de tres meses.

Gore empujó la puerta giratoria.

—Bueno, me iré a Londres mañana y volveré el lunes a la tarde. Si se posterga la indagatoria me lo hace saber. Gerrard 9191. Buenas tardes, y buena caza.

Empezaba a declinar el día, y como había almorzado muy tarde, Gore resolvió prescindir del té y tomar por la carretera de Ockenford. A una milla más allá de Cullerside, el camino sube por igual flanqueado por árboles; luego el río y el bosque dejan la carretera y doblan hacia el Este a través de la ciénaga, cuya extensión, ahora en la creciente oscuridad, se abría de cada lado y al frente. En este lugar un puentecito crujiente cruzaba el río cerca de una casita pintoresca con techo de paja y protegida por los árboles en el deslinde desperejo del bosque. Llegábase allá por un carril, el cual, pasando la choza, seguía hacia una importante granja, como a una milla al otro lado de la ciénaga. Al disminuir la velocidad de su coche, para contemplar esta perspectiva que de repente apareció a su vista, vio, con gran sorpresa suya, a no menos de tres personas con las cuales ya había estado en estrecho contacto durante el día.

Allí estaban aquella joven de cara impertinente y de figura alargada que vio en Cullerside, sentada en un autociclo a la puerta de la casita y conversando con una señora de edad, de aspecto decente, que llevaba los brazos cargados de la ropa limpia que acababa de recoger del alambre. En el mismo carril, como a cincuenta yardas más lejos, un granjero, a cargo de un hato de vacas, hablaba con el señor Purefoy y su amigo el de las cejas pobladas.

Purefoy descansaba su mano sobre la cabeza de un mastín formidable que miraba con desaprobación al collie del Labrador. La conversación terminó en risas; el granjero siguió con sus vacas por el carril mientras los otros dos se aproximaron a una gran casa rodante que estaba estacionada a orillas del río. Luego de echar un

vistazo en aquella dirección, la ciclista se apeó y, luego de dejar su máquina contra el cerco, pasó el portón y entró en la casa con la señora anciana.

Mientras tanto Gore había avanzado casi un cuarto de milla por la carretera, mirando por el vidrio posterior del coche a riesgo de contraer una tortícolis; apretó el acelerador y puso su atención en el paisaje que tenía por delante. Luego se detuvo, bajó del coche, encendió la pipa y se sentó a fumar contemplando una puesta de sol nada extraordinaria.

El resultado final fue que esa noche, después de comer, llamó a la señorita O'Malley-Martin al Hotel Island View de Boscombe, para pedirle la dirección de su padre en Londres. Descubrió que dicha señorita no era hija, sino hermana del coronel O'Malley-Martin. Estaba muy afligida porque la policía local acababa de informarle que su hermano había sido encontrado sin sentido en su automóvil cerca de Chelsea, y ahora estaba con una conmoción en el Hospital General de Battersea. Aparte de la cuestión gastos, que parecía asunto serio para la señorita O'Malley-Martin, le preocupaba la dificultad de los trenes en un domingo; Gore, galante, se ofreció a recogerla en su viaje a Londres, y ella aceptó agradecida.

En consecuencia, al día siguiente, poco después de almorzar, tomó a su pasajera en el Island View, un pequeño y oscuro hotel residencial, y la dejó en su destino tres horas más tarde. Era una mujer flaca, muy reservada y difícil, cuya vida entera se había pasado bajo la amenaza de la tuberculosis. Dijo que vivía con su hermano, con sencillez y en condiciones estrechas, desde que dejó a Irlanda en 1921; primero en Torquay y luego en Bournemouth. Su casa de Gortrisha fue incendiada por los Black-and-Talls^[1]; era imposible sacar renta de sus inquilinos; gran parte de la propiedad estaba ahora dividida entre pequeños arrendatarios, y el resto, abandonado. Su hermano no quería volver más, ni oír hablar de Irlanda; explicó que sólo se ocupaba de tonterías, jugaba un poco al golf y leía con tesón.

En Bournemouth vivían muchos irlandeses, pero su hermano evitaba todo lo que le recordaba el tiempo pasado. Le sorprendió sobremanera su telegrama de Cullerton y no tenía idea acerca de qué pudo llevarlo a Londres tan de repente, pues lo detestaba y no había estado allí ni media docena de veces en los últimos diecisiete años...

Fue tal su asombro al saber la visita a su exesposa en Cullerton, que sus labios finos y aristocráticos permanecieron tensos de desconfianza por el resto del viaje.

A su llegada, el hermano había recobrado el conocimiento y se le permitió una corta visita en el cuarto. Mientras aguardaba, Gore arregló una entrevista con el inspector Granley desde una casilla telefónica próxima, y luego de dejar a la señorita O'Malley-Martin con su modesto equipaje en un pequeño hotel tranquilo, cercano al hospital, se fue a Scotland Yard.

Inmediatamente descubrió que el inspector Granley había estado en comunicación con el activo inspector Hawley, quien lo tenía al tanto de todos los datos conocidos hasta la fecha. Gore advirtió en seguida que Granley veía el caso desde un ángulo

nuevo, y que su interés en los asesinatos de Cullerton era un asunto meramente incidental.

Desde ocho o nueve meses atrás —explicó— la policía estaba empeñada en sorprender una organización de una habilidad y dimensiones formidables especializada en asaltos en las carreteras, que le reportaban pingües beneficios. Operaba por todo el país, y cambiaba su radio de acción con la velocidad del rayo, generalmente con éxito y siempre con absoluta impunidad. Se le mostró a Gore un mapa donde estaban señalados los lugares de ciento cuarenta y un asaltos, incluyendo camiones (tres de petróleo), transportes de reparto y automóviles, la mayoría de éstos conducidos por viajeros de comercio. Los asaltantes mostraban preferencia por vinos y licores, tabaco en todas sus formas, ropa femenina, pieles, alhajas, zapatos; pero también habían desaparecido numerosos cargamentos de materiales de construcción, maquinarias agrícolas, piezas de motor, comestibles, confituras, especialmente chocolate, y artículos de farmacia. Era evidente que la banda tenía muchos y expertos socios, innumerables medios de transporte propios, renovados constantemente con los vehículos robados, lugares secretos y medios seguros para disponer de su botín, como también de un servicio secreto muy eficiente. Hasta ese momento, Scotland Yard no sospechaba quiénes podían ser los cabecillas y sus secuaces tan disciplinados, a pesar de las filtraciones siempre posibles en un pillaje en tan gran escala.

Su técnica, basada en sistemas transatlánticos, apenas variaba en casos particulares, pero, en líneas generales, siempre era la misma. Se elegía una buena firma, se vigilaban con paciencia y detalle sus camiones, carruajes y los autos de sus viajeros; el vehículo elegido era detenido con una ingeniosa estratagema en un lugar previsto de antemano, su conductor y acompañante, si lo tenía, metidos por la fuerza en un coche, llevados lejos y abandonados con ataduras y amordazados en algún escondite. En las raras oportunidades en que se resistían, se utilizaba la violencia; estos casos eran muy poco frecuentes por la diferencia de número: seis contra uno. Se llevaba el vehículo capturado a un determinado lugar, y luego de pasar la carga al transporte de los salteadores, lo dejaban en algún camino lateral, distante. Se les habían tendido toda clase de trampas para hacerlos caer, pero sin resultado. El inspector Granley estimaba que desde la primavera habían robado, en esta forma, mercaderías por valor de cuarenta mil libras.

Como es de imaginar, Gore se impresionó con este relato, pero no demostró mayor interés hasta que supo el rumbo que habían tomado las sospechas de la Comisión de Investigaciones, luego de un proceso de gradual eliminación. Tenía puesta su atención sobre un grupo de la colonia norteamericana de Londres, y en particular sobre un pequeño corrillo discreto que desde hacía dos años se dedicaba con entusiasmo a alegrar la vida nocturna de la capital, bajo la apariencia de una agencia financiera de comercio internacional. Una de sus empresas de mayor éxito fue el Gazebo, y uno de sus socios más hábiles y activos, que en la actualidad se hacía llamar Hensard, era el administrador, además de desempeñar otras actividades;

con distintos nombres se había conquistado gran celebridad en su país de origen como un estafador en pequeña escala.

El Gazebo era conocido como la guarida de muchos indeseables. Aunque siempre valía la pena tener en cuenta a Cluffe y sus íntimos, como a los de su calaña, hasta ahora no se le había sospechado en asociación directa con Hensard.

El inspector Granley deseaba tener una conversación con Cluffe y su amigo Bethune, respecto a su parada en los bosques de Devonshire; y con más interés aún porque no se sabía el paradero de ninguno de ellos ni tampoco de las dos jóvenes fascinantes que habían compartido su retiro en el campo. Escuchó con lisonjera atención el relato de Gore sobre la visita de Kestheven al Gazebo en la noche del jueves anterior, y sus investigaciones personales y datos observados en Cullerton. El asunto se presentaba delicado para Bryant. Más extraño aún que la visita de su primer marido a la señora de Margesson, sería el encuentro, a la hora crítica, de éste con Bryant, suponiendo exacta la conjetura de Gore de que O'Malley-Martin hubiera sido el conductor que recogió al veterinario en la carretera de Ockenford. Ésta era la tarea del inspector Hawley. No había peligro en que se perdiera tiempo.

El gran cobertizo armado detrás del *bungalow* durante el alquiler de Cluffe, los camiones que concurrían, y en especial la caja de sobres que descubriera Gore, eran objetos de positivo interés. Cluffe y sus amigos eran considerados revendedores de drogas en pequeña escala. Era posible que en una u otra forma Margesson y sus hijos irrumpieran en un momento inoportuno. No se trataba de que Cluffe tuviese garra de asesino; pero esos camiones no habían llegado solos y era evidente que si hubo un depósito oculto allí, lo retiraron con gran premura.

El inspector Granley miró a su visitante con una sonrisa sardónica.

—Ahora..., lárguelo, coronel...

Gore dirigióse hacia la puerta.

—Bueno..., a manera de simple curiosidad..., me parece que usted podría contarme algo más sobre esa pequeña trifulca de anoche de O'Malley-Martin..., estaré en Norfolk Street hasta las siete. Adiós.

Capítulo Undécimo

EXTRACTOS del diario del coronel Gore, transcritos posteriormente al legajo de 1938 - M 73, MARGESSON, LIONEL.

3 de octubre. Vi a O'Malley-Martin en el Gran Hospital de Battersea. Parecía contento. Intrigado por saber cómo estaba yo enterado de su visita a la señora de Margesson, etc. Su relato del encuentro con Bryant coincide con el de éste hasta el momento en que el último lo dejó después de la colisión. Dice que oyó gritar mientras enderezaba el guardabarros que desviaba la rueda; al rato volvió Bryant. Cruzó el puente, se encontró con Bryant, quien lo atacó, lo derribó y luego se fugó. Como la dirección del coche parecía averiada, O'Malley-Martin decidió regresar al hotel y pasar la noche. No se imaginaba la razón del ataque de Bryant, salvo que estuviera medio bebido.

No quiso hablar de su visita a Cullerside, ni de su repentino regreso a Londres, ni de lo sucedido en la noche del sábado.

Tomó el té con la señorita O'Malley-Martin en su hotel; pero no le contó nada.
Salida para Cullerton a las cinco y treinta.

4 de octubre. Indagatorias en Cullerton. Audiencia formal únicamente. Postergada para el 18 de octubre. Desaparece Birmingham. Encuentro con Purefoy en la ciudad. Dijo que se quedaba para la venta, luego regresaría a Surrey. Vive en Shackelford (cerca de Seale). El año anterior, de junio a octubre, se alojó en el Stag's Head. Este año tomó casa. Se la subalquiló por seis meses a la señora de Haines, viuda de un sargento de policía. Georgina es su hija. Cuando tiene la casa alquilada, la señora de Haines vive con su hermana, portera de la Escuela primaria, y durante el día va a atender a Purefoy en la casa. Purefoy ha viajado mucho, para pintar, por Inglaterra y por el extranjero.

Yallow me contó que Granley estuvo ayer en Cullerside. Bryant dijo ahora el motivo de su ida al *bungalow* en la noche del viernes 30 de septiembre; era para buscar la provisión de *whisky* necesaria durante la ausencia de Radville (Cluffe). Dijo que Radville durante los tres últimos meses le vendía *whisky* a un precio muy bajo. (Yallow dice que la semana pasada se le ajustó a la bicicleta de Bryant una chapa comercial).

La cuñada de la señora de Margesson, y su marido (Nicolette, corredor) están en Cullerside. La señora de M. se va con ellos a Surrey (Yew Lodge, Puttiford). (Recordar: Puttiford queda cerca de Seale).

Ningún hallazgo en el parque de Cullerside ni alrededor del *bungalow*. Entrevista con el inspector Hawley; no se le puede sacar nada. Creo que está muy aturrullado. Le parece que no me necesitará para la indagatoria del sumario, le basta mi declaración.

Conversación con el doctor Brownrigg. Según él, Leonardo Margesson fue muerto en la noche del martes al miércoles. Me hizo un relato de su visita a Cullerside aquella noche: los tiros, la ventana, la disputa entre Margesson y su hijo, etc. De todos modos está convencido de que mataron a Leonardo a cierta hora del miércoles. Persona razonable.

Regreso a Londres a las dieciocho y quince.

5 de octubre. Granley dice que no hay informes sobre O'M-M, salvo que fue encontrado sin conocimiento en su coche en la estación de Raikes, a las veinte y veinticinco.

11 de octubre. Granley me comunica que los muchachos de la Escuela primaria encontraron el cuerpo de Cluffe en el hueco de un árbol en el parque de Cullerside. Rondando por allí los muchachos sintieron olor. Granley piensa que el cuerpo fue levantado con una cuerda casi a veinte pies. Cluffe presenta un tiro en la sien. La bala corresponde al Webley de Margesson.

También me avisa que encontraron a la señora de Canning en Edimburgo. Dice que ella, Bethune y la chica de Cardew dejaron el *bungalow* muy temprano el jueves 29 de septiembre para ir a Londres, y quedaba Cluffe. Se fueron en el Bentley. Vieron llegar camiones al *bungalow*, no se preocuparon por ello y no tienen idea de dónde venían y qué llevaban adentro.

Granley cree que Cardew y Bethune están en París.

18 de octubre. Se reanuda la indagatoria en Cullerton. «Persona o personas desconocidas».

22 de noviembre. Vi a Purefoy en Oxford Street.

27 de noviembre. Granley me dice que Bethune y Cardew están en Buenos Aires. Intentaron chantaje.

12 de diciembre. Encuentro con Bunny Edwards en A. y N. Me contó que Margesson dejó 633 libras. Dijo que había sido ayudante general D. A. del Cuartel General de Ballinabar en 1918, cuando por algún tiempo Margesson fue oficial del Estado Mayor. Frecuentó la casa de O'M-M. (Gortrisha). En esa época O'M-M. y su esposa estaban en completo desacuerdo y todo el mundo sabía que Margesson era un íntimo amigo de ella.

1939.

8 de enero. La señora de Nicolette (Puttiford 47) telefoneó para pedirme que fuese a verla mañana por la mañana a las diez y media.

Capítulo Duodécimo

YEW LODGE era una gran casa moderna construida en un extenso lote de tierra, a mitad de trayecto entre Puttiford y Seale, sobre un tranquilo camino lateral que corre paralelo a Hog's Back, cuyos postes de telégrafo se destacaban contra el cielo, como a una milla hacia el Norte. La señora de Nicolette, una mujer buena moza, robusta y animosa, contó sus inquietudes con precisa claridad, pues sabía que su hermano había consultado a Gore en el pasado mes de septiembre.

—Y mi razón para recurrir a usted, coronel Gore —prosiguió—, es la misma que tuvo él. Todavía están aterrorizando a mi cuñada, la señora de Margesson, y por la forma en que lo hacen deduzco que debe de ser la misma persona que lo hacía anteriormente.

Una vez que la señora de Nicolette supo que su hermano había puesto a Gore al tanto de la misteriosa transformación de su esposa, pasó a describir el período posterior a la tragedia de Cullerside. Aunque consiguieron postergar la revelación de lo sucedido hasta convencerla de ir a Surrey, su marido y ella se vieron obligados a contarle todo a Enid. Sucedió lo que temían, y durante varias semanas se dudó de que la señora de Margesson volviese a recuperar su sano juicio. Esta primera crisis, más bien de terror que de pesar, fue seguida, por suerte, por un estado total de apatía. La salud física de la señora de Margesson mejoró a medida que pasaron las semanas, y los Nicolette creyeron que lo peor había terminado. Se tuvo el mayor cuidado de protegerla contra cualquier alusión al pasado: enfermeras cuidaban día y noche a la convaleciente, dos especialistas eminentes la visitaban a menudo. Antes de Navidad se levantó y salía a dar cortos paseos por el jardín o en automóvil, leía diarios y una vez llegó a empezar a pintar un jarrón de crisantemos.

—Pero entonces —confesó la señora de Nicolette con tristeza—, cometí una imprudencia. Desde su llegada no hacía más que pedir que volviese su antigua doncella junto a ella, la que la atendía en Cullerside, una muchacha llamada Georgina. Veo que usted la conoce. Enid se obstinó e insistía de tal manera, que al fin cedí tontamente, y la chica vino aquí tres días antes de Navidad. Con franqueza le diré que me fue antipática desde el principio, lo mismo que a todos los de la casa. Pero debo reconocer que mi cuñada pareció encantada con su llegada y la muchacha aparentaba dedicarse con lealtad a ella. Tal vez recuerde que es una joven de aspecto desagradable, mi esposo no puede verla; a los demás sirvientes les disgusta que no use cofia ni delantal y que tenga ciertos privilegios; usted comprende esas cosas. No me hubiese importado esta clase de contratiempos si lo demás, marchara bien. Pero no ha sido así...

«Por una mera casualidad, el viernes por la tarde estaba yo mirando a través de una de las ventanas de arriba. Había oído bajar a Enid y miré al azar para ver si había ido a dar una vueltecita por el jardín. La vi de pie junto a uno de los bancos del camino mirando el césped con fijeza; luego dio un grito, se volvió y entró al instante

en la casa. Corrí escaleras abajo, y alcancé a sostenerla justo antes de que cayera. En ese momento vi a Georgina metiéndose algo en el bolsillo..., estaba cerca del asiento donde había estado Enid. No sé por dónde apareció... Cuando yo miraba por la ventana no había ni rastro de ella. Por poco dejo caer al suelo a mi pobre cuñada por enfrentarme con Georgina... Vi que tenía un sobre en la mano, se lo arranqué y comprobé que estaba dirigido a mi cuñada. Me juró por todos los santos que no había querido guardarlo en el bolsillo e ignoraba de qué se trataba; pero estaba muerta de susto y yo sabía que mentía. Esto es lo que encontré dentro del sobre; cómo ve me he tomado el trabajo de abrirlo al vapor para estropearlo lo menos posible. Me imaginaba lo que encontraría adentro».

La señora de Nicolette, después de pasar el sobre a Gore, desdobló una hoja de papel, tomó sus impertinentes y leyó con expresiva calma:

«Usted sabe quién asesinó a su marido y a sus hijos, y yo también lo sé. Está segura de que, si puede, la alcanzará a usted lo mismo que a ellos y en igual forma, y bien sabe que es una muerte atroz. Está cerca de usted esperando su oportunidad; su única esperanza es escuchar esta advertencia, que es muy seria y urgente, y permitir que le ayude como todavía lo deseo, y si usted quiere —por su propio bien— cumplir su parte. Mande su respuesta con cincuenta libras en billetes, para gastos, a la antigua dirección que me consta aún conserva. Enviéla para que pueda recibirla no más tarde del miércoles por la mañana, y dígame si acepta combinar un encuentro, que es asunto absolutamente esencial. No se retrase, pues temo será inútil toda vigilancia.

»Quien sinceramente desea su bien».

—Está claro —continuó la señora de Nicolette cuando le pasó esta nota a Gore para que la estudiara— que mi cuñada reconoció en seguida la letra del sobre. Entonces se me ocurrió que la misma Georgina había escrito esa carta y la dejó sobre el asiento donde Enid la encontraría, y que ella era la que todo ese tiempo tuvo a Enid aterrorizada. Me parece una coincidencia demasiado rara que estas cosas empiecen de nuevo cuando acaba de llegar Georgina. Conversé con mi marido cuando volvió de Londres el viernes por la noche; al principio quería poner la cuestión en manos de la policía; pero al fin... En los últimos meses sólo Dios sabe lo que hemos tenido que ver con la policía..., entonces resolvimos esperar los acontecimientos, si es que algo llegaba a suceder. No le dije a Enid nada sobre la carta, ni tampoco a Georgina, salvo que en el futuro no debía dejar sola a mi cuñada, sin mi especial consentimiento, dentro de la casa o fuera de ella.

»El sábado descubrí que sin conocimiento mío Enid había abierto el jueves una cuenta bancaria en Farnham, transfiriendo dos mil libras de su depósito de la sucursal del Lloyds, en Cullerton, y retirando cien libras en billetes. Entonces recordé que ese día salí con Georgina a dar una vuelta en automóvil... Esa mañana tenía yo un partido de golf. Conseguí los números de los billetes como primera medida, y pensé encararme con Enid, hablarle sin tapujos y hacer que me entregase la libreta de cheques y los billetes. Pero es natural que hubiese sido muy difícil hacerlo, y muy

probablemente Enid lo habría tomado por lo trágico... De todos modos no lo hice. Esto fue el sábado.

»Ayer, domingo, Enid fue a la iglesia de Seale con mi marido y conmigo. Después del almuerzo, cuando creí dejarla tranquila (pues se recuesta algunas horas todas las tardes), fuimos hasta Godalming a casa de unos amigos. Al volver, Enid había desaparecido, aprovechando que las sirvientas fueron a ver un aeroplano en llamas, caído en un baldío detrás de la casa... Georgina fue con ellas. Enid se vistió sola, tomó un libro de cheques y sus cien libras y desapareció. No necesito decirle en qué estado nos quedamos por un momento. Alrededor de las nueve nos llamó la superiora de un convento de Marylebone Road para avisar que Enid había llegado allí, y que se quedaría para siempre. En ese convento reciben algunos pensionistas; la señora de Wolseley, gran amiga suya en tiempos pasados, que ha tenido una vida muy desgraciada, vive allí. Esta señora escribió a Enid una o dos veces desde que vino aquí; por eso no dudo de que pensara en el convento como en un lugar seguro para esconderse, y en cuanto se presentó la oportunidad, allá se fue volando. Llegó en un estado de histerismo y de mucha excitación, según refiere la superiora; la metieron en cama y se tranquilizó. Sólo contesté que mi marido iría a verla hoy, y que mientras tanto ninguna persona ajena al convento debía verla, excepto, claro está, el médico si fuera necesario. Mi querido coronel Gore, así es como están las cosas por el momento. No es una situación muy cómoda por cierto. Dígame; ¿qué piensa de todo esto? ¿Qué impresión le produce mi idea sobre Georgina?».

Gore metió la carta interceptada en el sobre.

—Por el momento quisiera conservarla en mi poder... Gracias. ¿Georgina? Es muy posible que sepa quién escribió la carta y quién la dejó sobre el banco. Pero no creo que la escribiera, salvo que le hayan crecido bigotes, fume cigarros fuertes o masque tabaco desde que la vi por última vez. Quien cerró este sobre ha dejado rastros, como usted ve. ¿No le ha preguntado nada a Georgina sobre la carta?

—No. Creí que se iba a delatar al demostrar en alguna forma que conocía el contenido de la carta; pero no ha sido así. En realidad casi ni le he hablado, salvo ayer por la tarde cuando la reprendí porque desobedeciendo mis estrictas órdenes dejó sola a mi cuñada.

—¿Sabe ella dónde está ahora la señora de Margesson?

—No. Por lo menos ni mi marido ni yo se lo hemos dicho.

—¡Muy bien! Ahora, ¿ha tenido la señora de Margesson alguna visita desde que llegó aquí?

—No. Las únicas personas que sabían que ella estaba aquí, además de nosotros y los sirvientes, son la señora de Wolseley, y otra antigua amiga, la señora de Singleton, que vive en Inverness-Shire. Enid me encargó les hiciera saber que vivía con nosotros, y les escribí diciéndoselo. Nadie más sabe, por lo menos. Aunque, espere..., alguien quiso hablar con ella en noviembre me parece. Un hombre, exsargento o algo por el estilo durante la guerra en el batallón de Margesson. Sólo

preguntó por ella; le contesté simplemente que la señora de Margesson estaba demasiado enferma para ver a nadie, y se marchó.

—¿Usted misma lo vio? ¿Cómo era?

—Un hombre de aspecto respetable, como de cuarenta y cinco años. En realidad no lo recuerdo mucho, excepto que tenía unas cejas negras muy tupidas y un carácter muy expansivo.

—¿Dio su nombre? —preguntó Gore.

—Sí, pero me parece, que lo he olvidado por completo.

—¿No volvió otra vez?

—No, por lo menos a la casa. Pero creo que debe de vivir por los alrededores. Desde entonces lo he visto algunas veces por estos caminos. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque, señora de Nicolette, sospecho que él fue el autor de esta carta. Antes de seguir adelante quiero manifestarle mi deseo de no encontrarme con Georgina mientras dure mi permanencia aquí, la cual me temo se prolongará por algún tiempo más. Supongo que la señora de Margesson necesitará que le manden algunas cosas... ¿Podrá usted arreglar eso? ¿Podría usar un teléfono?

Cuando Gore terminó su comunicación, volvió la señora de Nicolette para decirle que, siguiendo su insinuación, Georgina iba a estar muy ocupada durante las próximas dos horas, preparando dos valijas para su patrona, bajo la vigilancia de una de las criadas de la casa. Mientras esperaba la llegada de los dos hombres que se encargarían de vigilarla a partir de ese momento y con quienes debía encontrarse a las doce y treinta al lado de la iglesia de Seale, Gore dejó convenido que media hora después de su partida se le diera a Georgina la dirección actual de su patrona y se le ordenara escribiera los rótulos de las valijas. Si, tal como sospechaba, aquel conocido de Cullerton, el de las cejas tupidas, andaba rondando por estos alrededores y Georgina estaba en connivencia con él, era muy probable que tratara de pasarle la información lo más pronto posible. Si ambos se encontraban, se lo comunicaría en seguida a la señora de Nicolette, y Georgina recibiría una semana de sueldo por despido, no se le permitiría salir de la casa por el resto del día, y al siguiente se la despacharía para Devonshire bajo la estrecha vigilancia de la señora de Nicolette.

—Si protesta, la amenaza con entregarla a la policía; no se alarme, señora de Nicolette. Todavía no pensamos hacer eso, pero déjela que lo crea. Si sigue alborotando, me avisa. Claro que si la señora de Margesson tuviera cualquier clase de escondite con llave donde ella...

—Me apropié en seguida de todas las llaves a mi alcance —interrumpió la señora de Nicolette—. En realidad anoche revisé todas sus cosas; pero no encontré nada sospechoso. Además, el cuarto de mi cuñada ha estado cerrado con llave desde ayer por la tarde. Y estoy segura de que mi criada vigilará a Georgina como una gata; la detesta.

—¡Espléndido! Le voy a pedir que nos deje a nosotros lo demás —concluyó Gore

—. A propósito, ¿los Margesson vivieron aquí antes de mudarse a Devonshire? Quiero decir, ¿precisamente en esta casa?

—¡Ah!, sí. Bastante tiempo. Mi marido le compró la propiedad a mi cuñada. Eso fue en 1936. Antes nosotros vivíamos en Cliveden; pero llegamos a la conclusión de que el río no nos convenía a ninguno de los dos, entonces...

—Supongo que los Margesson conocerán a casi toda la gente de estos alrededores.

—Creo que sí. En aquellos días Enid era una persona muy sociable. Por eso el cambio efectuado en ella ha parecido más notable. Sí, fume, por favor...

—Conozco una persona que vive por aquí cerca desde hace ya algún tiempo —prosiguió Gore mientras encendía un cigarrillo—, un artista llamado Purefoy. Me imagino que los Margesson lo habrán conocido...

—¿Casimiro Purefoy? ¡Ah!, sí. Vive en Shackleford, a un par de millas de distancia.

—En Shackleford, sí, ése es el hombre. ¿Entonces usted lo conoce?

—Sí, pero no muy bien. Solemos encontrarlo en casa de amigos comunes; pero no creo que haya conocido a los Margesson. Por lo menos, cuando lo he encontrado, nunca ha hecho ninguna alusión a ellos. Es una persona encantadora. ¿No le parece? Muy divertido. Siempre le llamo el pequeño Adonis. Tiene una casa muy bonita y también mucho dinero. Como ya le dije, lo conocemos poco, pero tenemos amigos comunes. Pasa muy poco tiempo en su casa. No comprendo por qué conserva una propiedad tan grande. Siempre acaba de llegar de alguna parte o está listo para partir. ¡Qué interesante que sea amigo suyo!

—Sí, ¿no es cierto? —Convino Gore—. En octubre nos vimos en Cullerton. Este año pasó el verano allí y lo mismo hizo el año pasado.

La señora de Nicolette lo miró asombrada.

—¿De veras? ¿Por eso usted me preguntó si los Margesson lo habían conocido aquí?

—Sí, lo estaba pensando. Pues al parecer ellos no lo conocían allá.

La señora de Nicolette siguió sorprendida.

—¿Y entonces? —preguntó al cabo.

—Bueno... Me pareció una persona extraordinariamente interesante. ¿Es irlandés, no es así?

—¿Irlandés? Creo que no. Es un poco afrancesado... Vivió mucho tiempo en Francia. Pero estoy segura de que no es irlandés. Si esto le interesa me es muy fácil averiguarlo... La vieja señorita Chenevix, vive en esa casita preciosa de estilo Tudor antiguo que debe de haberle llamado la atención al venir de Puttiford. Es bastante curioso, ahora que usted lo ha hecho notar, ella es irlandesa... La anciana más encantadora. Esta misma mañana debo ir a Puttiford, si quiere entro un momentito y le pregunto...

—Sí, hágalo —contestó Gore aprobando con la cabeza después de mirar su reloj

—. Este señor Purefoy me intriga, por varias razones. Para empezar, no he podido encontrar el registro del nacimiento de ningún Casimiro Purefoy anotado en parte alguna de las Islas Británicas entre los años 1885 y 1905. Con toda seguridad no puede tener cincuenta años todavía; era oficial de enlace en las Fuerzas Expedicionarias Británicas en 1914, entonces debe de haber nacido antes de 1910 por lo menos. Además estoy convencido de que es irlandés. Bueno, ya es hora de irme...

Gore se despidió de la señora de Nicolette, que todavía no salía de su asombro, para acudir a su cita junto a la pintoresca iglesia de Seale.

La señora de Nicolette cumplió con prontitud su pequeña misión, y cuando Gore llegó, a las seis de la tarde a Norfolk Street, encontró una nota en que le refería la conversación telefónica de ella con su socio Tolley, durante el curso de la tarde.

Referente a Georgina Haines. La señora de Nicolette procedió como estaba convenido. La muchacha, muy asustada, aceptó el despido sin protestar. Mañana temprano se la acompañará a la estación Waterloo para tomar el tren.

La señora de Nicolette no le dio ninguna explicación, salvo que la señora de Margesson no volverá en mucho tiempo a Yew Lodge.

Referente a CASIMIRO PUREFOY. —La señora de Nicolette estuvo esta mañana con la señorita Chenevix. El nombre original de Purefoy era Sinnott, el cambio está registrado en 1923. (Canadá).

La señorita Chenevix conoció muy bien a su madre (entonces señorita Purefoy) en Dublín, en el noventa y tantos. Después de su casamiento con Sinnott, un periodista, etc., ella adquirió renombre como poetisa en el movimiento céltico, novelista, etc. Los Sinnott vivían en Ballinabar, Co. Mayo (en una casa llamada Mountgarrett). La señorita Chenevix pasó varias temporadas con ellos. El esposo y una hija han fallecido, Casimiro es el único hijo sobreviviente.

La señorita Chenevix se fue a París a vivir con una tía en 1902, pero mantuvo correspondencia con la señora de Sinnott. Vio a menudo a Casimiro Sinnott cuando éste estuvo en París para estudiar arte, desde 1911 (en esa época tenía 19 años) hasta agosto de 1914 en que lo perdió de vista, cuando se hizo oficial de caballería en las Fuerzas Expedicionarias Británicas. Se siguió escribiendo con la señora de Sinnott, supo que Casimiro fue seriamente herido en la retirada de Mons y regresó a Ballinabar dado de baja por invalidez.

La señora de Sinnott falleció en 1923. En 1922 un hermano enfermo en Canadá le había pedido que fuera con Casimiro a vivir con él. La señora de Sinnott, en ese momento también muy enferma, no pudo ir. Casimiro fue solo en el verano de 1922. Su tío murió en 1923; le dejó mucho dinero ganado en la industria de la madera a condición de cambiar su nombre por el de Purefoy y permanecer en Canadá, por lo menos durante diez años, en calidad de nuevo socio del negocio. Cumplida esa condición sólo en la forma, Purefoy se dedicó por completo a la pintura.

La señorita Chenevix no supo nada de él desde 1923 hasta 1936. En seguida de su regreso a Inglaterra lo encontró en la Academia. Al saber que deseaba establecerse no

muy lejos de Londres, le dijo que él acababa de instalarse en Surrey y le indicó la casa que ocupa en la actualidad, desocupada en aquel entonces.

Purefoy no conocía al coronel Margesson. Volvió del Canadá en 1935 y se fue a vivir a Shackleford en 1936.

La señorita Chenevix dice que debe de tener 46 o 47 años. En sus maneras siempre es muy francés. Su madre tiene algunos parientes franceses. Cuando joven fue un hombre de gran éxito con las damas.

Al buscar su cigarrera, Gore profirió un pequeño gruñido, similar a los que solía reservar para cuando lograba una difícil jugada de golf. Así que Purefoy había vivido en Ballinabar en 1918...

Ballinabar, 1918; Surrey, 1936; Cullerton, 1937 y 1938. Por cierto era curioso que nunca se hubieran encontrado, ya que la casualidad los había traído tan cerca el uno del otro en lugares tan distantes y variados. De nuevo ahora, en 1938, el azar traía al señor Purefoy cerca de uno de ellos..., de uno de ellos...

En 1918 tendría unos veintiséis o veintisiete años. El favorito de las grandes damas.

Gore conocía muy bien la Irlanda de otros tiempos. Sin dificultad podía imaginarse a Ballinabar. Una callecita ancha y tranquila, con olor a cerdos y a pasto, con dos hileras de casitas pobres, techadas de paja, en la cual sobresalía de vez en cuando algún pequeño adefesio nuevo en ladrillo y pizarra. Los únicos seres vivientes eran pollos y perros además de algunos chicos descalzos y andrajosos que chapoteaban en la acequia. Un cuartel de policía, un hotelito enmohecido, una iglesia, unas tiendecillas con su olor característico, algunas fondas más olorosas aún, a cierta distancia la estación del ferrocarril..., eso era todo. En ocasiones pasaba un carro arrastrado por un burro o algún Ford destartado. Fuera del pueblo se veían por el camino trillado y desierto varias casas más grandes, oscuras y descuidadas. Todo alrededor de la región en millas y millas, eran puros pantanos. El joven mundano, favorito de las grandes damas, con sus recuerdos de París y de la guerra, con sus ambiciones artísticas, su buen aspecto, su gran egotismo, tuvo que pasar en un pequeño país tan desolado los días interminables y monótonos de los años 1915 a 1922. Era imposible creer que sus ojos de largas pestañas no hubiesen seguido a una encantadora y subyugante joven que de repente volara hasta allí. Debió de descubrir que era la nueva dueña de la «casa grande», observar sus idas y venidas; tal vez al saber que ella chapuceaba en arte, usaría él una caja de colores y un cuaderno de croquis para atraer su atención. A buen seguro que no sería la falta de arrojo o de confianza en sí mismo lo que intimidara al señor Purefoy.

Luego llegaron las tropas; un general con su estado mayor estaba en la fábrica, abundaban en Gortrisha huéspedes de uniforme de color caqui y el pequeño pintor irlandés resultaba demasiado insignificante Y fuera de lugar... Muchas veces Margesson y Purefoy se habrían cruzado en la única calle; uno con indiferencia despreciativa y el otro con el sentimiento de su inferioridad y su orgullo herido, y tal

vez con una sensación aún más aguda si supiera lo que era sabido por todos: que la señora joven y encantadora de Gortrisha encontraba consuelo en su aburrimiento con el alto y distinguido mayor del cuartel general...

La meditación de Gore sobre el cuadro imaginario de Ballinabar en el verano de 1918 fue interrumpida por la entrada de un respetable señor de edad y de buen aspecto, que llevaba una bolsa chica, muy gastada y negra como el traje que vestía.

—¡Qué tal, Scott! —Dijo a manera de saludo el socio más antiguo—. ¿Cómo anda hoy el trabajo de afinar los pianos?

—No puedo quejarme, coronel, gracias.

—Muy bien. Siéntese y cuénteme todo.

—No tuvimos ningún inconveniente. La chica salió en bicicleta de Yew Lodge a la una y cuarto, paró en el correo de Puttiford, telefoneó a alguien, es probable que al de las «cejas», porque nos pareció que arreglaba una cita para más tarde. Luego atravesó Puttiford hacia Shackelford y entró en Innismara; así se llama la casa de Purefoy. Una gran propiedad. Se quedó allí como tres cuartos de hora. Después salió y volvió en dirección a Puttiford, pero dobló por un sendero que atraviesa el terreno de golf. Siguió por el camino hasta encontrarse con el de las «cejas». Tuvieron una breve charla, él escribió algo en una libreta y se separaron. Potter la siguió en el coche de vuelta hasta Yew Lodge y telefoneó a la señora de Nicolette desde la oficina del correo, yo me quedé a observar al de las «cejas»; cruzó el campo de golf y entró en la fonda situada enfrente. Potter volvió en el coche a buscarme y entramos también a comer algo. En la fonda no había nadie más que «Cejas» y nosotros. Pasó al café a beber algo mientras nosotros tomábamos lo nuestro. La muchacha le llamaba Birmingham. Pasó la noche allí como lo había hecho otras veces. Le oímos pedir su cuenta y decir que se iba en seguida. Vimos que sería fácil vigilado y así fue.

«Tiene un automóvil viejo, marca Morris, de ocho cilindros, YZ-4483. Todo lo que hicimos fue seguirlo. Paramos en una taberna en King's Road. El nombre de Warden figura al frente del comercio. Es un lugar ordinario, vulgar, situado en la planta baja de una casa pequeña, con dos pisos encima. A un lado pasa un camino, Welham Lane. Se bajó del coche y entró un momento, luego salió y llevó el automóvil por el camino lateral y nos dejó perplejos durante un rato. Volvió a pie y se introdujo en la taberna. Nos quedamos un rato, mirando cada vez que alguien entraba o salía. Ésa es su casa; lo vimos detrás del mostrador en mangas de camisa. Un par de maleantes trabajan con él; un cigarrera, pocas puertas por medio, me contó que hace sólo un año que están ahí. Los otros sujetos son sus socios. Si se quisiera averiguar algo aparecería allí, pero esto está al margen. El número de la casa es 373. El camino hace una curva y corre entre King's Road y Abercorn Street y termina ahí».

—Demos un vistazo al plano —sugirió Gore, y cuando Scott le indicó la posición del número 373, golpeóse los dientes con su pipa en señal de satisfacción—. Veo que no es muy lejos de Raikes Street. ¡Buen trabajo, Scott! ¿Y Potter?

—Lo dejé allá. Va a recorrer las tabernas.

—¡Muy bien! Vaya con Potter a ver qué pueden descubrir esta noche. Pero quiero que mañana le sigan el rastro. Puede escaparse por la carretera de Marylebone; creo que le interesa un convento que hay por ese lado.

—¡Está bien, coronel! —Scott recogió su bolsa—. Supongo que sabrá... que Scotland Yard está vigilando a ese sujeto. Había un tipo siguiéndolo en Puttford. Y encontramos un agente de investigaciones en la taberna de King's Road. Es Hillyard, lo conozco muy bien de vista. Descubrió nuestro coche después de un momento, y cuando me retiraba vino a mirarnos bien.

Gore tomó su teléfono, y tras una pequeña demora consiguió dar con el inspector Granley.

—Habla Gore y Tolley. Hay una taberna en King's Road, en el número 373; se llama Warden. He sabido que un amigo suyo la estaba observando esta tarde. ¿Es así? En ese caso me parece mejor que vaya a explicarle las cosas, no sea que haya luego errores. Me conviene a las ocho. Gracias. Hasta luego.

Más tarde Gore hizo en su diario las siguientes anotaciones:

8 de enero. Visito a Granley referente Birmingham (Warden, etc.). Su verdadero nombre es William Tinsley (conocido por «Cejas Tupidas»). Hijo del propietario de un circo ambulante muy conocido en Midlands. En la guerra sirvió como capitán en la infantería (recibiendo la Orden de Servicios Sobresalientes del Cuerpo Médico). En 1920 se alistó en la policía auxiliar (Blackand Tans). De regreso a Inglaterra en 1921 trabajó con el circo. A la muerte del padre vendió el negocio, 1930. (Todavía sigue como el «Circo de Tinsley»). En 1930-31 tuvo en sociedad una caballeriza de carreras en Westbury. En 1932 compró la taberna *Ring and Mitre* en Catford. Condenado por varias contravenciones a las ordenanzas. En junio de 1937 se le niega el permiso de renovación de la licencia (por desórdenes). Transfiere la casa a la cervecería South London. En julio sufre nueva condena por asalto a un garage. En diciembre de 1937 sale en libertad de la cárcel de Wandsworth. En enero de 1938 abre la taberna de King's Road. Socio reconocido de criminales peligrosos. Experto en mecánica de motores y audaz ladrón de automóviles. No ha tenido contratiempos desde que fue absuelto la última vez.

Los dos socios actuales también han sufrido varias condenas. Uno, Purdon, perteneció a los Black and Tans, íntimo de otro Black and Tan, Anderson (conocido por «Gallus»). Este último tuvo muchos procesos; en abril de 1938 abrió un garage en Catford. Sospechoso de tener participación en los robos de las carreteras de este año, se allanó su garage el día de Navidad de 1938. Se recobraron una gran cantidad de objetos robados. Anderson desapareció. Granley sospecha que Tinsley y Purdon están en contacto con él.

Granley no quiere que intervengan en la actuación de Tinsley. Muy interesado en pescar a Anderson, quien podría descubrir otras guaridas. De acuerdo en lo de parecerle extraño la relación entre Tinsley, Purefoy, Georgina, Margesson,

O'Malley-Martin, pero con respecto a Purefoy no le da importancia. Nada sabe de éste y cree pura fantasía mía que la relación con los Margesson date de Ballinabar (1918). Yo acepté.

Granley me dijo que Tinsley estuvo en Puttiford el jueves (5 de enero, día en que la señora de Margesson abrió cuenta bancaria y retiró dinero), y dos veces se encontró con una mujer (¿Georgina?) en el campo de golf. No estuvo allí en ninguna casa ni tuvo contacto con nadie.

Se discutió el asunto en general. Yo señalé que:

1° El que escribió el mensaje en la tarjeta para los conductores (a) estaba en el *bungalow* antes de la llegada de los camiones; (b) sabía que irían; (c) no quería mostrarse mientras estuviesen allí; (d) estaba todavía después que se fueron.

2° Margesson y Joan M., por lo menos, fueron asesinados muy poco después de que los camiones se retiraran. Joan fue muerta en el *bungalow*, con toda seguridad; Margesson, justo al lado de la puerta exterior (el sendero había sido restregado para borrar los rastros).

3° El mensaje en la tarjeta estaba escrito con un lápiz muy poco común.

4° Purefoy acostumbra a usar lápices de esa clase. Granley admitió que personalmente él nunca había visto lápices de carbonilla ni conocido a nadie que los usara, pero señaló que un hombre de tan poco físico como Purefoy, según yo lo describía, era incapaz de hacer, sin ayuda, semejante trabajo con Margesson. Estuve de acuerdo. Me preguntó si pensaba que Bryant u O'Malley-Martin le habrían ayudado ya que estuvieron peleándose entre ellos esa noche.

Señalé que:

1° O'Malley-Martin tenía un antiguo rencor contra Margesson.

2° Su reaparición después de veinte años lo condujo a una violenta pelea con Margesson.

3° Margesson fue muerto muy poco después de esta pelea.

4° Se encontró el parche ocular de O'Malley-Martin muy próximo al cuerpo.

5° Es admisible que estaba cerca del *bungalow* en el momento de la muerte de Margesson.

6° En lugar de volver a Bournemouth, de repente resolvió venir a Londres.

7° Fue encontrado sin sentido en su automóvil a menos de un cuarto de milla de la casa de Tinsley.

8° Los Black and Tans quemaron su propiedad de Irlanda.

9° Tinsley, su socio Purdon y su amigo Anderson formaron parte de los Black and Tans.

10° O'Malley-Martin rehusó dar explicaciones sobre su visita a la casa de Margesson y de su ida a Raikes Street.

11° Tinsley estuvo en Cullerton el día de la visita de O'Malley-Martin a la señora

de Margesson y también la noche que asesinaron a Margesson y a Joan.

12° Era seguro que existía una conexión entre Tinsley y Purefoy, y también entre Tinsley y los Margesson.

13° Aunque no se hubiese encontrado con Margesson en Ballinabar en 1918, es increíble que entre 1915 y 1921 Purefoy no se hubiera visto con O'Malley-Martin allí en forma alguna.

De nuevo Granley admitió que eran coincidencias muy extrañas, pero muy dudosas y antojadizas para tomarlas como base de la investigación. Recalcó, por cierto, que el hijo de Margesson fue muerto en la noche del 28 al 29 de septiembre, y yo convine en que ni Tinsley ni O'Malley-Martin habían estado en Cullerton, ni en sus cercanías, hasta el 30 de septiembre. Era evidente que el hijo, la hija y el padre fueron asesinados de igual manera.

Después discutimos sobre Cluffe; convinimos en que, salvo un hecho accidental, era imposible hacer coincidir el tiro recibido por Cluffe con el revólver de Margesson, a no ser que Margesson mismo lo hubiese muerto. A mí me parece posible, aunque Granley no lo cree.

No llegamos a ninguna conclusión definitiva, excepto dejar a Tinsley tranquilo por el momento. Así la señora de Margesson estaría segura, donde estaba, contra futuras molestias.

Capítulo Decimotercero

A LA MAÑANA siguiente Gore recibió la visita de la señora de Nicolette y de su marido. Llevaban una libreta de direcciones, descubierta entre las pocas cosas que había llevado la señora de Margesson en su fuga; además le hicieron el relato de una conversación que habían sostenido ambos, media hora antes, con la señora de Margesson.

La última anotación de la libreta, hecha bastante tiempo atrás; decía: «Warden, 373 King's Road, Chelsea, S. W. 3.» El resultado importante de la conversación era que ella obtenía sus provisiones de heroína por intermedio de su hija Joan y no por Georgina, como había supuesto la señora de Nicolette.

Fue Joan, insistía su madre, la primera en sugerirle que tomara algo para dormir, indicándole que ella podía conseguirle una cosa muy buena e inofensiva. La señora de Margesson aparentaba no tener la menor idea de la clase de droga contenida en las tabletas que su hija le llevaba, pues creía que se compraban en la farmacia, en la forma corriente. Agregó que Georgina conocía la clase de inyecciones que se daba, pero nunca hizo preguntas sobre el asunto.

—Le preguntamos entonces si Georgina recibía cartas para ella o si despachaba las suyas en Cullerton —prosiguió la señora de Nicolette—. Pero eso la alteró en seguida; entonces..., como nosotros no queríamos una escena en el convento... Me traje su libro de cheques, el dinero y también la libreta de direcciones, porque me pareció raro que se tomara la molestia de llevarla..., aunque, por supuesto, ahí está la dirección del convento...

Cuando supieron quién era «W. Warden» y lo que Gore tenía que decir sobre él, los Nicolette rechazaron por completo el punto de vista del inspector Granley, sobre la seguridad de la señora de Margesson en el convento, y que no necesitaban preocuparse ya por ella. La señora de Nicolette señaló que habían pasado más de tres meses desde que fueron asesinados su hermano y sus dos sobrinos, y la policía había fracasado por completo. Ahora el mismo destino amenazaba a su cuñada, y la policía sugería que no se hiciera nada. Ese hombre Tinsley, o como se llamara, debía ser detenido inmediatamente. La señora de Nicolette anunció su determinación de entrevistarse por lo menos con el subcomisario, antes de volver a Surrey.

Gore necesitó más de una hora para aplacar a la indignada señora explicándole las dificultades con que tropezaba la policía. Para esto vióse obligado a volver sobre el terreno discutible de su conversación de la tarde anterior con el inspector Granley. La impaciencia de sus dos interlocutores por esa inactividad fue vencida poco a poco por el interés que tomaron por sus propias dudas y las del inspector Granley. De la entrevista resultó que se retiraron, dejándolo muy satisfecho y en completa libertad para obrar.

Oficialmente, el caso de Cullerton todavía continuaba bajo la jurisdicción de la policía de Devonshire; pero en un aspecto se interesaba directamente la Comisión

Central de Investigaciones. Al inspector Granley le quedaban ahora muy pocas dudas de que el *bungalow* de Cullerton fuera uno de los escondites diseminados por el país y utilizado transitoriamente como depósito por la pandilla de salteadores de caminos que era objeto de sus pesquisas. Siguieron la pista de la caja de cartón hallada en el cobertizo; por el botón de fantasía que encontró Gore entre el papel de seda, se descubrió que su contenido formaba parte de la carga de un furgón interceptado en el mes de julio anterior en la carretera de Bristol a Bridgewater. Le parecía significativo que el «señor Radville» hubiese hecho efectivo el alquiler de un año por adelantado y la cuenta del constructor que le hizo el cobertizo, ya que no había pagado ninguna otra cosa al contado ni en forma alguna mientras estuvo en Cullerton.

Es muy probable —pensó— que utilizaran a Cluffe sólo como un testafarro, tanto más cuanto éste tenía motivos para desear alejarse, por el momento, de sus compinches traicionados por él. Si se hubiera sospechado que era responsable de haber atraído la atención inoportuna hacia las actividades que debía encubrir en calidad de inquilino del *bungalow*, era posible un accidente con aquel revólver de Margesson, suponiendo que éste hubiese irrumpido a destiempo esa noche y armado un alboroto. Al golpearlo, habrían encontrado un revólver en el bolsillo...

De qué manera pudo suceder aquello era cosa que el inspector Granley no podía precisar aún por falta de datos; además, no le concernía directamente. Sin embargo, de su conversación con Gore resultó que Tinsley, disfrazado con el nombre de «Birmingham», llegó al Stag's Head de Cullerton el 28 de septiembre, se quedó hasta la mañana del 2 de octubre y no volvió al hotel hasta bien pasada la medianoche los días 28, 29 Y 30 de septiembre. Granley tenía gran interés por la actuación que le correspondía a Tinsley, aunque dudase aún respecto a la idea general del asunto que se formara Gore.

Por consiguiente, cuando tuvo el informe oficial de los servicios de Tinsley en la policía auxiliar de Irlanda, y supo que Tinsley, Purdon y «Gallus» Anderson estuvieron todos en la misma compañía destacada en varios sitios en el sur y oeste de Irlanda, se lo pasó inmediatamente a Gore. Éste, al saber que habían actuado con éxito desde Castlebar, Tuam, Galway y Sligo en 1921, pidió y obtuvo por el mismo conducto la lista completa de la compañía en el momento de su disolución a fines de ese año. Recordando que los auxiliares fueron reclutados entre exoficiales, calculaba que algunos de ellos gozarían todavía de su pensión como heridos de guerra. Se dirigió entonces al ministerio de pensiones y le facilitaron alrededor de veinte nombres y domicilios. Al punto destacó a cuatro subalternos para hacer las averiguaciones correspondientes. Antes de las veinticuatro horas estaba sentado en la sala de una casita de Camden Town, escuchando con atención los recuerdos de uno de los otrora hermanos de Tinsley, en su calidad de Black and Tan.

Enrique Nairn, en la actualidad vigilante nocturno sin trabajo y aquejado seriamente de artritis, no abrigaba ninguna duda sobre la justicia y corrección de los procedimientos adoptados por el Gobierno Británico en su trato con los Shinns, por lo

menos en la parte que le tocara a él. Cuando por fin llegó a relatar el incendio de Gortrisha, lo hizo con la razonable satisfacción debida a una hazaña meritoria realizada a conciencia. En aquella época un destacamento de su compañía estaba apostado en Tuam. Los Shinns tendieron una emboscada a una parte de ellos entre aquel lugar y Ballinabar, e hicieron volar por los aires, por medio de minas, a dos camiones, y mataron a siete hombres. Se sabía que una casa grande llamada Gortrisha, cerca de Ballinabar, se utilizaba durante la ausencia de su propietario, el coronel O'Malley-Martin, como punto de reunión de los Shinns locales y escondite de algunos compañeros de afuera que eran perseguidos. Una noche un fuerte destacamento de la compañía dirigióse contra Gortrisha para ajustar cuentas, pero se encontraron con que los Shinns, avisados a tiempo, habían tomado las de Villadiego y tuvieron que conformarse con prender fuego a la casa. Una vieja que se tenía por la casera se negó a saltar por la ventana del cuarto donde se refugió y Nairn suponía que habría perecido carbonizada. Otra mujer más joven consiguió escapar en la oscuridad. Una criatura que estaba escondida con la vieja arriesgó el salto por la ventana, y resultó ilesa.

Al ver la propiedad en llamas, el grupo se dirigió a una casa vecina cuya propietaria suponían que era una Shinn. De todos modos, mientras se hacían los preparativos para quemar también dicha casa, se descubrió que su hijo había estado en el ejército durante la guerra. Éste resultó ser un hombrecillo que distribuyó bastante *whisky* para que todo el mundo pasara un buen rato. Después de pulverizar la calle principal con sus ametralladoras, sólo como una advertencia en señal de escarmiento. El grupo volvió a su cuartel general muy satisfecho con su defensa de la justicia.

Después de su práctica en el Black Watch durante la guerra, el hecho más importante en la vida de Nairn fue su carrera como auxiliar. Su cara se iluminó con gran placer al oír mencionar los nombres de Tinsley, Purdon y Anderson. Relató, sonriente de gusto, la siniestra historia que le valió a Anderson el sobrenombre de «Gallus»: haber colgado de sus hombros a dos Shinns, y cómo Juan Purdon encontró a otro Shinn escondido en la cama de una monja en un convento de Macroom. Sí, todos ellos estaban aquella noche en Ballinabar. El que recibió a la criatura cuando saltó fue Tinsley, el de las cejas tupidas; no sabían de quién era el chico, pero suponían que debía de ser de la mujer que desapareció. Era un niño de aspecto cómico y Tinsley se lo llevo consigo para que sirviera de mascota de la compañía. Le llamaron «Bonzo». El chico más cómico que pueda imaginarse; más parecía un mono que un ser humano. Le cayó en gracia a Cejas Tupidas porque decía que le haría la fortuna a su padre cuando fuera un poco más grande y estuviera adiestrado.

—¿Adiestrado? —repitió Gore.

—Sí. Adiestrado para hacer pruebas y cosas por el estilo. Ya sabe usted que el padre de Tinsley tenía un circo. Cuando no había nada que hacer, Cejas siempre le enseñaba cosas a Bonzo; al disolver la sociedad se lo llevó con él a Inglaterra. Sí...

Bonzo nos hizo reír bastante; era la criatura más cómica que he visto; un niño raro. Tenía algo en el paladar; no podía hablar bien, sólo hacía ruidos divertidos. Recuerdo aquella noche cuando estábamos en esa otra casa de que le hablé; la señora vieja se llamaba Sinnott, era una verdadera vieja loca también... Cuando el hijo trajo el *whisky*, la primera cosa que hizo Cejas Tinsley fue darle un trago al chico para hacerle decir: «Al diablo con los Shinns». Pero todo lo que la criatura pudo decir fue: «¡wuf, wuf, wuf!». Eso lo dijo bastante bien. Entonces Cejas le dio otro trago y le derramó encima el resto del vaso bautizándolo con el nombre de Bonza. ¡Me parece que estoy viendo a Bonzo relamiéndose los labios y haciendo muecas! A veces pienso qué habrá sido de él. Hace tiempo supe que Cejas Tinsley había andado en apuros por robar automóviles o algo de eso. Cosa extraña..., nunca me he encontrado después con ninguno de los muchachos; ni una sola vez. Me casé en 1922 y me establecí...

—¿Dice usted que en aquel tiempo estaba ausente el dueño de la casa?

—Sí. Vivía en Dublín. Nunca iba allí; por eso la usaban los Shinns.

—¿Qué edad tendría entonces el chico?

—A ver, déjeme pensar; es difícil decirlo. Era un chico grande, fuerte como un toro, podría ser que tal vez tuviera seis o siete años.

—¿Está usted seguro de que Tinsley se lo llevó a Inglaterra?

—¡Oh, sí! Todos volvimos en el mismo barco; tuvieron que sacarnos del país clandestinamente. Bonzo estaba en dicho barco. Recuerdo haberme despedido de él y de Cejas antes de bajar la planchada en Liverpool. Sí, puedo decir que tuvimos nuestras emociones allá...

Después de obsequiar a Nairn en una fonda vecina y recompensarle como era debido por sus informes, Gore volvió a la oficina y llamó en seguida a Yew Lodge. «Sí —expresó la señora de Nicolette—; del casamiento O'Malley-Martin hubo una criatura nacida muerta, que casi le costó la vida a la madre». No podía ser muy explícita sobre el asunto, pero tenía la impresión de que nació a fines del año anterior al casamiento de su hermano. Sí, sería a fines de 1918. Nació en Irlanda, la señora de Nicolette estaba bien segura de eso.

Esa tarde Gore fue a Bournemouth a hacer una visita a la señorita O'Malley-Martin en el Hotel Island View. La encontró mucho más comunicativa respecto a su hermano, cuyo estado de salud la tenía muy preocupada desde sus excursiones a Cullerton y a Londres. Además, a causa de su gran irritabilidad, la propietaria del Island View les había pedido que buscaran alojamiento en otra parte. Contenta de salir un momento de aquella atmósfera desagradable, aceptó que Gore la llevara hasta Bournemouth a tomar el té en el Pabellón. Antes de dejarla de vuelta en el hotel la indujo a referirle algunos detalles con respecto a su hermano.

Para empezar, se cercioró de que cuando jóvenes ella y su hermano conocieron muy bien a los Sinnott en Ballinabar; la señora de Sinnott era amiga predilecta de su madre, y la casa que ocupaban en calidad de inquilinos, Mountgarrett, formaba parte de la propiedad de Gortrisha. Ella salió de Irlanda en 1913, pero recordaba muy bien

a Casimiro Sinnott de chico y de joven; siempre fue muy entretenido y encantador, muy bien recibido en Gortrisha no sólo en atención a su madre, sino por sí mismo. Su hermano, bastante mayor, lo quería mucho, aunque pocas veces estaba en casa después que entró en el ejército. Estaba segura de que cuando su hermano se retiró del ejército y fue a vivir con su esposa en Gortrisha, recibieron a Casimiro y a su madre con el mismo placer que en los antiguos tiempos.

La señorita O'Malley-Martin no tenía la menor idea de que el Casimiro Sinnott de los días de su juventud cambiara su nombre por Purefoy y se hubiese convertido en un artista muy conocido y opulento. Desde que vino a vivir a Inglaterra nunca oyó hablar a su hermano de Casimiro; era cierto que jamás nombraba a nadie ni a nada que tuviera alguna relación con Irlanda.

Confirmó el dato de la señora de Nicolette, según el cual una criatura nació muerta en noviembre de 1918. Casi falleció la esposa de su hermano, la cual pasó dos meses en un sanatorio de Galway. Luego fue a convalecer a Torquay y nunca más volvió junto a su marido. Según la opinión de la señorita O'Malley-Martin, el casamiento resultó un fracaso irremediable desde un principio. Su hermano no servía en absoluto para casarse con nadie, menos con una... mejor era no volver ahora sobre ese triste asunto...

Dijo que su hermano siguió viviendo algún tiempo en Gortrisha después del divorcio: Se puso muy raro, prácticamente vivía solo, con una casera y un hombre para todo trabajo, nunca salía a ninguna parte, se negaba a ver a cualquiera que fuera a la casa. En 1920 marchó a vivir a Dublín, se puede decir que para siempre. Vino una o dos veces a Inglaterra a verla a ella. Cuando incendiaron a Gortrisha, en 1921, resolvió romper del todo con Irlanda y reunirse con ella en Torquay. Desde entonces no salió ya de Inglaterra.

Su relato sobre el incendio de Gortrisha venía por terceras personas; pero confirmaba en el fondo el de Nairn. Había oído que la vieja casera murió quemada y que su hija escapó milagrosamente de correr igual suerte. Su hermano jamás hizo mención de la criatura. Era probable que fuera de la hija de la casera...

No asociaba en ninguna forma los nombres de Birmingham y Tinsley. Pero recordó que alguien llamado Warden estuvo en el Hotel Island View en agosto del año anterior para ver a su hermano, y que hubo una escena de lo más desagradable en el dormitorio, antes de conseguir que se retirara el visitante. No se aventuró a hacerle preguntas; pero la dueña del hotel se enojó mucho y desde entonces buscaba cualquier pretexto para hacerse desagradable y provocaba escándalos desde que en octubre la policía comenzó a presentarse con frecuencia. La señorita O'Malley-Martin y su hermano se verían obligados a vivir en cualquier parte hasta conseguir un pequeño departamento. Antes de transponer, con pesar, la puerta del hotel, prometió a Gore que le haría saber su nueva dirección cuando se instalara. Más allá de su figura alta y delgada, en la luz del vestíbulo, alcanzó un diario de la tarde. Gore resolvió dar por terminadas las tareas del día, aunque los resultados fueran más

bien desconcertantes.

Cualquiera que fuese el motivo de la visita de O'Malley-Martin a la señora de Margesson el 30 de septiembre, por invitación de ésta, Gore comprendía que algo en el transcurso de la conversación indujo a O'Malley-Martin a ir a Londres en lugar de volver a Bournemouth, como pensó en un principio. Ahora también le parecía claro que esa ida a Londres no tenía más objeto que hacer una visita a Tinsley en su taberna de King's Road. Tinsley fue a verlo en agosto a Bournemouth, y tuvieron una discusión, en el dormitorio, que terminó muy desagradablemente. Si entonces no supo la dirección de Tinsley pudo haberla conseguido el 30 de septiembre por la señora de Margesson. Era un hecho positivo que en la noche del primero de octubre Tinsley estuvo en Cullerton, pero O'Malley-Martin no se enteró. Si se admitía la conjetura de que había ido a Kings Road en busca de Tinsley o Warden, como era probable creyera que se llamaba, ¿por qué lo encontraron sin sentido esa noche en su automóvil en un camino lateral? ¿Y por qué se negaba a dar explicaciones a la policía o a su hermana sobre lo sucedido?

Era claro que la respuesta a esas preguntas estaba ligada a la naturaleza del asunto que pensaba discutir o despachar con Tinsley. Este asunto tenía una relación directa y perentoria con la señora de Margesson. Con los datos que poseía, Gore ya no dudaba de que la visita de Tinsley a Cullerton tuviese el mismo fin que las hechas a Puttiford: es decir, aterrorizar y amenazar a la señora de Margesson. Estaba seguro de que esta presión por parte de Tinsley fue lo que indujo a la señora de Margesson a pedir a su primer marido que fuera a verla, y el resultado de dicha entrevista había sido el viaje de O'Malley-Martin a Londres en busca de su perseguidor.

Si esto fuera cierto, la amenaza consistía en algo referente a la señora de Margesson y a O'Malley-Martin, desde luego relativo a la época en que tenían intereses comunes, veinte años atrás, porque a partir de 1919 no hubo ninguna clase de contacto o comunicación entre ambos.

La verdad era que la única relación aparente entre Tinsley y aquel pasado común del primer matrimonio tuvo lugar en 1921, dos años después de su separación, pues había colaborado en el incendio de la casa donde vivieran como marido y mujer. Pero este mismo hecho hacía que Gore limitara sus conjeturas a la casa en sí. Al oír el relato de Nairn sobre el asalto de Gortrisha y la parte que le tocó desempeñar a Tinsley, hubo un detalle que le pareció asaz significativo.

Cuando aquella noche funesta llegaron gritando los Black and Tans en sus camiones cubiertos de redes, había tres personas en la casa; una era la vieja casera, otra, su hija, según lo afirmó el mismo O'Malley-Martin a su hermana; pero nunca le habló de la tercera persona que estaba en la casa aquella noche, o sea de la criatura que se llevaron los Black and Tans para mascota de la compañía. Decíase que luego el chico pasó a Inglaterra con Tinsley. Suponiendo que la hija de la casera fuera la madre, no se sabía que ésta hubiese tratado de recuperar al niño. De haber querido lo hubiese encontrado, pues aun en aquellos días turbulentos de Irlanda el rapto de un

menor hubiera puesto en conmoción al país entero. Sin embargo, no hubo ningún escándalo y O'Malley-Martin no tuvo, al parecer, noticias de la criatura raptada. ¿Sería posible creer que la hija de la casera no hubiera revuelto cielo y tierra, de haber sido suya la criatura? ¿Podía concebirse que la madre desapareciera en la oscuridad, abandonando al hijo a su propio destino?

¿De quién era entonces ese Bonzo tan cómico? ¿Y qué habría sido de él desde que Nairn lo despidiera en el muelle de Liverpool? Según el relato de éste, en 1921 debía de ser un chico de seis o siete años; si viviera sería ahora un hombre de veintitrés o veinticuatro. Una criatura sana y muy fuerte era de presumir que continuaría viviendo. Siendo así, ¿no podría ser éste el lazo entre Tinsley y las dos personas en cuyas vidas, después de tantos años, influía en forma tan fatídica?

Al llegar a Norfolk Street, Gore llamó al inspector Granley y, sin contarle todo lo que meditara durante el viaje de regreso a Londres, le pidió que averiguara en forma oficial si en el Registro General del Eire estaba anotado el nacimiento de una criatura, entre 1914 y 1921, lo más probable en Ballinabar, cuyo padre era Dermond O'Malley-Martin, de Gortrisha, Ballinabar, Co. Mayo. Granley prometió pedir este informe por telegrama a la mañana siguiente.

—¿En qué trabajo sucio está usted metido ahora, coronel? —Preguntó con ironía—. Usted sabe que esto no es una asociación de investigaciones arqueológicas.

—Hasta la vista —rió Gore al colgar el auricular, volviéndose hacia la pequeña persona que discretamente acababa de entrar en el cuarto—. Buenas tardes, Scott. Y bien, ¿se ha hecho algo?

—No mucho, coronel. Tinsley, cuyo apodo es Cejas Tupidas, fue esta mañana hasta la carretera de Marylebone y echó un vistazo al convento; de allí se volvió derecho a la taberna de King's Road, y Potter dice que desde entonces no ha vuelto a salir. Lo dejé allí y me fui hasta Catford, donde Tinsley fue propietario de una fonda durante algún tiempo; era muy conocido en esos ambientes y se dice que su establecimiento era el peor afamado de todo el sur de Londres.

Gore escuchó en silencio el relato de la carrera de Tinsley como concesionario del *Ring and Mitre*, hasta que Scott llegó al episodio que trajo un repentino final. Una de las atracciones que la casa ofrecía a su clientela, numerosa y jugadora, eran exhibiciones semanales de boxeo y lucha bajo una tienda de lona sita al fondo de la propiedad. Estos entretenimientos, y en especial la lucha con todas sus variantes, eran muy populares. El propietario del establecimiento había ganado muchísimo dinero en esta forma; por desgracia, uno de los luchadores recibió un golpe tan serio en un asalto que murió al día siguiente. Cien testigos juraron que la pelea había sido limpia a carta cabal y que el hombre había muerto por pura desgracia y por su culpa. Pero aunque la policía no tuvo bastantes pruebas para el proceso, suspendió las exhibiciones de la barraca del *Ring and Mitre*, y a su debido tiempo le rechazaron a Tinsley la renovación de su licencia.

—Parece que Tinsley se dio por bien servido con cerrar —continuó Scott—.

Cuando la policía empezó a hacerse presente, la clientela disminuyó en seguida. Además la suspensión de las peleas fue una pérdida muy grande para él, que acostumbraba cobrar diez chelines por la entrada en la barraca. Por supuesto, siempre tenía su hombre bien respaldado y era él quien ganaba. Había en la casa un individuo permanente para el juego, debe de haber sido temible, le llamaban Bonzo; se medía con cualquiera que se presentara y vencía a todos sin excepción. Lo hizo también con algunos buenos. El sujeto que mató era un muchacho judío de Lambeth, llamado...

Scott hizo una pausa un poco sorprendido. El socio más antiguo se había levantado y, acercándosele, le dio una palmada sonora en el hombro.

—Scott —dijo—, ya le he dicho varias veces lo que pienso de usted, pero esta vez se lo digo expresamente. Estaba hablando de Bonzo..., por favor, continúe. ¿Qué pasó con Bonzo cuando Tinsley dejó el *Ring* and Mitre? ¿Ha sabido algo?

—Sí. Todavía está con Tinsley.

—¿Allá en King's Road?

—Sí. Por lo menos así me lo dijeron en Catford. No sé qué sucedió cuando detuvieron a Tinsley... Estuvo encarcelado cinco meses en Wandsworth por salteador de garages.

—Ya lo sé. Pero entonces, ¿Bonzo siguió luego con Tinsley?

—Por lo menos eso fue lo que me dijeron, coronel. Parece que Bonzo era un personaje muy conocido cuando estaba en Catford. Me contaron que hacía juegos de manos para entretener al público. Es un tipo algo extraordinario. Creo que me será fácil averiguar si todo lo que cuentan de él es cierto o no.

—Vaya y vea, Scott. Pienso estar aquí hasta las once, por si descubre usted cualquier cosa esta noche.

Scott llamó poco antes de las diez.

—Coronel, hay algo misterioso en este Bonzo.

—¿Sí?

—Acostumbraba estar en la taberna de Kings' Road, ayudaba en los quehaceres, servía a la clientela y demás. Esto fue el año pasado, hasta principios del verano. Entonces desapareció; estaba enfermo o algo por el estilo y se fue al campo, más o menos en mayo, buscando un cambio de aire. Lo raro es que Tinsley y los otros individuos que tienen la fonda dicen que no ha vuelto por allá. Nunca se le ve, ya ellos no les gusta que les hagan preguntas respecto a él. Pero... le dije que había conseguido trabar amistad con una cigarrera que vive algunas puertas más lejos. Es un individuo honrado; les tiene un poco de ojeriza a Tinsley y a sus camaradas porque venden cigarrillos y tabaco a escondidas y a bajo precio, y una vez lo dejaron fuera en la apuesta de un caballo que pagó 33 a 1. Los otros dijeron que no pudieron hacer llegar su apuesta..., pero usted ya conoce el juego... Bueno, esta noche entré en su negocio a comprar unos cigarrillos; él dice que Tinsley y sus compañeros están ocultando, por una razón o por otra, a Bonzo, que hace tiempo que vino y está encerrado en la caballeriza del fondo, donde Tinsley guarda su ómnibus. Delante de

la caballeriza hay un pequeño corral con paredes altas, y únicamente lo dejan salir cuando oscurece. Me dijo el hombre que algunas veces Tinsley lo saca en el automóvil cuando es de noche. Me aconsejó que no siguiera haciendo preguntas, pues parece que a una o dos personas las apalearon en serio por ser demasiado curiosas. Seguí aquel camino de que hablamos, ¿recuerda? He situado bien la caballeriza perteneciente al número 373, pero no alcancé a oír ningún ruido aunque eran ya las nueve y media. Parece que acostumbran sacar a Bonzo al corral a eso de las once. Volveré a dar otra vuelta por allí.

—Muy bien, Scott, pero tenga cuidado. No queremos que esos pájaros vuelen todavía. A propósito, aquel amigo suyo de investigaciones, ¿sigue rondando por esos parajes?

—Ahora son tres, coronel, y tienen además un automóvil a su disposición. De todos modos no se preocupan ya por nosotros. ¿Se queda usted, coronel?

—No, basta por hoy. Mañana me puede informar sobre la caballeriza. ¡Buenas noches, Scott!, y no se olvide lo valiosos que son para nosotros sus oídos.

—Muy bien, coronel; gracias.

Extractos del diario del coronel Gore, posteriormente transcritos al Legajo 1938 - M 73 MARGESSON, LIONEL.

12 de enero. Ida a Cullerton.

Vi a Bryant en su casa. Dijo que el hombre atacado por el perro de Purefoy en julio fue mordido de gravedad en las piernas. Purefoy lo llevó en su automóvil, ya tarde esa noche, para atender al hombre y al perro. Era un vagabundo que trató de introducirse en la casa rodante. Estaba en cama, cubierta la cabeza con las sábanas, parecía una persona de gran tamaño, con piernas musculosas y velludas. Mordeduras graves, pero limpias. Bryant lo vio sólo una vez. Al perro, varias veces, estaba muy lastimado. Purefoy dijo que el vagabundo se había ido.

Se le preguntó si podía asegurar que el conductor del coche fue el atacante en la noche del 30 de septiembre al 1º de octubre. Lo supuso, pues estaba medio excitado y aturdido. Ahora dice que le pareció que había alguien más por allí. Justo antes del segundo asalto oyó un silbido que se alejaba por el camino. No podía determinar el silbido.

Vi a Nugent en su alojamiento. Me contó su conversación con Margesson, el 28 de septiembre por la noche, acerca de los silbidos en el bosque. Un silbido como el reclamo de la avefría.

Vi a Yallow en la policía. Me dijo que O'Malley-Martin también oyó silbar justo antes de ser asaltado.

El inspector Hawley no pudo conseguir dato alguno de la señora de Margesson antes de que se fuera de Cullerside.

Vi a la señora de Haines en su hogar. Purefoy tomaba sus comidas en casa, pero siempre dormía en el acoplado. Ella nunca vio entrar o salir a nadie. Es medio sorda y

muy corta de vista. Su hija Georgina es ahora la niñera de los hijos del señor Armytage. Purefoy demostraba tener un apetito muy grande. Recuerda que Tinsley vino a visitarlo en septiembre, pero nunca más. Tampoco lo vio entrar en la casa rodante.

Cree que el perro también lo asustaba.

Vi a Bodley, en la granja Shramley Pound (sita en el mismo camino más allá de la casa). Conocía muy bien a Purefoy, pues pasaba todos los días por su casa. En los alrededores de la casa rodante únicamente vio a Purefoy. Éste le previno contra el perro. Recordaba haber oído una noche de julio el gruñido del perro, se adelantó un poco por el sendero y luego se volvió. Al día siguiente Purefoy le dijo que un vagabundo había lastimado al perro. Notó que la puerta del acoplado estaba estropeada, pero cree que Purefoy mismo la arregló. Recuerda haber visto a Tinsley por esos lugares en septiembre. Tinsley encontró a la esposa de Bodley en el camino y le vendió un reloj de pulsera en diez chelines; más tarde el marido descubrió que era un reloj de valor y la obligó a entregarlo a la policía.

Regresé a Londres a las cuatro y media. Fui a Norfolk Street a las diez y cuarto. Neblina.

Anoche Scott fue malamente golpeado en las cercanías de Welham Lane; fueron tres los asaltantes; cree que Purdon era mío de ellos. La caballeriza 373 parece ocupada.

La señora de Nicolette estuvo con Tolley esta tarde. Dejó un dibujo (a la carbonilla) que fue echado anoche en el buzón del convento, dirigido a la señora de Margesson (con letras mayúsculas en tinta). El dibujo, muy hábil, representa un conejo acechando por el ojo de la cerradura.

Granley envió copia de la respuesta del telegrama al Eire. Único hijo, nacido muerto el 17 de noviembre de 1918 en Gortrisha. El testimonio está firmado por W. P. Mulligan, F. R. C. S. I., Ballinabar.

En el diario no está asentado un incidente que tuvo lugar ese día, alrededor de medianoche, en el dormitorio del coronel Gore. Al sacar las monedas de sus bolsillos, escogió un penique, le echó una mirada soñolienta, y lo tiró al aire con toda formalidad diciendo: «cara».

Capítulo Decimocuarto

UNAS veinticuatro horas más tarde encontramos a Gore por las calles de Dublín, dirigiéndose al Shelbourne y observando que en la capital del Eire son ahora simple recuerdo los coches típicos de Irlanda. En las primeras horas de la tarde del día siguiente estaba sentado, frente a un almuerzo algo tardío, en el Hotel Considine de Ballinabar. La propietaria, una joven animada y bulliciosa, con una lengua tan vivaz como sus inquietos ojos, entró en el salón a averiguar «si era atendido», y lo miró con interés y sorpresa cuando él le preguntó acerca de la situación respectiva de Gortrisha y Mountgarrett.

—¿Usted..., usted no es el señor que estuvo antes aquí? El señor que vivió en Mountgarrett... Cuidado con el plato, viene muy caliente, recién sacado del horno. El señor Sinnott... ¿No es usted el señor Sinnott?

—No —sonrió Gore—. Pero el señor Sinnott es amigo mío. No me dijo que hubiera vuelto por aquí.

Sin embargo, resultó que el señor Sinnott había regresado en febrero de 1937 al lugar donde naciera; pasó dos noches en el Hotel Considine y dejó favorable impresión por sus maneras sencillas y agradables. Hacía sólo cuatro años que la propietaria, señorita Malone, había llegado a Ballinabar procedente de Galway; por este motivo no podía recordar a los Sinnott que vivían en Mountgarrett. Pero el señor Sinnott encontró mucha gente en el pueblo que se acordaba de él y de su familia; parecía entretenerse visitándola y hablando de tiempos antiguos. La señorita Malone no sabía si habría dibujado, pues pasaba la mayor parte del tiempo paseando.

Era evidente que el señor Sinnott no habría ido hasta Ballinabar sólo de paseo. Después de comer, Gore se fue en busca del jefe del registro civil de la localidad, y lo encontró en su oficina en mangas de camisa; limpiaba una escopeta de calibre 12. Hacía pocos años que el señor Macauley desempeñaba su puesto actual. Luego de una pequeña discusión sobre los placeres de la caza de becasas, sacó el registro, manchado de humedad, donde figuraban los nacimientos del lugar asentados en 1918 y dio testimonio de que el 17 de noviembre de ese año nació muerto un hijo varón de Dermond O'Malley-Martin, de Gortrisha, Ballinabar, Co. Mayo, y de su esposa, Enid. Certificaba el nacimiento W. P. Mulligan F. R. C. S. I.

—Usted es la segunda persona que ha deseado informes sobre este nacimiento —dijo el señor Macauley al guardar el volumen otra vez. Sin ninguna dificultad fue inducido a narrar cómo un tal secar Sinnott, que había sido amigo de los padres de la criatura, estuvo en su oficina a principios de 1937 y verificó esa anotación en particular. A Macauley le interesó mucho saber que el señor Sinnott también había nacido en Ballinabar, y le ayudó para dar con el paradero de algunas personas que conociera antes y que aún vivían en el pueblo y sus alrededores. Macauley supuso que el señor Sinnott estaba actuando por encargo del coronel O'Malley-Martin, el cual vivió en Gortrisha antes de que lo incendiaran, porque demostró mucho interés

por encontrar a un hombre llamado Hennessy que estuvo empleado en Gortrisha como casero, y a una señora de Daly que fue la única persona salvada del incendio.

—Es un feliz acierto el suyo —sonrió Gore sin vacilar—. En realidad es por eso por lo que lo he molestado tanto. Además tengo sumo interés en hablar con esas dos personas que usted acaba de mencionar. Precisamente yo no sabía qué hacer para encontrarlas.

—Entonces no necesita calentarse la cabeza por eso —dijo Macauley. Acto seguido lo informó de que el viejo Ned Hennessy vivía con su anciana madre, sin pagar alquiler, en el pabellón de portero de Gortrisha, la exseñora de Daly, ahora de Kenny, habitaba la segunda casa a la derecha, pasando la iglesia protestante, en la carretera de Castlebar. Después de que Macauley contara espontáneamente que Sinnott preguntó por el viejo doctor Mulligan y pareció desilusionado al saber que había muerto varios años antes, el visitante se despidió muy cordial del afable jefe del registro y lo dejó examinando el cañón de su adorada escopeta.

Mientras marchaba por la única calle del pequeño pueblo, Gore se entretenía en comparar la semejanza del Ballinabar real con el que forjara su imaginación. A no ser por un ómnibus de Galway, pintado de azul y amarillo, detenido frente al Hotel Considine cuando él pasaba, le parecía estar aún en la Irlanda de aquellos antiguos tiempos tan alegres, cuando pertenecía al destacamento de Island Bridge y jugaba al polo en el Fénix. Era una tarde fresca y agradable. El olor a humo de pasto quemado, el ¡buenos días tenga usted, señor! O, dicho al verlo pasar, por el dueño de un cerdo indómito, el alegre ruido de las ruedas de hierro del coche de la niñera..., todo le hizo olvidar por un momento la diligencia que le había renovado estos viejos recuerdos.

Los O'Malley-Martin habían edificado su antigua fortaleza sobre la cresta de una colina que se levantaba abrupta en el llano pantanoso. Después de subir media milla, la carretera del sur pasaba por Mountgarrett, una casa cuadrada, blanca, fea, ocupada ahora por un avicultor. Otra milla cuesta arriba lo condujo frente a los inmensos portones de hierro de Gortrisha, cubiertos de herrumbre, sostenidos por enormes pilares de piedra medio derruidos y flanqueados de cada lado por una formidable balaustrada de curva mamposería, cubierta de musgo. Detrás, a un lado, se encontraba la portería construida en piedra y de un tamaño tan grande como la generalidad de las villas suburbanas. Pasando los portones, al final de una avenida bien recta, de una milla irlandesa de largo, según supo después, y flanqueada por una doble hilera de tilos gigantescos, apareció ante sus ojos lo que había quedado de Gortrisha: un esqueleto negruzco entre cuyas grietas y brechas aparecía el horizonte.

Aquel completo abandono y desolación lo impresionó de tal manera que se detuvo un momento a contemplar la perspectiva de tan desierta y larga avenida, sin darse cuenta de que una vieja había aparecido en la puerta del pabellón de entrada. Cuando con cierta dificultad él abrió los portones, la mujer, una pobre viejecita tan encorvada que las puntas del chal que la envolvía de pies a cabeza arrastraban por el suelo, levantando el brazo en débil amenaza, dirigióse cojeando hacia él mientras con

voz chillona parloteaba en irlandés. Con gran alivio de Gore, salió por el costado del pabellón un hombre maduro de aspecto decente, quien tomó a la vieja furiosa en sus brazos y se la llevó para dentro. Al cabo de breves momentos se presentó de nuevo, y con un «¡Buenas tardes!» reservado, esperó que le explicaran el motivo de aquella intrusión.

El rostro sereno y afable de Ned Hennessy se aclaró cuando supo que estaba hablando con un amigo del señor Sinnott; y al saber que el visitante deseaba conocer de cerca lo que aún quedaba de la casa, se ofreció a acompañarlo en un paseo de un par de millas. En efecto, en tiempos pasados él fue portero cuando vivía en Gortrisha el coronel O'Malley-Martin, como antes vivieron su padre y su abuelo. Ahora no era empleado de nadie. Vivía en el pabellón con su madre; ya hacía dieciséis años que estaban y nunca los habían incomodado. Algunos pensaban que la propiedad aún pertenecía al coronel y otros creían que era del gobierno. Ned Hennessy opinaba que Gortrisha no tenía dueño en la actualidad. De todos modos nadie apareció para molestarle, así que nunca le preocupó quién fuera el propietario.

Muy pronto se descubrió la razón de su completa indiferencia sobre el paradero y fortuna de su antiguo patrón, como también la de su hondo afecto por la memoria de la señora de Sinnott y su hijo. Resultó que en 1918 Hennessy fue despedido de su puesto de portero, injustamente según él. La señora de Sinnott fue el paño de lágrimas en sus momentos de apuros, le dio trabajo y también alojamiento a su madre en Mountgarrett. Después de la muerte de la señora de Sinnott en 1923, tuvo que buscar dónde vivir porque el señor Casimiro se había ido al Canadá el año anterior. Entonces, como el coronel se trasladara a Inglaterra y ni un alma se acercaba a Gortrisha, al estar allí ese pabellón desocupado, se dijo a sí mismo que su madre y él bien podían aprovecharlo como lo aprovechaban los ratones, y desde entonces nadie se había opuesto a ello.

Alegaba que fue la señora de O'Malley-Martin quien hizo que el coronel los arrojara a la calle a él y a su madre, sin previo aviso ni indemnización. Era de un orgullo terrible, rencorosa y de mala índole. En Ballinabar todos sabían en qué acabaría aquello, con esos oficiales rondando la casa, corriendo tras ella como perros con la lengua fuera. Todos sabían lo que estaba pasando en las mismas narices del coronel, menos él mismo...

Gore, alentándolo con prudencial consiguio sacarle los detalles de la pequeña comedia que dio por resultado su expulsión de la casa. Sin imaginarse la horrible tragedia de la que había presenciado el primer acto, Hennessy detúvose de pronto hacia la mitad de la avenida, entre las ruinas quemadas de un chalecito de madera, cuyas ventanas sin vidrios miraban hacia la vasta llanura tostada que se extendía al Oeste.

—Ése —dijo señalando la casa— es el sitio exacto donde sucedió... Cuando hacía buen tiempo, acostumbraba ella venir aquí para pintar. El señor Casimiro..., bueno, no, lo puedo negar, estaba un poco enamorado, y siento haberlo presenciado

porque ella lo provocaba y luego se reía de él. De todos modos él estaba con ella ese día de que estoy hablando. Acostumbraba darle clases de pintura, supongo que para tratar de estar con ella, porque se creía con gran talento. Pero por cierto que no la creo en absoluto una gran artista. El hecho es que, por un motivo o por otro, desde un principio le tomó antipatía a mi pobre madre, e hizo que el coronel me diera órdenes para que no se acercara a ninguna parte, de la casa donde ella pudiera verla. Mi madre siempre ha sido un poco rara, la pobre infeliz. Cuando veía a cualquier extraño empezaba a amenazarlo con los puños y a disparatar como una loca, como hizo con usted cuando lo vio en los portones. La pobre nunca le ha hecho mal a nadie en su vida. Pero, por supuesto, esta extraordinaria dama podía hacer lo que quisiera y se me ordenó que mi madre debía permanecer fuera de su vista. Aquella mañana, por mi mala suerte, tuve que ir hasta la casa a cobrar mi sueldo y al regresar vi a mi madre aquí mismo, de pie, detrás de esta glorieta. Yo bien sabía que adentro estaba la orgullosa dama con el señor Casimiro, porque los había visto entrar en el chalet. Bueno..., no supe qué hacer. Le hice señas a mi madre para que se alejara, pero no me hizo caso. Temía acercarme a ella de miedo a que empezara con sus disparates y lo echara todo a perder. Me quedé mirándola como tonto y con gestos procuraba lograr que se retirase. En ese preciso momento, para mal de mis pecados, aparece de repente por el otro lado la delicada señora, seguida del señor Casimiro. Él iba tratando de abrazarla..., por fin la agarró y quiso besarla, pero ella le dio un golpe en la boca y él la soltó. Entonces ella corrió alrededor de la glorieta y vino a dar justo donde estaba mi madre. Supongo que creyó que ésta había escuchado lo que sucedía adentro entre ellos. De todas maneras, estaba tan enojada con el señor Casimiro que le dio un empujón a mi madre, la tiró de espaldas y empezó a llamarla de todo. «Mona loca y espantosa —le dijo—, debiera estar encerrada en una jaula. Fuera de mi camino y que no vuelva a ver esa cara de mona, pues haré que le suelten los perros». Luego se volvió hacia mí, que ya me había acercado, corriendo cuanto me daban las piernas, y me reprendió. Me costó mucho, pero me contuve y dejé que desatara su furia mientras yo trataba de convencer a mi madre para que viniera conmigo; pero no lo conseguí. En aquellos días era ella muy fuerte y allí estábamos...: la señora insultándome y yo queriendo sujetar a mi madre para evitar que pudiera usar sus manos, pues trataba de pegarle mientras maldecía y escupía como una gata; el señor Casimiro no sabía qué hacer y buscaba la forma de tomarlo todo en broma. Pero al fin no resultó broma para él... Por la avenida apareció un automóvil con dos oficiales que venían a la casa desde el pueblo. Cuando vieron a la señora de O'Malley-Martin se detuvieron; uno de ellos bajó y se acercó a ver qué pasaba. No sé el cuento que le llevó la señora, pero de todas maneras, se vino a mí con el pecho erguido. «¡Oiga usted, pedazo de tonto! —me dijo—. ¡Salga de aquí y llévese a su madre loca con usted! ¡Vamos! ¡Pronto! ¡Váyanse los dos al diablo!». «Lo haré tan pronto como pueda», le contesté. Pero al señor Casimiro le disgustó que me hablara en esa forma, como si él fuera el patrón, y le dijo que guardara sus

órdenes para sus propios sirvientes. El oficial, un hombre muy grande, un mayor cuyo nombre no recuerdo, se volvió, le echó una mirada al señor Casimiro, lo agarró, y le dio tal puntapié atrás como usted no lo habrá visto en su vida. Todo lo que pudo hacer el señor Casimiro, que parecía un enano junto al oficial, fue rodar por la hierba, retorciéndose y gimiendo. Esto sacó a mi madre completamente de quicio; empezó a disparatar; maldecir y amenazar con los puños, hasta que la señora subió al automóvil con los dos oficiales y se fueron riéndose a carcajadas del pobre señor Casimiro, tirado en la hierba. Cuando vino a verme, hará dos años el mes que viene, me dijo que todavía sentía donde le dieron el puntapié. «Bueno, señor Casimiro —le dije—, aquello le fue útil en cierto modo, pues lo mantuvo alejado de estos portones desde aquel día hasta hoy». Ésta es la pura verdad. Jamás volvió a poner los pies adentro después de este episodio, ni siquiera cuando el coronel vivía solo luego que la señora lo dejó.

«Con todo, a la mañana siguiente vino el coronel a la portería y me ordenó que sacara a mi madre de allí. Dijo que yo podía quedarme, pero que ella debía salir por las buenas o por las malas. Sabía que nadie quería a mi madre a causa de sus manías y ello significaba que acabaría en un asilo, lo que no deseaba para ninguna persona allegada. Entonces le contesté al coronel que con ella me iría yo también. Su respuesta fue: “perfectamente”, y que sería tanto mejor si salíamos los dos. Al día siguiente nos marchamos con nuestras pocas cosas y puedo asegurarles que cuando llegamos al portón no sabía para qué lado tomar. Sin embargo, como ya le dije, la señora de Sinnott, Dios la tenga en su gloria, nos dio alojamiento por la noche y terminamos quedándonos cuatro años allá en Mountgarrett, en una cabaña que mandó hacer para nosotros detrás de la casa, hasta que ella murió».

Gore contempló meditativo la sombría extensión del pantano, limitado por una pared festoneada de montañas con picos cubiertos de nieve.

—Supongo que eso sucedió en verano.

—Sí, señor. Era a fines de junio cuando dejamos el pabellón.

—¿Y la señora de O'Malley-Martin tuvo un hijo después, en ese año?

—Sí, señor; en noviembre. Pero estaba muerto cuando nació. Pienso que fue una suerte para la criatura.

Por un momento Gore siguió mirando las montañas.

—¿Su madre habla siempre en irlandés? —preguntó mientras seguía andando.

—Sí, señor. Le comprenderá si le habla en inglés, pero ella no lo sabe hablar, salvo una palabra o dos.

—Debe de tener mucha edad ahora.

—Noventa y siete años, señor —contestó Hennessy—. Yo ya estoy para cumplir setenta.

—¿Cómo se entendía con la señora de Sinnott y su hijo? ¿Bien?

—Perfectamente, señor. Mi madre tenía una gran predilección por el señor Casimiro, porque se sentaba a escucharle sus viejos cuentos y tonteras mientras le

sacaba croquis.

—¿Comprendía él lo que decía?

—Claro que sí. El señor Casimiro habla irlandés tan bien como yo y tal vez mejor. Como que la señora de Sinnott escribía sus poesías en irlandés.

Mientras daban una vuelta por las ruinas melancólicas de la casa, Hennessy se detuvo para señalar en lo alto.

—¿Ve aquella ventana allá arriba? Pues en ese cuarto fue donde la señora de Joyce, la vieja casera, murió quemada viva. Los Black and Tans trataron de hacerla saltar por la ventana, según dijeron después. Pero ella tuvo miedo.

—Había un chico con ella en la casa, ¿no es así?

Hennessy se rascó la cabeza.

—Vea, señor, es una cosa curiosa que usted haga esa pregunta. Es la mismísima que me hizo el señor Sinnott cuando estuvo aquí aquella vez. Pero cuando sucedió el incendio no había ninguna criatura en la casa. Las únicas que estaban era la señora de Joyce y su hija, entonces señora de Daly; pero ésta se casó por segunda vez y ahora es la señora de Kenny. Todavía vive allá en el pueblo. Huyó y dejó a su madre al oír los gritos de los Black and Tans, y al verlos acercarse por la avenida. Y la prueba es que hasta este momento no lo ha podido olvidar tampoco.

—¿Tenía un hijo?

—¡Al diantre con el hijo! También me preguntó eso el señor Sinnott. Ella nunca ha tenido hijos...; todo lo que ha tenido han sido dos maridos para que le ayuden.

—Entonces está bien seguro de esto. No había ninguna criatura en la casa aquella noche del incendio.

—Tan seguro como que lo tengo a usted por delante. ¿Hijo de quién podría ser?

—¿Nunca oyó decir que los Black and Tans se hubiesen llevado un chico?

—Ni una palabra, señor, excepto a usted y al señor Sinnott, por cierto. ¿Acaso no discutí aquí mismo con el señor Casimiro, sobre el tema del padre y la madre, en el mismo lugar en que está usted de pie ahora? Él se fue a interrogar a Maggie Kenny y quiso convencerla. Pero estoy seguro de que ella le dijo lo mismo que yo le había contado... desde entonces muchas veces me he preguntado cómo se le habrá metido en la cabeza que los Black and Tans se llevaron una criatura.

Ned Hennessy no recibió contestación a esta pregunta indirecta, y ya oscurecía cuando volvieron por la avenida hablando de su hijo, que fue sargento en el regimiento de Connaught durante la guerra y era ahora apoderado de un cinematógrafo de Glasgow. Al separarse frente a los portones, Gore miró hacia atrás a la silueta fatal cuyos bordes festoneados se recortaban nítidos contra la última luz del crepúsculo; su acompañante tradujo sus pensamientos en palabras.

—¡Ay! Mirar esto da a veces vuelcos al corazón. Adiós, señor, y muchas gracias. Hoy en día no quedan muchos de su casta. Dios lo bendiga...

Gore se encaminó a casa de la señora de Kenny después de visitar al viejo párroco, hombre paternal y perspicaz, que insistió en ofrecerle té y tostadas con

manteca, en recuerdo de su antiguo amigo Dermond O'Malley-Martin. Afirmó que él mismo había oficiado en el entierro de un hijo sin bautizar de este último, en un recinto especial del cementerio de San Kevin. La señora de Kenny en persona recibió al visitante, pero de mala gana. Una mirada a la cara hostil y suspicaz, en la media luz del pequeño interior, bastó para convencerlo de que sería completamente inútil cualquier tentativa de astucia.

—Señora de Kenny —dijo derechamente, mientras una mano poco afable le indicaba una silla—. ¿Recuerda usted a un amigo mío, el señor Sinnott, que vino a verla hace un par de años?

—Sí, me acuerdo —contestó desafiante la señora de Kenny poniendo los brazos en jarras.

—Usted le dijo, según tengo entendido, que la criatura que estaba en Gortrisha la noche del incendio...

—No había ninguna criatura en Gortrisha en la noche del incendio. Ni tampoco en otro momento. Si para eso ha venido, puede ahorrarse el trabajo de hacer más preguntas. No había ninguna criatura en Gortrisha. Ya se lo dije al señor Sinnott. Ahora le digo lo mismo a usted y basta con el asunto.

—Mucho me temo no poder aceptar esa declaración, señora de Kenny. Aquella noche había una criatura en Gortrisha; los Black and Tansse la llevaron. Vea..., éste es un asunto muy serio. Deseo que lo comprenda. Usted no puede permitir que cualquier clase de compromiso o de promesa que alguien le haya obligado a hacer, ya sea el coronel O'Malley-Martin u otra persona cualquiera, la induzca a hacer una declaración falsa.

—Oiga usted —dijo la señora de Kenny—. Me gustaría saber quién es usted. ¿Qué lo trae a mi casa para amenazarme e importunarme con sus preguntas? Váyase de aquí ahora mismo si no quiere que mi marido le conteste en una forma que no le va a gustar... ¡Miguel!... —Miguel apareció con tal prontitud que parecía haber estado detrás de la puerta esperando la llamada.

—¿Qué pasa, Maggie? —preguntó.

—¡Bah! —Replicó su esposa con desprecio—, son tonterías sobre una criatura que se habrían llevado de Gortrisha la noche del incendio. ¡Habrase oído alguna vez cosa igual!... ¡Venir aquí después de tanto tiempo con semejante patraña! Escúcheme bien, caballero. No sé quién es usted ni me importa. Pero le digo de una vez para siempre que no había ninguna criatura en Gortrisha, ni quemada ni robada. Ahora le agradeceré que se retire y que al salir cierre la puerta.

—Muy bien, señora de Kenny —contestó el visitante, levantándose—; entonces tendremos que encontrar otros medios para convencerla de que cambie de parecer. En la casa había una criatura y se la llevaron los Black and Tans. Lo sabemos positivamente. Ahora mismo vive. Casi con absoluta seguridad puede decirle que usted y su madre consintieron en un atentado criminal, hace diecisiete años, al simular, tres años antes, la muerte de ese chico como ocurrida antes de haber nacido.

Si usted insiste todavía en su falsa declaración tendrá que atenerse a las consecuencias. No crea que un delito cometido hace veinte años contra la ley está olvidado y enterrado. El coronel O'Malley-Martin puede haberla inducido a cometer ese delito valiéndose de su lealtad y la de su madre hacia su familia; pero no podrá salvarla de la pena por haberlo cometido. Vamos, sea razonable. La criatura era el hijo del coronel O'Malley-Martin, ¿no es ésa la verdad? Claro que sí. Y cuando él volvió de Dublín después del incendio, usted le dijo que había muerto quemado con su madre, porque en aquel entonces usted creyó que así había sido. Empero, como se lo he dicho, estaba equivocada. Esté o no contenta de saberlo, de todos modos usted se equivocó.

Con el rostro sombrío, Miguel dirigía con creciente inquietud su mirada, de la cara de Gore a la de su esposa. Se acercó a ella y le agarró los dos brazos cuando se volvía para evitar el examen implacable de Gore.

—¡Vamos! —Dijo con brusquedad—, es inútil que le ocultes tu cara al caballero. Mejor es que acabemos de una vez, ya que se ha llegado, tan lejos. Maggie, ¿es verdad lo que has oído? Basta de tapujos y contéstame. Lo que dice ¿es verdad? ¿Por esto el coronel te manda el dinero todos los meses? ¡Contéstame! Es mejor que...

Capítulo Decimoquinto

ANTES DE salir de Ballinabar en el tren correo de la noche, Gore encontró nuevos rastros de los pasos del señor Sinnott sobre la pista que le siguiera esa tarde. Había hecho preguntas insistentes que dejaron perplejos a algunos parientes del viejo doctor Mulligan, quien había atendido a la señora de O'Malley-Martin en su parto prematuro, pero ellos ignoraban por completo que el médico hiciera jamás algún comentario sobre aquella señora. No se sabía nada, y si el viejo médico tuvo algún secreto que guardar lo supo hacer bien.

Sin embargo, Gore estaba seguro de que Purefoy había vuelto a Ballinabar con el firme propósito de hacer las mismas averiguaciones que él, y que a pesar de los resultados negativos de sus entrevistas con Hennessy, la señora de Kenny, la hija y la sobrina nieta del doctor Mulligan, salió de Ballinabar firmemente convencido de que en aquella noche de 1921 los Black and Tans secuestraron a una criatura. Él mismo vio al chico con ellos esa noche en casa de su madre, asistió al «bautismo», y era muy probable que oyera el destino que desde un principio pensaba darle Tinsley: llevarlo al circo de su viejo padre. Más avanzado el año 1922, se fue al Canadá y se quedó allí hasta 1935. Trece años... ¿conseguirían hacer olvidar al mujeriego el puntapié y la carcajada que completó su humillación? ¿Sería mera coincidencia que a principios del año siguiente, a su regreso a Inglaterra, Purefoy viviera teniendo a la vista a dos de los principales actores de aquella farsa de hacía quince años, y que doce meses después regresara a la escena de su humillación siguiendo la pista de Bonzo? Gore no dudaba de que ya le habría seguido la pista a Tinsley desde el circo de su padre hasta el *Ring* and Mitre de Catford. Con toda probabilidad era él uno de esos clientes que pagaban diez chelines por su entrada a la barraca del fondo. En el verano de 1937 siguió a los Margesson hasta Cullerton. En el verano de 1938 volvió otra vez, con una casa rodante, y siempre acompañado por un perro bravo acampó a poco más de una milla de distancia de ellos. Desde su conversación con Bryant no le quedó más duda a Gore de que en esa casa rodante estaba Bonzo, haciendo un paseo al campo para cambiar de aire.

Bueno, como preguntaba la señora de Nicolette: «y ¿entonces?».

Un largo rastro, a través de casi dieciocho años. Arrinconado en su asiento, Gore contemplaba por las ventanas el cielo estrellado, y sonrió ceñudo al recordar aquel dibujo destinado al buzón del convento, pues ahora veía en él un significado nuevo. El conejo sabía..., pero su implacable enemigo lo ignoraba aún.

Esta suposición recibió un rudo golpe cuando llegó al día siguiente, un poco antes de mediodía, a Norfolk Street, después de volar desde Baldonnell a Croydon. Al saber que estaba de vuelta, su socio entró al instante en su oficina.

—¡Ah, por fin llegó! —Dijo el señor Tolley al entrar—. Mire, coronel, creo que le gustará saber en seguida que el día anterior a su partida, el jueves por la noche, Purefoy se fue a Cullerton con su casa rodante. Alguien iba con él en el vehículo. Ha

establecido su campamento detrás de una de esas casitas, donde reside una tal señora de Haines.

—¡Demonios! —Exclamó el coronel Gore con énfasis—. ¿Quién ha dicho eso?

—Scott. Tinsley fue para allá la misma noche; Scott y Potter lo siguieron. Sin embargo, Tinsley y Purefoy no se han reunido. Por lo visto, Purefoy no sabe que Tinsley está allí, así lo cree Scott. Tinsley lo está acechando.

Tolley prosiguió con los detalles de este éxodo inesperado que Scott y Potter le comunicaron por teléfono.

—En la noche del jueves 12 vigilaron a Tinsley desde King's Road hasta la casa de Purefoy, en Shackelford, adonde legó cerca de las once y media. Scott; que lo había seguido hasta el jardín, lo vio bajar de su automóvil, cerrarlo con llave y encaminarse a la casa. Poco después regresó con Purefoy. Tuvieron una violenta discusión, la cual terminó con la partida de ambos, pero retornaron otra vez en un coche que llevaba un remolque. Tinsley abrió las puertas de su automóvil, y con aparente dificultad convenció a alguien, encerrado durante todo este tiempo en el coche, de que bajara y subiese al remolque, el que luego fue cerrado con llave por Purefoy. Éste se ausentó de nuevo por un buen rato y volvió con un par de valijas; las metió en el automóvil al que estaba agregado el remolque y arrancó después de otro cambio muy áspero de palabras con Tinsley. Éste subió de un salto a su coche y lo siguió, pero al llegar a los portones, el que conducía el remolque dobló en dirección a Farnham mientras que Tinsley tomaba por la carretera de Guilford. Casi en seguida se detuvo, dio la vuelta y, dirigiéndose tras el otro coche, le dio alcance justo en las afueras de Farnham.

»Los tres vehículos habían viajado durante la noche hasta llegar a Ockenford. Allí se detuvo Tinsley esperando casi una hora en su automóvil, pero luego continuó a Cullerton y desapareció con su coche en el patio del Crown Hotel en la Market Square.

»Como a las dos de esa misma noche Scott y Potter vieron salir del hotel a Tinsley, en su coche, lo siguieron unas tres millas por la carretera de Ockenford, lo vieron dejar el automóvil, efectuar un detenido reconocimiento y luego conducir de vuelta al hotel. Antes de emprender el regreso Scott descubrió que el objeto de su curiosidad había sido la casa rodante de Purefoy, que estaba estacionada a corta distancia del camino, detrás de una casita.

»Reanudaron su vigilancia del Crown Hotel hasta las cuatro; Tinsley salió de nuevo, esta vez a pie. Caminó un buen trecho por el mismo camino y anduvo vagando hasta que de una casa grande de las cercanías salió una joven. A esa hora estaba aún bastante oscuro; Tinsley se dio cuenta, por las luces de un vehículo, de que lo venían persiguiendo. Scott dejó entonces a Potter en el coche y continuó a pie detrás de ellos hasta que Tinsley y la mujer llegaron y entraron en la casita detrás de la cual estaba estacionado el remolque. Scott esperó. Pasaron las horas y Tinsley no aparecía; entonces resolvieron regresar al pueblo por el resto de la noche. La suerte

los acompañaba. Al día siguiente vieron a Tinsley de pie en la puerta del Crown Hotel.

»En la tarde de ese mismo día 14 se volvió a encontrar con aquella joven en el mismo lugar, y de nuevo desaparecieron juntos detrás de la casa, quizás con la intención de pasar la noche allí. El último informe telefónico de Scott, recibido a las veintiuna del día anterior, comunicaba su intención de vigilar la casa durante la noche. Había averiguado que la ocupaban una tal señora de Haines y su hija; ésta trabajaba durante el día en una casa vecina a la de sus encuentros con Tinsley, pero volvía a su hogar todas las noches».

—¿Dijo Scott dónde se hospedaban con Potter? —preguntó Gore.

—En el Royal George. También está situado en la Market Square.

—¡Hasta la vista! —dijo el socio más antiguo, y partió.

Ese domingo por la tarde estaba la región del Oeste envuelta en una densa niebla, y al pasar por Exeter, Gore se dio cuenta de que iba camino de Moreton Hampstead en lugar de hacia Ockenford. Su equivocación le costaría varias millas más de viaje, pero con la ventaja de encontrar menos tránsito en la ruta a través de la ciénaga. Prosiguió su camino complicado, hasta que una milla después de pasar Princetown, surgió entre la niebla, como a diez yardas adelante del radiador de su coche, una persona de uniforme con los brazos en alto.

Al ver aquel rostro serio mirándolo inquisitivamente por la ventanilla, Gore paró el motor.

—¡Hola, Yallow! —dijo—. Está muy lejos de casa esta tarde. ¿Quiere subir, o es que se ha escapado algún otro de Dartmoor?

—No, señor. Pero ha ocurrido otro asunto desagradable en Cullerton, en la carretera de Ockenford..., igual que los otros. Esta mañana temprano se ha hallado a un hombre muerto a golpes, el cual se hospedaba en el Crown Hotel de Cullerton bajo el nombre de Birmingham, pero hemos averiguado que su verdadero nombre es Warden. Los culpables fueron vistos. Eran dos; desaparecieron tomando el rumbo de la ciénaga. Todo el día los hemos estado buscando. —Yallow señaló vagamente en la oscuridad hacia el Norte—. Lo último que se sabe de ellos es que tomaron esa dirección. Usted puede oír los perros...

Gore descendió y se detuvo un momento a escuchar los ladridos distantes de la jauría, esperando otros detalles más precisos. Todo lo que Yallow pudo agregar fue que el asesinato se había cometido esa misma mañana como a las seis y media, justo fuera de la casa de la señora de Haines y en presencia de la hija de esta señora y de un hombre que persiguió a los dos asesinos en la neblina. Al oír los gritos de las dos mujeres, un granjero llamado Bodley y su esposa acudieron en su auxilio y encontraron en el camino al hombre muerto. Al parecer lo transportaron allí desde el lugar donde lo mataron. El granjero corrió al pueblo a dar parte a la policía y en seguida se organizó la búsqueda de los prófugos.

—Lo más extraño del asunto es que las mujeres dicen que uno de los dos sujetos

era un tal señor Purefoy, un caballero que yo conozco muy bien, una persona tan agradable y tranquila, que todos la deseaban conocer. Llegó el viernes por la noche con su casa rodante... Discúlpeme, señor, estamos interceptando el tránsito...

Yallow dirigióse a otro coche, unos pocos metros más adelante, cuyas luces apenas se distinguían, y Gore prosiguió su viaje a Cullerton a toda la velocidad que permitían las curvas de la angosta pendiente del valle. No encontró a Potter ni a Scott en el Royal George, ni se sabía nada de ellos desde la noche anterior.

Tuvo un gran alivio al encontrarlos en la policía, en careo con el inspector Hawley, pues había adivinado la identidad del perseguidor solitario que al amanecer siguió a los fugitivos a través de la ciénaga. Según le dijeron, Scott no presencié el asesinato porque durante la noche vigilaba la casa desde una prudente distancia, pero oyó los gritos de la víctima y de las dos mujeres, y al correr por el sendero pudo ver a dos personas huyendo en dirección a la granja Shramley Pound. A un centenar de yardas más lejos encontró sobre el camino el cuerpo de Tinsley, comprobó que estaba muerto y continuó la persecución. En menos de un cuarto de hora perdió no solamente la esperanza de alcanzar a su presa, sino también el sentido de la orientación, cayó en un pozo del pantano, se torció un tobillo y por último, como a las tres de la mañana, a cuatro millas más lejos, uno de los policías de la localidad lo encontró en la ciénaga extenuado, medio congelado, y todavía cojeando e insistiendo en continuar una dirección equivocada.

Potter, que se hallaba dormido en el coche estacionado en el camino algo más lejos, despertóse con los gritos y obtuvo de la señora de Haines y su hija un relato de lo sucedido, antes de la llegada de la policía.

—Lo que la chica dice, coronel, es que el viernes por la mañana, muy temprano y sin previo aviso, Purefoy llegó a la casa con su remolque y le pidió a su madre le permitiera estacionarlo unos días donde lo había tenido antes. Su madre le contestó afirmativamente y no pensaron nada más sobre ello. Pero esa tarde la muchacha, cuyo nombre es Georgina, encontró a Tinsley (ella lo conoce por Warden), esperándola fuera de la casa donde trabaja durante el día. Éste le dijo que tuviese cuidado con Purefoy porque le parecía que andaba en algo y la estaba buscando; deseaba que mientras él rondase por allí convenciera a su madre de que le permitiera pasar la noche dentro de la casa para cuidarlas. Lo que se desprende de todo esto es que ella estaba bastante entusiasmada con Tinsley, por la forma como se condujo al saber que lo habían muerto. De todos modos supo arreglárselas muy bien con la madre, pues Tinsley se quedó ese día en la casa y anoche también. Esta mañana, como a las seis, le preparó un poco de té y lo hizo salir por el fondo después de combinar un nuevo encuentro en el camino para esa tarde. Empezaba a subir las escaleras para su cuarto, cuando lo oyó gritar, corrió abajo, abrió otra vez la puerta del fondo y vio a Purefoy muy cerca y a otro hombre al lado en el suelo, arrodillado sobre Tinsley y golpeándolo con sus puños. Cerró la puerta de un golpe, le echó el cerrojo, se precipitó arriba junto a su madre y las dos empezaron a pedir auxilio, a gritos, por la

ventana. Poco después oyeron que alguien llamaba desde el camino; era Scott. Luego vieron al otro hombre recoger a Tinsley, echárselo al hombro, y junto con Purefoy correr por el sendero hacia la granja Shramley Pound. Observaron a Scott cuando pasaba delante de la casa persiguiéndoles a todo lo que le daban las piernas; le gritaron señalando por donde se habían ido los otros y luego perdieron de vista a todos. La neblina estaba muy densa esta mañana temprano, aún peor que ahora. Al oírlas gritar acudió gente de la granja y dijeron que al venir habían encontrado a Tinsley en el camino. En ese momento estaba yo también allí. Bodley volvió y buscó su coche para ir a Cullerton. Le pregunté a la muchacha qué había querido significar Tinsley cuando le dijo que Purefoy la buscaba, y me contestó que no se lo había querido decir, sólo manifestó que pensaba vigilar a Purefoy mientras ella anduviera por el lugar; estoy convencido de que no es la verdad, coronel. Es muy reconcentrada, pero el velo cayó de golpe cuando vinieron los Bodley y dijeron que habían encontrado a Tinsley muerto. No obstante, no quise incomodarla demasiado; usted comprenderá, estaba enamorada. La madre es una mujer decente, pero se siente aturdida con el asunto. Parece que consideraba mucho a Purefoy y no le gustaba tener a Tinsley en la casa. Algo dijo de un reloj..., no entendí el cuento, no tenía ni pies ni cabeza. Es evidente que la hija la domina...

El señor Bodley llegó tarde esa noche en automóvil desde la granja Shramley Pound, con uno de los labradores, único testigo de la escena final de la tragedia. Las piernas largas y el pecho fuerte del joven Daniel Pennuicwick le permitieron seguir el camino durante quince horas sin descanso y sin comer; su propio conocimiento de la ciénaga y su perro lo defendían del peligro de perderse en la niebla. Sin darse por vencido a pesar de la proximidad de la noche y de que el silencio le advertía que sus compañeros habían abandonado la caza, continuó explorando con tenacidad el área que había elegido para su particular propósito, el terreno traicionero alrededor de *Childe's Cross*. Por fin su perseverancia se vio premiada por el gruñido avizor de su *collie*, en la oscuridad escuchó el ruido de un chapaleo de pasos a cierta distancia de él y se dirigió con precaución hacia allí.

Caminaba con mucha cautela porque sabía que estaba en el mismo borde de *Kistvaen Tor Mire*, uno de los pantanos más peligrosos de la ciénaga, aun en verano; en pleno invierno, en la oscuridad de una noche de densa niebla, era una verdadera trampa mortífera. A medida que buscaba con cuidado su camino, de mata en mata detrás del perro, su instinto deportivo lo indujo a llamar a gritos en la oscuridad, pero el chapaleo que le llevaba la delantera continuaba, hasta que al fin un mal resbalón, del que se salvó con dificultad y en que perdió una bota, lo obligó a detenerse. Gritó de nuevo e hizo otra amonestación aún más imperiosa.

El relato impasible de Daniel Pennuicwick sobre lo acontecido después hacía creer que fuera cliente del cinematógrafo Regal de Cullerton.

—Cuando oyeron gritar se detuvieron y oí que volvían. Retornaban ligero, y comprendiendo que buscaban camorra preparé el viejo trabuco. En cuanto los vi le

tiré al sujeto grande en las piernas; soltó un graznido como un ganso, pero siguió avanzando y entonces recibió otro disparo que lo obligó a cambiar de idea. Cargué un par de cartuchos más mientras se detenía a mirarme, pero luego se volvieron y escaparon a la carrera. Cuando vi la dirección que tomaban, derecho hacia el pantano, les grité y probé desviarlos de su camino haciendo fuego delante de ellos. Siguieron corriendo, pero de pronto se detuvieron; el hombre chico empezó a gritar y forcejear con el grande; me di cuenta de que estaban en una refriega, aunque no podía verlos bien, excepto cuando la niebla se abría un poco. Al hombrecito lo deben de haber oído hasta en Princetown; el grandote no hacía tanto ruido, se hundió primero y arrastró al otro con él. Traté de acercarme bastante para alcanzarles el arma; el resultado fue que la perdí y estuve a punto de caer yo también y Rover conmigo. Entonces esperé hasta que no pude ver ni oír nada y me volví a la granja...

Bodley agregó el siguiente epitafio:

—La próxima vez que vea u oiga algo de estos dos bufones, será cuando Dios los juzgue.

Al día siguiente, antes de abandonar Cullerton, se le permitió a Gore una entrevista con Georgina Haines, en presencia de testigos. Había mantenido una larga conversación telefónica con el inspector Granley y por ella supo que su propia visita a la señora de Haines, el 12 de enero, además de otros resultados, llevó a la captura de «Gallus» Anderson, y que también habían prendido, con toda limpieza como lo expresara Granley, a los dos socios de Tinsley de la taberna de King's Road.

—Señorita Haines —empezó animándola—, sé que usted le mandó al señor Warden, lo llamaré así por el momento, un telegrama, el jueves, para decirle que una persona había ido a casa de su madre ese día para hacer averiguaciones sobre él, el señor Purefoy y su casa rodante. Le diré de paso que he visto el texto en el correo de Cullerton. Usted se molestó en mandar dicho telegrama, señorita Haines, porque estaba segura de que algo raro ocurría con el señor Purefoy y su casa rodante. ¿No es así?

—No, no es así —contestó Georgina—. Yo no sabía nada de esa bestia y su casa rodante.

—Sí, lo sabía. Usted estaba perfectamente informada de que el verano pasado alguien vivía en la casa rodante cuando estuvo estacionada aquí, alguien a quien, por ciertos motivos, lo tenían siempre encerrado y fuera de la vista. Warden le habló de ello y a usted le pareció todo muy extraño. Estoy hablando ahora de septiembre último, cuando usted se encontró con Warden por primera vez, quiero decir personalmente, y no lo conocía tan bien como llegó a conocerlo más tarde. Entonces le pareció muy raro que hablara en esa forma del señor Purefoy, porque éste había sido muy amable con usted, tan amable que se encontraban en casa de su madre y mantenían charlas muy agradables con él sobre lo que sucedía en Cullerside: si la señora había gritado otra vez en sus crisis nerviosas, si los postigos de su tocador tenían el cerrojo puesto durante la noche, si había despachado órdenes postales de

pago por encargo de ella —caso bastante curioso— a este mismo señor Warden, que cambiaba de parecer ahora, trataba de quitar de en medio al señor Purefoy, y decía cosas desagradables de él y de su casa rodante. ¿Verdad que usted estaba en un pequeño apuro? Porque era evidente que el señor Purefoy fue tan bueno que usted pudo usar toda clase de pequeñas cosas, ropa elegante para esa linda figura suya, géneros de pura lana, trajes bien cortados, buenos zapatos, medias finas, un autociclo para evitarle el cansancio del viaje de Cullerside a su casa o al pueblo... El señor Warden, bueno..., era un hombre guapo y tenía cierto modo especial. Entonces cambió de parecer respecto al pequeño señor Purefoy y comenzó a pensar que había algo extraño en él y su casa rodante, sobre todo cuando recordó las cosas que sucedieron últimamente... cuando se acordó, por ejemplo, de esa difícil subida por la ventana del tocador de la señora de Margesson. Luego, era muy extraño que el coronel, la señorita Joan y el señor Leonardo fueran asesinados en esa forma tan misteriosa. Esto le hizo pensar que en realidad el señor Warden debía de tener razón y que en efecto debía haber algo muy extraño sobre el señor Purefoy y su casa rodante. Me gustaría saber, señorita Haines, cuándo comprendió por fin que eran ciertas las cosas que usted imaginara. ¿O es que solamente se dio cuenta de la verdad cuando abrió la puerta del fondo de su casa, ayer por la mañana?... Cuando la abrió, quiero decir, por segunda vez.

Gore se calló y se volvió hacia los tres oficiales de policía que habían presenciado la entrevista.

—Creo que está para desmayarse —dijo mirando su reloj—. Está a sus órdenes, inspector. Yo he terminado con ella. Dios mío, justamente es la hora de almorzar...

Capítulo Decimosexto

EXTRACTOS de la cuarta declaración de Tony Purdon, alias Sid Ruddock; alias Springer Judge, 17 de enero de 1939.

«La primera vez que vi a Guillermo Tinsley fue en Irlanda, con los Black and Tans, por el año 1920. Recuerdo el incendio de una casa grande en Ballinabar en Co. Mayo, en 1921, y a una criatura, un niño salvado del fuego por Tinsley y luego llevada por él a Dublín. En mi opinión, tendría entonces cuatro o cinco años de edad, a juzgar por su tamaño y robustez; no hablaba, sólo emitía unos pocos sonidos, pero aprendió a hacer pruebas. Era capaz de andar derecho pero prefería hacerla a cuatro patas; era muy peludo y con cara de mono, muy fuerte y tan ágil que trepaba a todas partes. Estaba vestido cuando saltó por la ventana de la casa, pero Tinsley le mandó hacer un uniforme por nuestro sastre. Mientras lo tuvimos con la compañía siempre fue muy bien tratado y parecía muy feliz y contento.

»Lo vi en el barco con Tinsley cuando volvimos a Inglaterra a fines de 1921. Le oí decir muy a menudo en Irlanda que sería una mina de oro como exhibición secundaria en el circo de su padre.

»No volví a ver a Tinsley hasta que lo encontré en Londres en 1933 como empresario del *Ring* and Mitre de Catford. Después de eso lo he visto mucho..., a menudo he presenciado las luchas de exhibición de Bonzo, y cada vez que me ha tocado verlo ha ganado fácilmente. En aquellas peleas no había reglas. La noche que mataron a Jewy Solomons no estaba yo en el *Ring* and Mitre.

»Recuerdo que Purefoy iba por allí. Creo que fue por primera vez a fines del 36. Al principio no lo reconocí porque se había dejado crecer la barba y parecía otra persona. Luego supe por Tinsley que a ese sujeto lo habíamos conocido en otra casa de Ballinabar la noche del incendio de la propiedad grande. Era muy amigo de Tinsley, iba a menudo a ver las luchas y a mirar las pruebas que Cejas Tupidas le obligaba a hacer a Bonzo. Al cabo de algún tiempo Tinsley me dijo que Purefoy le había manifestado que los padres de Bonzo eran los dueños de la casa quemada en Ballinabar, pero como era tal fenómeno lo tenían escondido y a cargo de una vieja. Se había simulado que la criatura murió y enterraron un féretro vacío para engañar a la gente.

»Tinsley agregó que Purefoy le contó un cuento increíble. Le dijo que Bonzo nació así porque su madre había sido maldecida por una vieja, a la cual llamara mona y la amenazara con soltarle los perros; Tinsley y yo creímos al principio que eran todas tonterías, porque Purefoy siempre estaba de broma, pero después Tinsley pensó que tal vez tuviera razón, y que pudiéramos sacar algún provecho de eso si lo trabajábamos bien, porque todavía vivían los padres de Bonzo y los dos habitaban en Inglaterra. La madre, por lo menos, tenía mucho dinero; se había casado con otra persona llamada Margesson después de divorciarse del dueño de la gran propiedad incendiada. Conversamos en varias oportunidades sobre el negocio. Tinsley estaba

haciendo algunas averiguaciones, pero después pareció que le había echado tierra al asunto y no me acordé ya de ello. Pasado algún tiempo descubrí que estaba trabajando por su propia cuenta, sacándole dinero a la madre con amenazas de hacer saber al segundo esposo que Bonzo vivía. Le mandaba el dinero en giros postales y en grandes cantidades.

»No quise tener nada que ver con ese juego y no le dije una sola palabra a Cejas Tupidas. Éste, después de perder la licencia del *Ring* and Mitre se encontró en aprietos y lo encarcelaron en Wandsworth. Gallus y yo cuidamos a Bonzo durante su ausencia. Bonzo era tranquilo con las personas que conocía bien, pero necesitaba vigilancia con los extraños. Mientras Tinsley no estaba, Purefoy vino muy a menudo a verme; esto fue a fines del 37. Acostumbraba traer dulces para Bonzo, el cual le tomó mucho afecto y lloraba cuando lo dejaba. Purefoy era muy hábil como dibujante y solía hacer croquis de Bonzo cuando hacía sus pruebas.

»Tinsley recobró su libertad en diciembre; entonces, conmigo y con Jake Rowley arregló establecer una taberna. Abrimos el despacho en King's Road en enero del 38. Bonzo ayudaba a servir a los clientes y nos era de gran utilidad. Cuando había poca clientela, durante el día, Purefoy venía algunas veces. Apenas nos instalamos, Tinsley se acordó de la señora de Margesson, que estaba en Cullerton, y empezó nuevamente a incomodarla. Como éramos socios, yo no quería ningún disgusto; hablé entonces con él y le advertí que abandonara ese juego porque yo no lo seguiría. Se mostró conforme, pero supe que seguía recibiendo dinero por correo. Entonces un día tuve una conversación con Purefoy porque calculé que él lo había iniciado en el asunto; sólo se rió y lo tomó a broma diciendo que la señora de Margesson se lo merecía por exponerse. Tengo el completo convencimiento de que en esa época Purefoy estaba al tanto del proceder de Tinsley con respecto a la señora de Margesson.

»El año pasado, a principios de mayo, Tinsley se llevó un día a Bonzo en su automóvil y no lo trajo de vuelta. Cuando Rowley y yo le preguntamos por él, dijo que Purefoy lo había llevado al campo para cambiar de aire y nos dio diez libras a cada uno, de parte de Purefoy, para compensar el perjuicio, por cierto grande, que nos ocasionaría la ausencia de Bonzo. Si mal no recuerdo, Bonzo se fue en la primera semana de mayo...

»Recuerdo que Tinsley se ausentó el año pasado, el 28 de septiembre. Nos dijo que iba a ver cómo andaba Bonzo; al preguntarle, nos contestó que estaba en Devonshire. Esto me dio qué pensar, porque sabía que la señora de Margesson vivía en algún punto de Devonshire.

»En la tarde del primero de octubre leí en el diario que el coronel Margesson y sus dos hijos habían sido encontrados asesinados en Cullerton, Devonshire; Rowley y yo hablamos sobre el tema con Gallus Anderson. Cuando Tinsley regresó en la noche del 3 de octubre, le preguntamos directamente si había estado en Cullerton. Lo negó y afirmó que estuvo cerca de Plymouth, donde se encontraban Purefoy y Bonzo. Bonzo se sentía muy contento, pero volvería dentro de una semana más o menos.

»El 10 de octubre Tinsley volvió a Exeter en su coche, se encontró allí con Purefoy y trajo a Bonzo a King's Road. Al regresar dijo que Bonzo se había vuelto algo travieso y sería necesario mantenerlo fuera de la taberna porque podría molestar a los clientes. A nosotros nos pareció bastante tranquilo aunque un poco huraño; pero como era asunto de Tinsley, no nos opusimos a ello. Después de esto Bonzo estuvo encerrado constantemente en el establo del fondo. Tinsley agregó que cuando alguien preguntase por él contestáramos que todavía estaba ausente, porque temía que a causa de este encierro tuvieran un altercado con algún concurrente entremetido que tal vez iría a la policía o a la R. S. P. C. A. a hacer la denuncia. También aceptamos esto, pero mucha gente sabía que Bonzo había regresado y dónde estaba. Al cabo de algún tiempo no resultaba seguro ir al establo sin Tinsley, porque Bonzo se puso muy arisco de estar siempre encerrado y el único que lo podía manejar era Cejas Tupidas, Recuerdo que Purefoy nunca volvió a King's Road después del regreso de Bonzo. Tinsley iba a veces a su casa de Surrey, no muy lejos de Guilford.

»La noche de la última Navidad, recuerdo haber oído que había sido allanada la taberna de Gallus Anderson en Catford. Esa noche tuve una conversación sobre Bonzo con Tinsley y Rowley. Dijo que con motivo de Gallus, la policía iba a tener bajo vigilancia a todos sus compañeros y que sería molesto si metían las narices en el establo. Como adivinábamos que tenía sus razones para esconder a Bonzo, le dijimos que queríamos poner el asunto en claro y saber en qué estábamos. Por fin nos contó que creía a Bonzo el autor de los asesinatos de Devonshire; Purefoy lo habría instigado a cometerlos, pues siempre tuvo esa misma idea. Rowley y yo nos quedamos aterrados. A la noche siguiente mi compañero se encontró con Anderson, le refirió la historia y Gallus quedó helado, porque la misma noche de los asesinatos estuvo él por aquellos parajes sacando unas mercaderías de un depósito que estaba detrás del *bungalow*, cerca de la casa donde vivían los Margesson. Dijo que si esto llegaba a saberse se vería en un buen aprieto, pues era conocido como compañero de Cejas Tinsley. Él juzgaba necesario buscar la forma de deshacerse de Bonzo inmediatamente.

»Se lo contamos a Tinsley, quien fue a ver a Gallus y arreglaron que lo mejor era mandar a Bonzo de vuelta con Purefoy y, si éste protestase por tenerlo otra vez, amenazarlo con la delación. Después de Navidad, Tinsley fue en dos oportunidades a ver a Purefoy, pero no lo encontró. La segunda vez le mandó recado valiéndose de una amiga que estaba muy enamorada de él, y que atendía a la señora de Margesson en una casa cerca de la de Purefoy, adonde se fue a vivir después de los asesinatos. El mensaje que envió por mediación de Tinsley era que Purefoy debía de ir en seguida en busca de Bonzo, si no quería verse metido en un lío. Que yo sepa, nunca recibió contestación. Tinsley no nos dijo ni a Rowley ni a mí si trató de sacar más provecho de la señora de Margesson durante su permanencia allí.

»En esa época tuvimos varias conversaciones con Rowley y Anderson sobre los asesinatos. Anderson insistía en que era necesario deshacerse de Bonzo. Recuerdo

haberle oído decir que cuando llegó al depósito aquella noche no había nadie, sólo encontró un mensaje diciendo que al retirarse cerrara con llave. Le pareció extraño encontrar las llaves de la cerradura del cobertizo donde estaba la mercadería; cuando terminó de cargar se retiró lo más pronto posible.

»El 12 de enero Tinsley recibió un telegrama de esa amiga suya de Cullerton, en que le decía estaban haciendo averiguaciones sobre él y Purefoy. La misma noche vimos a un sujeto que trataba de trepar por la pared del patio del establo en King's Road. Tinsley dijo que eso decidía todo y que Bonzo debía irse pronto, y al punto se lo llevó en su coche a la casa de Purefoy, en Surrey.

»Casi una hora después de su partida me fui con Rowley a ver a Anderson; le referimos lo del telegrama y lo del sujeto que quiso entrar en el establo. Anderson nos escuchó y resolvió que debía trasladarse a otra parte, porque en King's Road estaba en demasiada exposición. Al separarnos entré con Rowley en el despacho, y aparecieron los policías y detuvieron a Gallus...

»Conozco a Dopey Cluffe y un compinche suyo llamado Bethune. Los vi por primera vez en el *Ring* and Mitre de Catford, cuando Tinsley era su dueño. Ambos iban allá muy a menudo. Tinsley y Gallus Anderson los conocían bien, pero yo no. Acaso haya oído decir que eran traficantes de drogas, pero nunca me he metido en ese juego. Muchas veces he visto a Purefoy con ellos. Algún tiempo antes de la última Navidad, cuando hablábamos de los asesinatos de Cullerton, recuerdo que Anderson me dijo que fue Purefoy quien primero le habló a él, a Cluffe y a Bethune, de que por esos lados había un *bungalow* desocupado. En esa época la banda con quien trabajaba Anderson buscaba lugares apropiados para depósitos y le pareció que dicho *bungalow* podría servir para ese objeto. Cuando Purefoy estaba allí en el verano del 37, Gallus fue a verlo y después supe que Cluffe lo habitaba. Creo que me enteré de esto en julio o agosto pasado. No oí hablar más del *bungalow* hasta después de los asesinatos.

»Nunca oí que Purefoy hablara de la señora de Margesson ni de su marido, salvo en la ocasión que he mencionado más arriba. No tenía la menor idea, ni sospechaba por qué Purefoy se interesaba en Bonzo, hasta que la noche de Navidad Tinsley nos contó a Rowley y a mí que creía que Bonzo era el autor de los crímenes de Cullerton.

»Cuando Bonzo estaba en Irlanda, todos teníamos la costumbre de silbar para llamarlo si lo necesitábamos para algo. Cejas Tinsley acostumbraba hacerlo como un avefría y todos nos habituamos a imitarlo cuando queríamos que viniera Bonzo. A menudo he oído a Purefoy silbar en la misma forma, y supuse que lo aprendería de Tinsley, de Rowley y de mí.

»Yo creo que a Bonzo no le gustó volver de casa de Purefoy y se puso huraño de estar siempre encerrado en el establo. El mismo Tinsley debía tener cuidado cuando le llevaba la comida y en general se acompañaba con el gato. Bonzo tenía un miedo tremendo a estos animales... Cuando veía uno escapaba y trataba de esconderse...

»Yo sabía que Tinsley trató de sacar algo del primer marido de la señora de

Margesson, O'Malley-Martin, en Bournemouth, pero no logró su propósito. Recuerdo a un sujeto de cierta edad que en septiembre vino una noche a King's Road cuando Tinsley estaba ausente; al día siguiente leí en los diarios la noticia de los asesinatos. Aquella persona deseaba ver a Tinsley y se molestó mucho cuando dijimos que estaba afuera; no dio su nombre, pero cuando Tinsley volvió dijo que debía de ser O'Malley-Martin. Lo creímos loco y lo echamos; al salir se golpeó la cabeza contra la puerta. Lo metimos en su automóvil y Rowley lo abandonó en Raikes Street. Nunca supimos nada más de él.

»Tinsley nos contó que O'Malley-Martin creía que Bonzo había fallecido en el incendio hasta que él, en Bournemouth, le dijo la verdad; añadió que la señora de Margesson también estaba convencida de que su hijo había nacido muerto, hasta que él comenzó a importunarla».

—Es muy interesante, Granley —comentó Gore al terminar la lectura de este documento aclaratorio—, ver cómo desarrolló su idea. Él debe de haber tenido metido en la cabeza, durante todos esos años pasados en el Canadá, que Bonzo podría ayudarle a vengarse de Margesson y su esposa.

—¿Usted cree —preguntó el inspector Granley— que aún antes de ir al Canadá sabía ya que Bonzo era hijo de ella?

—Bueno..., había visto a Bonzo. Conocía su origen, estaba enterado del nacimiento de una criatura; el guardián de Gortrisha, y, más importante todavía, la madre de este guardián, vivieron en casa de su madre durante tres años antes de irse él al Canadá. Él estaba seguro de que Bonzo no era hijo ni de la casera de Gortrisha ni de su hija... Si en aquella época no sabía con seguridad quiénes eran los padres de Bonzo, por lo menos le fue fácil adivinarlo. Además, en cuanto volvió a Inglaterra se puso a la tarea de dar con Tinsley. ¿Por qué? Para conocer el paradero de Bonzo. Supongo que primero habrá descubierto dónde vivían los Margesson. Esto no ofrecía dificultades, y se instaló dónde podría tenerlos siempre a la vista. ¿Usted cree que esto atenuaría el recuerdo de aquel puntapié? No lo creo. Después de algún tiempo, cuando comprendió que él solo no progresaba en su propósito de obtener el desquite pendiente, pensó en la forma de conseguir ayuda..., y se decidió a buscar a Tinsley.

—Muy aceptable —comentó Granley—. Bueno..., siga.

—No creo que tuviera mayor dificultad en dar con Tinsley. La gente del circo le habrá informado de que el hijo del antiguo patrón tenía una fonda en el sur de Londres... Sin duda recordarían bien a Bonzo, le contarían que aún vivía y luchaba... y sin más inconvenientes entró en contacto con Bonzo pensando en qué forma podría serle útil. Me imagino que en un principio su idea fue convertir en un infierno la vida de la señora de Margesson e incitó a Tinsley para que hiciera por él el trabajo turbio. De todos modos me parece bien clara la razón que tuvo la señora de Margesson para vender su casa de Surrey en 1936 y esconderse en Devonshire; estaba ya bastante atemorizada. Por supuesto que la escapada fue fatal; Purefoy supo entonces que la tenía en sus redes. Cuando al año siguiente marchó él a Cullerton, y conoció la

situación de la tierra y vio todas sus posibilidades, la primitiva idea que anidara en su mente lo dominó por completo. La compra de esa casa rodante, en febrero del año pasado, debe de haber sido una cosa premeditada; le habrá causado una gran satisfacción ver que Cluffe podía servirle.

—Muy ingenioso por cierto —reflexionó el inspector Granley—. Volviendo al punto de partida veamos...: el hijo fue muerto por separado. Eso fue el martes por la noche. ¿No?

—A primera hora, en la mañana del miércoles —afirmó Gore con la cabeza—; el médico de la localidad piensa que él y Margesson oyeron cuando lo mataban; pero supusieron que se trataba de un conejo de cuatro patas...

—Entonces, ¿dónde estaba él mientras se realizaban las otras faenas?

¿En la casa rodante?

—No, más bien me parece que estaría en aquel árbol donde pusieron después a Cluffe. Es un buen lugar, seguro y a la mano.

—¿Y después?

—Bueno, Cluffe y la chica cayeron en la trampa inconscientemente. No tengo la menor duda de que la muchacha pensaría pasar la noche con Cluffe en el *bungalow*. Por lo menos estaba allí con él, y Purefoy lo sabía. Éste consiguió entrar un poco antes de que llegaran los camiones, ya sea por la fuerza o porque Cluffe no sospechase nada anormal hasta que fue demasiado tarde. Éste no habrá presentado ninguna lucha, pues demasiado bien sabía de lo que Bonzo era capaz. La chica es probable que se defendiera, y ésa habrá sido su perdición. Cuando llegaron los camiones, ya Purefoy había dejado aquel mensaje para ellos y luego se habrán retirado sin inconveniente. Mientras Bonzo cuidaba a Cluffe, supongo que Purefoy llamó entonces a Margesson, para decirle que su hija estaba en el *bungalow* con aquél. Margesson acudió en seguida. Nunca lo sabremos, pero me inclino a creer que fue Margesson quien disparó contra Cluffe. De todos modos, lo hiciera o no, entonces apareció Bonzo y le tocó el turno a Margesson... El señor Purefoy tenía un modo de ser muy raro, y no me gustaría tener que explicar sus maniobras con toda exactitud. Pero me parece que es dable suponer que después de hacer todo esto tuvo dos ideas principales; una, presentar los hechos lo más confusamente posible; otra, producir la mayor impresión sobre la señora de Margesson. Consiguió lo primero trayendo a Bryant a escena y haciéndole desempeñar un papel apropiado, haciendo figurar su sombrero y la linterna de Margesson, cortando el hilo de los teléfonos y demás. Lo de O'Malley-Martin fue un accidente, pero con facilidad se deshizo de él y su parche ocular vino de perilla. Ese parche ocular me despistó al principio; creí que lo había perdido antes de lo que lo fue en realidad... En cuanto a lo segundo, lo consiguió agrupando a los tres Margesson y eliminando al impertinente, es decir, Cluffe. Por esto el hijo fue desenterrado del hueco del árbol y depositado al lado de su hermana, y Cluffe oculto en ese lugar donde no pudiera verse. La desaparición de éste ayudaría a confundir las ideas.

—¿Por qué Margesson fue llevado y abandonado en el bosque en lugar de dejarlo con los otros dos, en el grupo, como usted dice?

—Eso era parte de la idea para confundir, si se relacionaba la muerte de Margesson con los asaltos ocurridos en aquel bosque... Ya había reunido bastante...

—¿Por qué habrán asaltado a esas otras personas? ¿Por mala suerte o a manera de ensayo?

—Tal vez fuera esto en parte, pero también para alejar de noche a la gente de la propiedad, y crear de antemano una perturbación en el ambiente. Usted debe de recordar que Purefoy no podía fijar la hora precisa por anticipado. Tenía que estar en guardia hasta que se presentara la oportunidad...

Para ello la señorita Georgina Haines resultaba muy útil.

—¿Por qué diablos la señora de Margesson no le habrá contado todo a su marido directamente! —Comentó el inspector con cierta impaciencia—. Cualquier mujer en sus cabales hubiera hecho eso.

—¿En sus cabales? Mi querido Granley, no creo que en ningún momento de su vida la señora de Margesson haya estado en lo que usted o yo llamaríamos «sus cabales». Piense lo que puede ser el punto de vista de una mujer como ésa. Desde que tuvo uso de razón, para ella el único y completo significado de la vida fue el hecho de ser preciosa. Tan divina, que el solo objeto de todos y todo cuando la rodeaban debía ser servirla y rendir homenaje a su belleza, reverenciarla sin réplica, complacer todos sus caprichos, reconocer su mayor importancia y supremacía. Mi querido amigo, es inútil que muestre una sonrisa cínica. Siempre ha sido así y lo será, usted lo sabe tan bien como yo. Por lo menos, estoy convencido de que hasta hace tres años el concepto que la señora de Margesson tenía de sí misma era el de una persona preciosa, agraciada, elegante y adorable, algo que excedía a la generalidad en finura, delicadeza y belleza; por el momento esto es lo que nos interesa. Creo también que toda su existencia se concentraba única y permanentemente en mantener esta impresión en su propia conciencia tanto como en la de los demás. Ahora bien, supongamos que esta criatura etérea y perfecta hubiese descubierto hace tres años que tenía piorrea, que era necesario sacarle todos sus dientes y ponerle otros postizos para el resto de su vida; ¿qué idea piensa usted que se hubiese formado de ella misma? Piense primero, antes de contestar, lo que sentiría una mujer en sus cabales en ese caso. Entonces tratemos de imaginarnos lo que sucedió hace tres años cuando esta criatura preciosa, elegante, adorable y caprichosa... supo que su bello y adorado cuerpo había dado a luz un horror, un monstruo, en todo sentido un animal, y espantoso por añadidura... ¿Lo ha pensado? Me parece que sí...

—Sin embargo, no creo que el señor Purefoy contara únicamente con la impresión emotiva para impedir, como usted sugiere, el paso inevitable que daría toda mujer en su sano juicio. Me imagino que habrán convencido a la señora de Margesson de que si ella confiaba el angustioso secreto a su marido, equivaldría a divulgarlo por el mundo entero...

—Empero, como usted está deseando hacerlo notar, éstas son mis conjeturas propias. La respuesta verdadera a su pregunta es que la señora de Margesson no le dijo nada a su segundo marido. Llegó tan lejos como hasta consultar a su primer marido... Es posible que hubiese llegado a confesárselo todo a Margesson, si hubiera vivido, pero no vivió.

Granley murmuró con ironía:

—Todas las respuestas... Dígame, coronel, tengo la curiosidad de saber qué lo indujo en un principio a pensar en Purefoy.

—Pues bien... lo que primero me llamó la atención en él fue que empleó una palabra que sólo emplearía un tipo ciento por ciento irlandés, luego reflexioné sobre ello...

—¿Y usted cree que después de veinte años... sólo por un puntapié en las posaderas?

—Vamos, vamos mi querido inspector. Una vez más recorro a esa imaginación suya. Le referí lo del puntapié tal como me lo contaron. Piense en el desaire humillante que lo precedió, imagínese a ese gavilán cazador de corazones asido de la nuca como un cachorro a la vista de la dama que se negó a dejarse cazar; esto repercute en los complejos de inferioridad del hombre mezquino y de menor categoría social... Considérelo y recuerde esto: nosotros, los anglosajones, somos generosos y de gran corazón; estamos por encima de la bajeza de la venganza. Los irlandeses son tan buenos como nosotros para olvidar las bondades, pero un irlandés nunca, créame lo que le digo, nunca jamás olvida ni perdona un agravio.

—Bueno —dijo el inspector Granley cuando su visitante se levantó para despedirse—, mucha gente tiene ideas brillantes, pero a algunos también los acompaña la suerte..., hasta que se encuentran con otro aún más afortunado. Pero lo que me intriga es saber cómo surgió en la mente de Purefoy esta brillante idea. Ya entiendo lo que quiere decir... ¿Puede haber influido algo ese cuento increíble que le contó a Tinsley sobre la vieja... aquélla que usted también dice haber visto?

—Me costaría creerlo —contestó Gore con cautela mientras se colocaba cuidadosamente el sombrero sobre su cabeza rizada—. Pero si la encontrara por la avenida de Gortrisha, al anochecer, quizás... ¡Hasta la vista!

FIN

Notas

[1] El término Negro y Caqui (irlandés: dúchrónaigh, inglés: black and tans) se refiere a la Fuerza de Reserva de la Real Policía irlandesa (Fórsa Chúltaca Chonstáblacht Ríoga na hÉireann), que era una de dos fuerzas paramilitares empleadas por la RIC en 1920 y 1921, para suprimir la revolución en Irlanda. Aunque fuera establecido para contraatacar al Ejército Republicano Irlandés, se hizo notorio por sus numerosos ataques sobre la población civil. <<